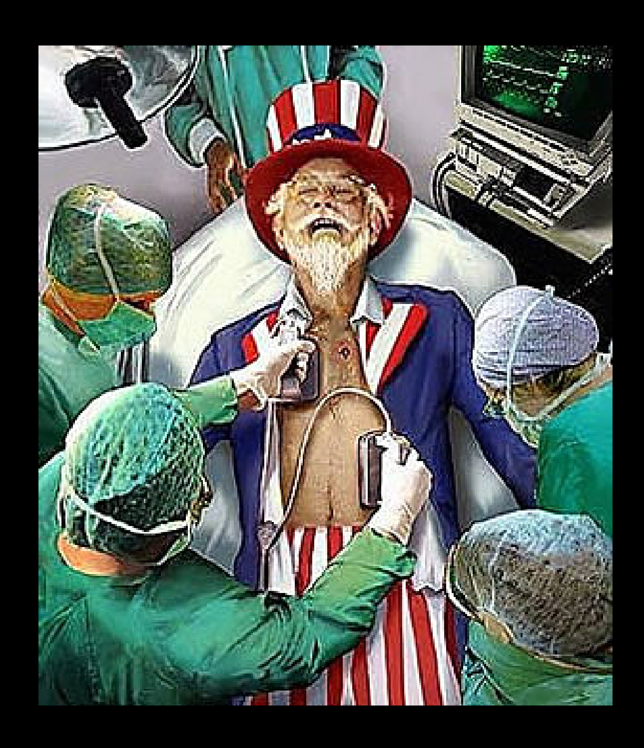
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 2



KRISIS

DEL CAPITALISMO FINANCIERO



UrKultur

Sumario

Editorial

Crack del Capitalismo financiero:

Hacia una Depresión Global,

por Sebastian J. Lorenz

Dossier

La crisis financiera mundial de la primavera (austral) de 2008,

por Alain de Benoist

Usurocracia:

La bancarización del Estado,

por Sebastian J. Lorenz

¿Salvar a Grecia o a los Bancos?,

por Alain de Benoist

La Finanza y el Poder,

por Joaquín Bochaca Oriol

Re-Visiones

Manifiesto contra la usura y la servidumbre del interés del dinero (parte), ***de Gottfried Feder***

El enigma capitalista:

El poder de la finanza al descubierto

(parte), ***de Joaquín Bochaca Oriol***

El crack del Capitalismo financiero: hacia una depresión global

---

Sebastian J. Lorenz

El capitalismo es el responsable de la crisis

Los ciudadanos del mundo somos testigos presenciales de una nueva crisis en el modo de producción capitalista a escala universal. Nadie duda que se presenta, en su origen y desarrollo previsible, como una crisis compleja y profunda que, al generar cambios estructurales de las fuerzas productivas, permitirá la apertura de una nueva etapa histórica de la civilización humana.

Albert Müller advertía sobre el peligro de lo que denominaba "sesgo economicista" en el análisis de la crisis mundial. Ciertamente, esta crisis antes que económica ya era histórica al cuestionar el paradigma de la modernidad que sustenta la acumulación de capital y la reproducción del sistema en la más grotesca especulación financiera explicada en las desregulaciones estatales dominantes bajo el formato neoliberal.

El deterioro acelerado del ambiente planetario, particularmente los cambios climáticos; las hambrunas de millones de seres humanos en Asia y África, no por la "escasez" de alimentos sino por la falta de oportunidad de acceder a ellos; la inseguridad originada en el modelo energético que concentra su uso para el bienestar de una minoría de la población del planeta; el desproporcionado, despilfarrador e inhumano gasto en armas de destrucción masiva que alimentan las guerras locales, el consumismo sustentado en el crédito, la profundización de la brecha científico-tecnológica en favor de los habitantes de los países desarrollados, entre otras, son las consecuencias del neoliberalismo.

Las contradicciones inherentes al capitalismo -sistema sustentado en la producción para la ganancia y no la necesidad- permanecen y, particularmente, el ciclo económico de auge y crisis enmascaró, en las últimas dos décadas, la financiación sin precedentes del sistema a través de la utilización masiva del crédito. De hecho, desde la década de los años ochenta la tasa de crecimiento del capital financiero fue mayor que la de la economía real.

La "burbuja" financiera originada en la más inédita especulación con el valor de los bienes -léase el mercado de hipotecas-, condujo a los EE.UU. a una crisis financiera devastadora que, de un plumazo, hizo desaparecer la banca de inversión, provocando en las finanzas y luego en la industria una enorme destrucción de capitales a escala mundial. De aquí se extrae la primera gran conclusión: la crisis capitalista del siglo XXI es un crack en la acumulación de su esfera financiera mundial. Es por ello que nos dirigimos a otra depresión económica con mayor profundidad, gravedad y alcance que la de los años treinta.

Con rigor, nos encontramos en una crisis del Modelo de Acumulación Capitalista Neoliberal Monetario dominante desde la década de los años ochenta, cuando con Margaret Thatcher y Ronald Reagan se hizo hegemónica, en el plano de la política económica, la negación de la intervención estatal o de mecanismos de regulación. El capitalismo y solamente el capitalismo es responsable de la crisis. Sus contradicciones internas para centralizar y concentrar capitales, para sostener una tendencia histórica que conduce a la sobreacumulación (exceso de capitales), para producir lo que Marx llamó "conflicto entre la expansión de la producción y la valorización", así como la insuficiencia del poder de compra de los trabajadores que generan el subconsumo en medio de la generación de riqueza, son la explicación científica de las crisis cíclicas capitalistas. Por tanto, de lo que hoy ocurre con el capitalismo universal, no son responsables los trabajadores del mundo, tampoco los países europeos, ni los países árabes, ni los llamados del tercer mundo. No existe el capitalismo sin crisis. De la actual crisis es responsable el capitalismo.

Lamentablemente, conviviremos con una recesión mundial que durará varios años. No estamos ante una breve pausa temporal en el proceso de desarrollo económico; ésta puede ser la crisis más importante del modelo de explotación capitalista desde su génesis. La crisis económica global no nos puede ser indiferente, porque todo lo domina. El "desplome" del consumo y la inversión en EE.UU., Europa y Japón, es impactantes.

La política económica en EE.UU. y la acumulación financiera

En 1988 Maurice Allais, premio Nobel de Economía, advertía que la economía estadounidense "parece haberse abandonado a una especie de delirio financiero especulativo, donde aparecen ganancias enormes sin fundamento real, cuyos efectos desmoralizadores realmente se subestiman". Se correspondía esa apreciación con el dominio en el campo de la política económica mundial del pensamiento neoliberal,

cuya expresión principal la proporcionaba la corriente conservadora contra la intervención estatal de Thatcher y Reagan.

La política económica en EE.UU. favoreció la acumulación de capital en el área financiera en las tres últimas décadas. Su sustento era la ausencia total de reglas, ganancias a corto plazo y la preponderancia de la economía virtual sobre la real (industria, trabajo y producción).

Antes de que estallara la actual crisis mundial, "las finanzas" representaban el 30% de las ganancias de las corporaciones capitalistas. Un Estado que daba la espalda a la regulación de los mercados financieros permitió el surgimiento de un capitalismo financiero altamente especulativo, concentrando el proceso de acumulación de capital en la esfera financiera.

La "industria" financiera y la burbuja hipotecaria

Las bajas tasas de interés propiciaron el endeudamiento, el consumo y la demanda de viviendas por parte de las familias americanas y europeas. Los precios de la vivienda se dispararon un 70% por encima de la tasa de inflación (1996- 2006). El crecimiento del valor de éstas entre 1997 y 2007 fue de un 401% en Sudáfrica, 220% en Irlanda, 195% en España, 174% en Australia, 150% en Francia y Suecia y de 100% en EE.UU. Para darnos una idea veamos esta cifra: en enero de 2000 el precio promedio de una vivienda en EE.UU. era de 163,5 mil dólares, en mayo de 2007 alcanzó los 262,6 mil dólares. En este país la construcción de viviendas hace "boom": En 2002 se construyen 1,5 millones. En 2006 llega a 2,3 millones de casas. Había nacido una gigantesca burbuja hipotecaria que colocó el valor de estos activos en un plano irreal.

Un dato: en EE.UU, de 1996 a 2006, la burbuja creó 8 billones de dólares en riqueza ficticia. La banca de EE.UU., valiéndose de esta expansión inusitada del mercado inmobiliario, buscó liquidez creando instrumentos financieros estructurados en créditos de baja calidad (hipotecas sub-prime), que llegaron a representar el 12,5% del mercado hipotecario en el año 2007. De esta manera se masificó lo que sería un grave problema. En estos años de falta de regulación el capitalismo sofisticó todos los productos y los mercados, al titularizar (o empaquetar) prácticamente todo tipo de activos y flujos de caja. El capitalismo especulador se inventó su propia "industria" financiera, capaz de "producir" los llamados productos o derivados, que no eran otra cosa que papeles, títulos complejos, diversos, no transparentes, con subyacentes de extremo riesgo.

La banca titularizó las hipotecas de bajo y alto riesgo en productos o derivados llamados MBS (obligaciones garantizadas por hipotecas) y CDO (obligaciones de deuda colateralizadas). Es increíble, pero cierto: convirtieron 15 millones de créditos hipotecarios en "títulos" (papeles transferibles). Al reventarse la burbuja, 10 millones de esos créditos eran incobrables. Recordar que en 1999 el Congreso de EE.UU. aprobó permitir a las compañías tenedoras de acciones bancarias convertirse en

sociedades *holding*, para que pudieran realizar cualquier actividad financiera. De esta manera, se igualaba a la banca de inversión con la banca comercial que, desde la gran depresión, estaban debidamente separadas en cuanto a actividades y operaciones. Es así como el gigantesco banco de inversión Lehman Brothers especuló en la legalidad neoliberal americana hasta desplomarse en 2008.

La Bolsa de Nueva York (Wall Street) se sobrecargó de estos complejos y desregulados instrumentos financieros con deuda hipotecaria colateral (especie de garantía) que, al producirse una elevación de los tipos de interés, hacían impagable (insolvencia) la bolsa de hipoteca inmobiliaria por parte de millones de familias. Al mismo tiempo, a finales de 2007, los bancos de inversión y otras empresas de servicios financieros ajustaron sus libros contables para incluir la pérdida de valor de los títulos, desencadenando el colapso del mercado de valores y de crédito en los EE.UU. Comenzaba formalmente la crisis que pronto llegó a Europa, Japón y resto de Asia y, lo más delicado, se trasmitía a la economía real más rápidamente de lo previsto. El tinglado Neoliberal temblaba y el Fondo Monetario Internacional (FMI) se sumergía en el más profundo de los silencios.

Intervención del Estado y recesión ¿Es Keynes la solución?

La sorpresiva desaparición de la totalidad de la Banca de Inversión, más 10 millones de créditos hipotecarios incobrables que llamaron "tóxicos", desencadenó no sólo la caída de las acciones en Wall Street sino un pánico generalizado en el sistema financiero que explica la grave contracción de la actividad crediticia en los EE.UU. y en el resto del mundo.

En consecuencia, se puede afirmar que la desaceleración inicial de la economía norteamericana en 2008 está directamente vinculada a esta contracción del crédito que resultó del colapso en el mercado de valores respaldados por hipotecas. Ahora nadie quiere prestarle a nadie, ni dentro ni fuera de sus países. El neoliberalismo se da a la fuga y el Estado norteamericano regresa para lidiar con la que podría ser la mas grave crisis del sistema de producción capitalista. Tanto Bush como Obama hacen aprobar lo que llaman Programas de Rescate y Estímulos (imitadas posteriormente por la Unión Europea), que significan una política financiera de gasto tremendamente expansiva. A la fecha, marzo de 2009, el rescate financiero en EE.UU. es de 2.6 billones de dólares. Cifra realmente espectacular que supone la mayor intervención de deuda de la historia mundial.

El rescate financiero mundial (2008-2009) alcanzaba la astronómica cifra de 6,2 billones de dólares. La cifra ha aumentado considerablemente durante 2010. Adicionalmente, todos los Bancos Centrales del capitalismo desarrollado han recortado sustancialmente las tasas de interés para intentar contrarrestar el congelamiento del crédito y han colocado a disposición –de los especuladores financieros, no de los trabajadores ni de los empresarios- líneas de créditos, con la intención de mantener los mercados financieros en funcionamiento. Por todo lo

expuesto anteriormente es que el mundo de la ciencia económica se ha preguntado si esto significa el regreso de Keynes o el neokeynesianismo.

Podemos afirmar que hasta ahora el carácter de la intervención ha sido a favor del gran capital y no de la sociedad afectada. Por ejemplo, ¿por qué no se renegocia la deuda de las personas o familias cuyas hipotecas inmobiliarias excedieron su capacidad de pago, en lugar de comprar los títulos "tóxicos" dañados de los banqueros o inyectarles capital? Resulta que el millonario intento de "salvar" los bancos de los países desarrollados no ha detenido la contracción de los mercados globales de crédito, haciendo que la economía mundial se dirija a la depresión global. La verdad es que la mayoría de los grandes bancos globales son completamente insolventes a pesar del rescate multimillonario.

En esta coyuntura hay una conclusión preliminar: el mayor esfuerzo de estímulo financiero en la historia capitalista, la mayor rebaja del tipo de interés y el mayor plan para ayudar a la banca a reanudar el crédito en los mercados han fracasado dramáticamente. Es el comienzo de un círculo vicioso universal que nos llevará a varios años de estremecimiento del capitalismo planetario.

Hacia la Depresión Global

El derrumbe en la acumulación de capital financiero arrastra a la economía real sin piedad. . El comercio mundial descenderá más de un 6%. Estamos en un punto en el que se produce más de lo que se compra y ello implica menor tasa de ganancia en la producción real y mayor tasa de desempleo. El paro es, en la economía real, la demostración de la ruina de esta crisis mundial. Se ha estimado –con demasiada cautela- que en la actualidad existen 241 millones de desempleados en el mundo desarrollado. Del total, 12,5 millones de desocupados están en EE.UU. (de los cuales 4,4 perdieron el empleo desde diciembre de 2007 a febrero de 2009, a un ritmo nunca visto en esa sociedad) y 17,5 millones de desempleados estaban en la Unión Europea. Y sigue creciendo en 2010. El desempleo refuerza la caída dramática del consumo, fortaleciendo las expectativas negativas para la inversión real, que al seguir cayendo repertuce de nuevo el empleo.

Lo grave es que, en materia de política monetaria, ya no existe terreno donde recortar en los tipos de interés para reanimar el crédito y, de esta manera, levantar la economía por el consumo y la inversión. Estamos frente a un ciclo de contracción mayor. Lo peor no ha llegado. Recuérdese que la economía de EE.UU. sostenía su crecimiento en el endeudamiento ascendente de sus familias y empresas. Los primeros llevaron a cota cero la tasa de ahorro por persona y al no demandar crédito, contraer su consumo y ahorrar, dan dado el tiro de gracia a su economía.

En un reciente informe, elaborado en marzo de 2009, el Banco Mundial (BM) prevé que la producción industrial del planeta será 12% menor que el año anterior y que las necesidades de financiamiento del tercer mundo serán entre 270 y 700 mil millones de dólares. El carácter de la crisis, medida en su profundidad (índice de

actividad económica y empleo, deterioro patrimonial empresarial privado y publico, el crédito, comercio mundial, expectativas por personas, familias y empresas), gravedad (contemplada a través de su duración, temporalidad y la vuelta a un estado normal) y alcance (mundial, regiones o local), supera las previsiones iniciales de 2007 y 2008.

Nos dirigimos a otra depresión capitalista con mayor profundidad que la de los años treinta del siglo XX. Una crisis mundial con epicentro en 2009, que se extenderá hasta 2012-13 y que tendrá un período de recuperación mínimo de una década.

Conclusión

La crisis mundial que estremece al capitalismo se origina en un "Crack en la acumulación de capital" de un amplio sector del capitalismo financiero. Se identifica una bancarrota histórica de la banca de inversión que ha especulado descaradamente durante décadas. Vamos aceleradamente a una "Depresión Económica" grave, profunda y de alcance mundial. La caída del crédito arrastra el consumo y la inversión. Los mecanismos o instrumentos anticíclicos convencionales de la política económica se han agotado. El pensamiento económico neoliberal ha sido derrotado. El fundamentalismo del "Libre Mercado" ha fracasado. La crisis debe servir para intentar fundar las bases de un nuevo orden económico financiero internacional, basado en el trabajo y la producción, no en quimeras especulativas.

La crisis financiera mundial de la primavera (austral) de 2008

Alain de Benoist

A menudo se afirma que el capitalismo es sinónimo de crisis, que se nutre de las crisis que él mismo provoca, y que su « facultad de adaptación » no tiene límites, dando así a entender que resulta indestructible. En realidad, hay que distinguir las crisis cíclicas., coyunturales (son conocidos los célebres « ciclos Kondratieff ») y las crisis sistémicas, estructurales (como las que ocurrieron entre 1870 y 1893, a partir de la Gran Depresión de 1929 o entre 1973 y 1982, cuando la desocupación estructural apareció en los países occidentales).

No hay duda, respecto de la crisis financiera actual, que estamos ante una crisis estructural, correspondiente a una ruptura de la pertinencia lógica y de la coherencia dinámica del conjunto del sistema. Llega tras las crisis del mercado accionario de 1987, la recesión norteamericana de 1991, la crisis asiática de 1997, la explosión de la burbuja de los « punto.com » de 2001 y resulta, evidentemente, la más grave conocida desde los años 30 del siglo pasado.

La mayor parte de la gente no comprende gran cosa de lo que está pasando. Durante tantos años se les ha exaltado los méritos del « modelo norteamericano » y los beneficios de la « globalización dichosa » y ven ahora el modelo norteamericano hundirse y la globalización acrecentar la miseria social. El espectáculo de los Bancos Centrales tanto en los EE.UU como en Europa, que han inyectado, desde el 15 de septiembre pasado, centenares de miles de millones de dólares en los mercados financieros, los vuelve cavilosos : ¿de dónde viene todo ese dinero? Los interrogantes se nutren, además, de la sensación de que nadie parece saber verdaderamente qué se puede hacer. El relativo silencio de la mayor parte de los hombres públicos resulta a este respecto muy significativo. En fin, la gente se pregunta si esta crisis era o no

previsible. Si lo era, ¿por qué no se hizo nada antes ? Si no lo era, « no resultaría la prueba de que nadie conduce un sistema financiero lanzado en una loca carrera hacia adelante?

Nos enfrentamos a una triple crisis: crisis del sistema capitalista, crisis de la globalización liberal, crisis de la hegemonía norteamericana. La explicación habitualmente avanzada para interpretar la crisis actual es el endeudamiento de los hogares norteamericanos por vía de los préstamos hipotecarios (las famosas hipotecas sub prime). Se olvida mencionar, tan sólo, por qué aquellos hogares se endeudaron.

Uno de los rasgos característicos del « turbocapitalismo », correspondiente a la tercera ola de la historia del capitalismo, es el dominio completo de los mercados financieros globalizados. Este dominio otorga un poder acrecido a los tenedores de capital, y más particularmente a los accionistas, que son hoy los verdaderos propietarios de las sociedades que cotizan en Bolsa.

Deseosos de obtener rendimientos máximos lo más rápido posible de sus inversiones, los accionistas empujan a la reducción de los salarios y a la relocalización oportunista de la producción hacia países emergentes, donde el aumento de la productividad va de la mano con costos salariales muy bajos. Resultado: por doquier, el aumento del valor agregado aprovecha los beneficios del capital antes que a los ingresos del trabajo, traduciéndose la deflación salarial por el estancamiento o la baja del poder adquisitivo de la mayoría, y la disminución e la demanda solvente global.

La estrategia actual de la Forma-Capital es, pues, la de comprimir cada vez más los salarios y agravar de continuo la precariedad del mercado de trabajo, lo que produce una pauperización relativa de las clases populares y medias que, con el objeto de mantener su nivel de vida, no tiene a la mano otro recurso que endeudarse, aunque su solvencia disminuya.

La posibilidad ofrecida a las familias de obtener préstamos para cubrir sus gastos corrientes o adquirir una vivienda fue la mayor innovación financiera del capitalismo de posguerra. Las economías fueron estimuladas entonces por una demanda artificialmente fundada sobre las facilidades del acceso al crédito. En los EE.UU. esta tendencia resultó acicateada desde los años 90 por el otorgamiento de condiciones de crédito cada vez más favorables (aporte personal cercano al 0%), sin tenerse en cuenta la solvencia de los deudores. Se buscó compensar la baja de la demanda solvente por la compresión de los salarios a través del impulso a la máquina de otorgar créditos. En otras palabras, se estimuló el consumo a través del crédito, ante la imposibilidad de estimularlo a través del aumento del poder adquisitivo. Era el único medio, para los tenedores de paquetes financieros, de encontrar nuevas vetas de rentabilidad, aunque fuese al precio de riesgos considerables.

De allí el superendeudamiento asombroso de los hogares norteamericanos, que desde hace rato eligieron consumir antes que ahorrar (mientras que el 17% de la población está desprovista de toda cobertura social). Los hogares norteamericanos

están hoy dos veces más endeudados que los hogares franceses y tres veces más que los italianos. El sobre endeudamiento, prácticamente, iguala el PBI norteamericano.

Luego, se ha especulado con esos “créditos podridos” por medio de la “securitización”, que permitió a los grandes actores del campo crediticio descargarse, volviéndolos líquidos, de los riesgos de insolvencia de sus deudores.

La “securitización”, que es otra de las grandes innovaciones financieras del capitalismo de posguerra, consiste en cortar en tajadas, llamadas securities u obligaciones, los préstamos acordados por un banco o financiera; estas obligaciones se revenden luego a otros agentes financieros pertenecientes al mundo de los fondos de inversión, que, a su vez, las colocan entre los inversores. Se crea, así, un vasto mercado de crédito, que es, a la vez, un mercado de riesgo. El hundimiento de este mercado es el que ha provocado la crisis actual.

Pero esta última es, también, una crisis de la globalización liberal. La transmisión brutal de la crisis hipotecaria norteamericana a los mercados europeos es el fruto directo de una globalización concebida y realizada por los aprendices de brujo de las finanzas. Más allá de su causa inmediata, constituye el desemboque de cuarenta años de desregulación exigida por un modelo económico globalizado conforme las recetas liberales. En efecto, es la ideología de la desregulación la que hizo posible que superendeudamiento norteamericano, tal como ella fue la causa de las crisis mexicana (1995), asiática (1997), rusa (1998), argentina (2001), etc.

Por otra parte, ed también la globalización la que creó una situación en la cual las crisis se propagan casi instantáneamente al resto del planeta, de manera “virósica” habría dicho Jean Baudrillard. Por eso, la crisis norteamericana afecto con tal rapidez los mercados financieros norteamericanos, comenzando por los mercados de crédito, con todas las consecuencias que puede tener semejante onda de choque en un momento donde tanto la economía norteamericana como la europea se encuentran al borde la recesión, si es que no han entrado ya en la depresión.

Desde este punto de vista, resulta casi irresistiblemente cómico observar cómo aquellos que no cesaban de alabar los méritos de la “mano invisible” y las virtudes del mercado “autorregulado” (“es el mercado el que debe ocuparse del mercado”, se leía habitualmente en el Financial Times) se precipitan ahora hacia los poderes públicos para pedirles su recapitalización o su nacionalización de hecho. Es el viejo principio de la hipocresía liberal: privatización de los beneficios y socialización de las pérdidas. Se sabía ya que los EE.UU., grandes defensores del librecambio, no se han privado jamás de recurrir al proteccionismo cada vez que resultaba funcional a sus intereses. Se ve ahora cómo los adversarios del “big government” se vuelven hacia el Estado cuando están al borde la quiebra.

La nacionalización de hecho de Fannie Mae y de Freddie Mac, los dos gigantes del préstamo hipotecario en los EE.UU., representa, desde este punto de vista, un hecho sin precedentes. Mientras que en 1929 el gobierno norteamericano cometió el

error de confiar la gestión de la crisis a un "sindicato de banqueros" dirigido por Rockefeller, el secretario del Tesoro, Henry Paulson, y Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, decidieron nacionalizar las instituciones más amenazadas. Decisión única en la historia de los EE.UU desde la época de Ronald Reagan, y la intervención más radical jamás efectuada en el mundo privado de las finanzas en toda la historia de la Reserva Federal. Puede verse allí un regreso brutal al principio de realidad. Pero también, para la ideología liberal, el hundimiento de uno de sus principios legitimadores: la esfera pública no debe interferir jamás en los mecanismos de mercado, so pena de disminuir su eficacia.

No debe perderse de vista, en fin, que esta crisis mundial tiene su origen en los EE.UU., es decir, en un país que debe ya enfrentar un déficit presupuestario abisal, una deuda externa que no cesa de crecer y un déficit comercial colosal. Desde hace diez años, la economía norteamericana no tiene como motor de crecimiento la producción real, sino la expansión de la deuda y la renta monetaria resultante del dominio mundial del dólar. El endeudamiento total (deuda pública + deuda de hogares + deuda de empresas) representa hoy el equivalente al 410% del PBI (cuyo monto es de 13.000 billones de dólares). ¡Y el plan Paulson contribuirá aún más a agravar el déficit!

Entonces, la crisis no puede sino contribuir a erosionar la confianza en el dólar, que será, probablemente, cotizado a la baja. El hecho de que dólar sea, a la vez, una moneda nacional y una unidad de cuenta internacional que, a más, está liberado de todo respaldo en oro desde 1971, ha permitido a los EE.UU., durante mucho tiempo afirmar y hacer pesar su hegemonía mientras sus déficit engrosaban a ritmo colosal. Para ello, los norteamericanos exportaron sistemáticamente sus títulos hacia los países superavitarios. En el futuro, la inquietud de los grandes fondos de inversión públicos y privados que, especialmente en Asia, son titulares de considerables cantidades de títulos públicos y parapúblicos norteamericanos (bonos del tesoro, etc.), será determinante.

Al momento, el 70% de todas las reservas extranjeras en el mundo están en dólares. Esta masa de títulos, desde hace mucho, no mantiene la menor relación con el volumen real de la economía norteamericana. En los próximos años, no resulta descartable que los países exportadores de petróleo abandonen poco a poco el dólar (los famosos "petrodólares") y lo sustituyan por el euro. En el largo plazo, esta situación podría conducir a que países como China o Rusia se postulen para ponerse a la cabeza de responsabilidades financieras internacionales, y hasta que se concierten para encarar un proyecto alternativo al del orden financiero internacional actual. George Soros, el otoño último, lo dijo sin ambages: "el mundo empuja hacia el fin de la era del dólar".

Por ahora se afirma que sería suficiente con "regular" o "moralizar" el sistema para evitar esta clase de crisis. Los políticos, comenzando por el primer ministro francés François Fillon y el presidente Nicolas Sarkozy, hablan de "extravío" de las

finanzas, mientras que otros estigmatizan la "irresponsabilidad" de los banqueros, dejando así entender que la crisis no se debe sino a una insuficiencia de reglamentaciones y que, retomando prácticas más "transparentes" se podría retomar un capitalismo menos voraz. Es un doble error. Primero, porque es –precisamente- la impotencia de los políticos para afrontar la crisis de eficacia del capital la que desbrozó el camino para la liberalización total del sistema financiero. En segundo lugar, y ante todo, porque sería ignorar la naturaleza misma del capitalismo. "El capital percibe todo límite como una traba", afirmaba ya Karl Marx. La lógica de la acumulación del capital es la ilimitación, el rechazo a todo límite, el incautamiento del mundo por la razón mercantil, la transformación de todos los valores en mercancías, la Gestell1 de la cual hablaba Heidegger.

La adopción del plan Paulson era, ciertamente, necesaria, pero tendrá sin duda efectos perversos. En efecto, si los bancos y las grandes sociedades al borde de la quiebra resultan de antemano aseguradas de que los poderes públicos acudirán a sostenerlas financieramente, ello representa una incitación indirecta a que las mismas disfunciones se reproduzcan, desembocándose así en nuevas crisis especulativas. [Gestell equivale en alemán, literalmente, a "armazón" o "pedestal". Para Heidegger significa el uso que el hombre moderno hace de la técnica como forma de incautarse de la Naturaleza a la que considera un yacimiento a su servicio.]

En lo inmediato, resulta significativo que ni las inyecciones de liquidez provenientes de la Reserva Federal y de los bancos centrales, ni la adopción del plan Paulson hayan provocado en los mercados la reacción positiva que se descontaba. Es una clara demostración de los límites de una política puramente monetaria.

En las fases de sobreacumulación de capital, el refuerzo del poder financiero se convierte en la palanca determinante de toda estrategia apuntada a aumentar la rentabilidad del capital. Más allá de las finanzas, de hecho resulta la regulación de la totalidad de la economía por el criterio único de la ganancia, sin considerar los factores humanos, las vidas trituradas, el agotamiento de los recursos naturales, los costos no mercantiles (las "externalidades negativas") que son cuestionados por la crisis financiera.

La causa final de esta crisis es la búsqueda de la ganancia financiera más elevada posible en el mínimo de tiempo posible; esto es, la persecución del máximo aumento del valor de los capitales comprometidos con exclusión de cualquier otra consideración.

Por un efecto dominó, ¿puede la crisis conducir a cierto plazo a la ruptura de la cadena de pagos entre los agentes económicos y, entonces, al hundimiento de todo el sistema financiero mundial? No estamos aún en ese caso. Es posible que las medidas tomadas en las últimas semanas resulten suficientes para evitar que el sistema financiero se derrumbe completamente. Pero, en el mejor de los casos, la crisis económica va a mantenerse de modo duradero, con una recesión (y hasta una

depresión) en los EE.UU y un fuerte retroceso en Europa, que habrá d provocar un aumento de la desocupación.

Debería resultar de ello una baja importante de ganancias, que repercutirá inevitablemente sobre los mercados y las Bolsas. Contrariamente a lo que se afirma a veces, el vínculo entre la economía especulativa y la economía real es bien real, precisamente. En efecto, las empresas dependen del sistema bancario, cundo menos para obtener crédito destinado a sus inversiones. Ahora bien, la crisis produce que los bancos, debilitados por la acumulación de deudas impagas surgidas del negocio inmobiliario reduzcan hoy brutalmente su oferta de créditos (es el credit crunch). Las consecuencias políticas y sociales se harán presentes muy pronto.

Las dificultades recién comienzan.

Usurocracia: la Bancarización del Estado

Sebastian J. Lorenz

La Usurocracia

«La usura es el cáncer del mundo», escribió un loco, pero ideológicamente peligroso y políticamente cuerdo, Ezra Pound. La usura o interés excesivo que se lleva por el dinero o el género en el contrato de mutuo préstamo es un invento del capitalismo, totalmente inmoral si analizamos su origen derivado de la "avidez por el interés" de una minoría poderosa que, lejos de toda disposición ética o espiritual, y como consecuencia de la descomposición y corrupción progresiva de la burguesía, cae estrepitosamente sobre los pueblos trabajadores, sobre los pueblos creadores no sólo de valores inmutables, sino también de la riqueza del país. Dos expresiones, que producen en los medios económicos y financieros una fascinación casi mágica, constituyen lo que se ha dado en llamar la "Internacional Dorada". Por un lado, como fenómeno del poder mundial del dinero, como las grandes fuerzas financieras internacionales que reinan sobre los inalienables derechos de autodeterminación y autoexplotación de los pueblos. Por otro, como una "disposición del espíritu" hacia lo material, llevando el afán de lucro, la ley de la competitividad y el instinto adquisitivo hasta la adoración mística popular.

La lucha contra la usura o el interés no es nueva en la historia de la humanidad. Así, la "ley seisajteia" (liberación de las cargas) del ateniense Solón, la "lex Gemicia" que prohibía a los ciudadanos romanos tomar intereses, la prohibición promulgada por Justiniano, que no permitía seguir exigiendo intereses cuando los atrasos habían crecido al monto del capital originariamente prestado. Pero fue el cristianismo quien censuró tajantemente la usura. Con el emperador Constantino, los usureros podían incurrir en penas que llegaban hasta la muerte. El Papa Leo I el Grande prohibió los

intereses –prohibición hasta entonces reservada a los clérigos- como parte del obligado cumplimiento de la ley canónica, prescriptiva también para los laicos, empapando con su ejemplo la legislación secular que en Alemania llegó a prohibir el préstamo a interés bajo pena de muerte. El propio Estado alemán, en época más reciente, sustituyó el "patrón oro" por el "patrón riqueza" para quebrar la servidumbre del interés del dinero. No lo consiguió.

Desde luego, tales leyes fueron frecuentemente eludidas, sobre todo, porque mientras se prohibía a los cristianos el ejercicio de la usura, ello era permitido a los ciudadanos de religíon judía, ante la repulsa popular que veía en ellos "al intermediario entre el fisco y la víctima, quitando dinero a los de abajo para entregárselo a reyes y poderosos", según la apreciación de Michelet. Ya en 1789, la Revolución Francesa consagra legalmente con su triunfo el préstamo a interés y durante la segunda mitad del siglo XIX todas las limitaciones en las operaciones de intereses y todas las prohibiciones fueron abolidas: así, en 1854 en Inglaterra; en 1856, en Bélgica; en 1868, en Austria, y un largo etcétera.

El comunismo, aparentemente, estaba en abierta oposición al capital prestamisa, y aunque propugnase la internacionalización de su ideología clasista, las teorías económicas marxistas, desde Engels y Marx hasta los últimos burócratas socialistas soviéticos, se detuvieron sospechosamente ante los intereses del capital, haciendo de él una institución sagrada, un "nolime tangere". En la extinta Unión Soviética, la usura se combinaba con la burocracia central en una mezcla explosiva, ya que ésta organizaba la fuerza del trabajo y disponía a capricho de los medios de producción en monopolio estatal, arrebando el producto excedente al pueblo trabajador. La usura fue socializada y estatalizada para hacer recaer la carga sobre la clase trabajadora. Una coincidencia más con el capitalismo.

La economía clásica o moderna objeta que la abolición del interés provocaría el caos del capital: ausencia de préstamos capitalizados, incumplimiento de las obligaciones estatales, destrucción de ahorros y fortunas, apropiación de la moneda emitida por desaprensivos, no inversión del capital privado, en definitiva, la bancarrota. Los instrumentos para impedir un desastre financiero y fiscal son, por un lado, la intervención moderada del Estado, en cuanto al control y emisión del dinero sin interés y a la liquidación de obligaciones internacionales de intereses y, por otra parte, la iniciativa del capital privado (la pura posesión del dinero es estéril) que debería necesariamente de invertirse sin ánimo especulativo para obtener riqueza del trabajo productivo. En definitiva, invertir el proceso de "bancarización estatal", cuestión de la que hablaremos en un próximo artículo.

Y terminamos con una cita del mismo escritor con el abríamos fuego, Ezra Pound: «Hoy se llama democracia a lo que en verdad es *usurocracia* y *dinastocracia*: el dominio de los prestadores del dinero». Es el impuesto de los bancos sobre los ciudadanos, con una fórmula tan simple que produce terror: nos prestan el dinero que previamente depositamos en sus "generosas" manos (a cambio de un interés

simbólico), con el que abordan rocambolescas transacciones financieras, especulativas y de alto riesgo, y además nos cobran por ello, vía intereses usureros o vía rescate estatal en activos. El Estado vuelve a endeudarse con los bancos para salvarlos de la crisis que ellos mismos provocaron. Suma y sigue.

La Bancarización del Estado

En 1811 se suscitó un interesante debate sobre la naturaleza del dinero y su manipulación entre parlamentarios, banqueros y "expertos en moneda" (los economistas de entonces), investigando el cambio y la crisis económica con causa en los responsables del dinero, esto es, en los prestamistas que aumentan la oferta de billetes y depósitos y, por ende, sobre el efecto derivado sobre los precios y la producción. En definitiva, la cuestión era la siguiente: ¿respondía el dinero a la economía nacional o aquél influía autoritariamente sobre ésta?

Ya en los orígenes de la banca, W. Paterson, fundador del Banco de Inglaterra, gran genio financiero e idealista entusiasmado por la creación de una colonia en el istmo de Panamá (en realidad, no era idealismo sino intuicionismo de lo que pasaría en el futuro), presionó a Guillermo de Organge, que a la sazón necesitaba dinero urgente "para financiar sus guerras", mediante la creación de una compañía bancaria real que garantizase la emisión de billetes y la suscripción de inversores para facilitar el establecimiento de escoceses en América. Aqullo fue la maravilla de la banca. Sólo concurrieron dos problemas: los colonos murieron y los inversores se arruinaron.

Un papel trascendental jugó la banca en la génesis de la catástrofe financiera de aquel viernes de octubre de 1929. El Federal Reserve Board, único emisor de dinero en Estados Unidos por votación inconstitucional (no existió quórum suficiente) en 1913, inició la concesión de créditos "baratísimos" a la industria y a los especuladores bursátiles, lo cual provocó un alza espectacular en las cotizaciones. Cuando la nación americana se encontraba trabajando a pleno rendimiento y potencia, la banca sube el "valor" del dinero, es decir, la tasa del descuento del mismo, y simultáneamente se retiran los préstamos a las empresas –que en su mayoría eran "a la vista" y, por tanto, podían ser retirados "ipso facto" y sin previo aviso por la entidad bancaria-. Las consecuencias del desastre son suficientemente conocidas.

Hoy asistimos como simples espectadores a un hecho insólito: la absorción del Estado por la Banca privada (la cosmopolita y apátrida finanza internacional), de tal forma que anteriores iniciativas de "nacionalización bancaria" se han transmutado en operaciones de "bancarización estatal". La causa resulta ser, en primer lugar, la masiva deuda exterior propiciada por los grandes grupos bancarios. Estas cantidades son, de hecho, imposibles de saldar, por lo que los países caen en el mantenimiento permanente de la deuda que, al no ser satisfecha, aumenta los intereses constantemente, que son pagados con nuevos créditos bancarios y sus correspondientes intereses (el interés sobre el interés). Un pez que se muerde la cola. Por ello es el Estado el que sufre una "bancarización", pues él es el máximo deudor de la banca y utiliza para pagar los préstamos los mismos métodos con los

trabajadores, a través de la creación de dinero escriptual, los créditos polítcos y los préstamos públicos.

Un agravante de esta situación es el hecho de que los partidos políticos también están endeudados con los bancos que financian sus campañas electorales y propagandísticas, cobrándose después largamente, cuando alguno de ellos está en el trono del poder, con privilegios financieros, prebendas económicas y facilidades de inversión. Aquí la banca apuesta sobre seguro: financia a todos los partidos políticos, sin consideraciones sobre sus posibilidades de éxito, ya pagará el caballo ganador. Hace un tiempo, el entonces presidente de la patronal bancaria, Rafael Termes, ante la proximidad de elecciones generales declaró que "los siete grandes bancos actuarían como un sindicato a la hora de suscribir créditos con los partidos". Donde dice "sindicato" coloquen ustedes cualquier otro término que describa a un "grupo de presión" con intereses mancomunados.

Según Galbraith, la banca intenta siempre evitar un terrible "ajuste de cuentas": los bancos proporcionan dinero en forma de créditos por un valor nueve veces mayor que los billetes auténticos emitidos por la autoridad monetaria, por lo que si los clientes depositantes acudieran en masa a reintegrar el dinero propio, el banco quebraría, el "milagro" se descubriría y el Estado tendría que tomar medidas contra aquellos "genios financieros". Este absurdo se debe a que el trabajo, la producción y el consumo se hallan sometidos al "dinero financiero" y no a la inversa como sería lógico, racional y, finalmente, más económico. Por ello, hoy más que nunca, hace falta una reflexión que delimite los intereses de los países y de la banca privada, situando ésta en el lugar que le corresponde: la empresa financiera como un servicio público y no como la explotación sistemática de los estados y sus ciudadanos a través de sus arriesgadas operaciones de crédito. Desde luego, sería estúpido creer que este debate tenga alguna posibilidad de suceder, pero sería irresponsable no denunciarlo.

Patrón Oro o Patrón Riqueza

El dinero, como objeto de intercambio en forma de papel moneda, fue institucionalizado ocasionalmente durante el siglo XIX, pero durante unos cuatro mil años existió un acuerdo tácito por el que los metales (oro, plata, cobre) servían como instrumento de cambio. Aunque en la actualidad, la emisión de moneda ya no se basa en las reservas de oro o en las divisas (mediante operaciones financieras inexplicables), la lógica del sistema sigue siendo la misma, en lugar de fundamentarse en el trabajo, en la riqueza, en los recursos naturales, en la tecnología, en las ideas y en el esfuerzo desplegado por un país y sus ciudadanos. Cuando aquí hablamos de "patrón oro" lo hacemos por referencia al singular funcionamiento del sistema financiero capitalista.

El patrón oro tiene en su desarrollo internacional un grave peligro que constituye, al mismo tiempo, una incongruencia económica y una práctica monopolística, pues está claro que, mientras alguien controle la provisión de oro, ese alguien controlará el monopolio sobre la creación del dinero. Nos referimos,

siguiendo a Galbraith, a los tres progenitores de este maravilloso y perverso invento: las casas de la moneda, las secretarías del tesoro y las entidades bancarias, cuyo caso es especial por la explotación sistemática que encarnan sus operaciones y por los sistemas crediticios que no dependen, en absoluto, del número de billetes de banco que decide imprimir una comunidad, ni de la cantidad de oro que un país atesore en las arcas de su banco central. Ya sabemos que el dinero existe, que el dinero circula, que el dinero no desaparece, sólo que el dinero se acumula en unas pocas manos que deciden dónde debe ir o dónde quedarse.

La vieja superstición fetichista que concede al rey de los metales un carácter divino ha llevado a la humanidad a continuos desastres económicos cuando se producen descensos en las reservas de oro. Cuando las importaciones superan las exportaciones, cuando se dice que la balanza de pagos se encuentra en déficit, es porque una cantidad importante de oro ha salido del país, sustrayendo inmediatamente de la circulación el papel moneda proporcional al valor del oro en cuestión (esta operación ya no se hace "a peso", sino por compensación de números). Este peculiar proceso se traduce, en términos domésticos, en la pérdida de poder adquisitivo, provocando la caída de precios y salarios, y frenando la aparente y ficticia época de prosperidad y bienestr anterior a la crisis.

El dinero es un medio internacional de cambio, reconvertido hoy en una mercancía, pero sólo se mantendrá estable mientras su oferta esté equilibrada con la demanda: con ello, el dinero también podrá ser igualmente un instrumento de medida de la riqueza que genera una comunidad. Para ilustrarlo, nada como la definición que sir Arthur Kitson hacía del dinero: el dinero es la nada que se obtiene por algo antes de que se pueda obtener cualquier otra cosa. En fin, cero absoluto.

La sustitución del patrón oro por el patrón trabajo o patrón riqueza, se fundamenta principalmente en la demostración del hecho de que el dinero, instrumento de medida y cambio, debe basarse en el sujeto sobre el que actúa, o sea el trabajo y la riqueza generada por éste, y no en un metal hecho mercancía como el oro, con un indudable valor legendario y estético, pero objetivamente impreciso y, desde luego, injusto para valorar el esfuerzo productivo de un país.

La lucha entre los partidarios de uno u otro patrón económico siempre ha dado la victoria a los defensores del patrón oro, apoyados por la finanza internacional. Pocos experimentos financieros han intentado llevar el patrón riqueza a la práctica: Napoleón, Lincoln. También se frustró en Alemania durante el III Reich. Un testigo y protagonista de excepción, Winston Churchill, llegó a afirmar que las dos verdaderas causas de la segunda guerra mundial habían sido, por un lado, el éxito del sistema alemán de trueque, y por otro, la determinación alemana de no aceptar préstamos financieros internacionales.

John Law, uno de los principales promotores anglosajones de la banca privada, acusado de asesinato, empedernido jugador y dilapidador de herencias, nos ha legado la siguiente perla: "el milagro de la creación de dinero por un banco proporciona a

todo el mundo una agradable sensación de bienestar". Entonces, si ya sabemos quién tiene el poder de decidir la creación y el destino del dinero, por qué cuando se produce una "crisis financiera" nos preguntamos dónde está el dinero?

Ahora bien, el principal especulador no es la Banca ni los emisores de dinero, sino los gobiernos que se mantienen en el poder a través de una clientela política conseguida a costa de endeudar a los ciudadanos mediante un engaño. Hemos pasado de un "modelo financiero" (sustituto de las reservas de oro) a un "modelo financista" (basado en las reservas de papel-moneda), algo que Juan Pablo II llamó la "financiarización de la economía".

El abandono del patrón oro permitió a los gestores del Estado del Bienestar utilizar el sistema bancario para expandir el crédito ilimitadamente, a través de las reservas de papel en forma de bonos, que los bancos aceptan en lugar de activos reales y tratan como si fueran auténticos depósitos, esto es, como el equivalente de lo que antes era un depósito de oro.

Hay que recordar las palabras de Carl Menger: El dinero no es una cantidad que pueda generarse o imprimirse a partir de la nada y por decreto, sino una cualidad -la liquidez- que el mercado descubre en los bienes y en los activos. La liquidez consiste en no sufrir pérdidas de valor (o pérdidas de tiempo) al desprenderse de cantidades incluso enormes de un bien. Bien el dinero mercancía, bien los activos monetizables, han de ser aquellos que constituyen o representan los bienes más deseados por el mercado.

Históricamente, el patrón oro cubrió esa liquidez, pero desde su supresión hemos entrado en una "crisis cíclica" que ahora se ha convertido en "crisis permanente". Quizás porque el dinero no es riqueza, es sólo un instrumento de canje de la riqueza.

¿Salvar a Grecia o a los Bancos?

Alain de Benoist

Sólo hizo falta un cuarto de hora en el Parlamento francés para que se alineara al plan de "salvamento de Grecia" (3,9 mil millones de euros) propuesto por Nicolas Sarkozy y su ministro de Economía y Finanzas, Christine Lagarde: sobre 577 diputados, una cincuentena solamente (del "soberanista Nicolas Dupont-Aignan" al comunista Jean-Pierre Brard) fallaron al gobierno, que ya se había asegurado el apoyo unánime del partido socialista – el socialista Jérôme Cahuzac, el presidente de la Comisión de las finanzas, llegó a decir: "¡proteger Grecia, es proteger el euro, luego nuestro dinero!" Ningún parlamentario, aparentemente, se preguntó a quién se iba a ayudar en realidad. Entre los economistas, algunas voces discordantes se han hecho oír a pesar de todo. Aunque minoritarios, son unánimes: por no haber procurado reformar el sistema económico y financiero en su conjunto, la ayuda a Grecia puede sólo compararse con la "estrategia de las Danaides". Es decir, intentar llenar un tonel sin fondo.

El plan general de salvamento de Grecia puesto a punto durante el week end del 8 al 9 de mayo para calmar la fiebre especulativa de los mercados se elevará 750 mil millones de euros, entre los que estarán 250 mil millones prometidos por el Fondo monetario internacional (FMI). ¡Una suma, en parte "virtual", qué representa el importe monetario más fabuloso que jamás se haya movilizado (el New Deal de Roosevelt costó el equivalente de 50 mil millones de dólares de hoy, el Plan Marshall el equivalente de 100 mil millones de hoy), pero que, al mismo tiempo, representa sólo apenas más del 10 % de la deuda de la zona euro, o sea ¡7.000 mil millones de euros!

Lo que se olvidan de decir, observan la inmensa mayoría de estos economistas, es que la crisis actual no es tanto una crisis del déficit presupuestario de Grecia como

una crisis de los bancos (entre 2005 y 2010, la deuda pública griega ha sido suscrita al 43 % por los bancos, al 22 % por fondos mutuos y al 15 % por fondos de pensiones). La operación de rescate no está pues destinada a Grecia sino, como al día siguiente de la crisis de 2008, a los bancos a los que se trata de salvar por temor a ver a éstos restringir sus préstamos haciendo subir su tasa de crédito. En otros términos todavía, no son los Estados desfallecientes de la zona euro a los que se procura salvar, sino más bien a sus acreedores. Como no se ha emprendido nada en paralelo para parar la especulación, los bancos podrán luego continuar manipulando las cotizaciones como saben, sabiendo en lo sucesivo que de todos modos serán reembolsados.

Algunos apuntan también que el 9 de mayo de 2010 marcará la fecha histórica en que una organización supranacional no europea, el FMI, habrá conquistado el derecho a inmiscuirse en los asuntos de un país europeo superado por su endeudamiento. Según el economista Elie Cohen, el plan europeo no hace más que aplazar los "rendimientos especulativos" que surgirán de nuevo próximamente. Yves-Marie Laulan, subrayando que hay que esperar que el resentimiento antieuropeo aumente, declara: "este plan no reguló nada en el fondo. Nunca se ha visto curar un exceso de endeudamiento con una demasía de endeudamiento […] La elección está entre la peste y el cólera, la quiebra financiera y el hundimiento económico".

El antiguo ministro Jean-Pierre Chevènement deja prever la adopción de planes de austeridad de los que Alemania, que exporta más del 60 % de su producción a Europa, será la primera en pagar los gastos. "El resultado, dice, será una recesión generalizada, acompañada de una crisis social y política de la que no veo la salida". Emmanuel Todd observa que no existe ningún modelo europeo serio de salida de crisis y se pronuncia por un "proteccionismo europeo razonable". Comparando la crisis actual a la de 1929, Philippe Dessertine, profesor en Nanterre, llega a decir: "urge si se quiere evitar la guerra".

Conclusión general: quisimos ganar tiempo, pero no escaparemos a la bajada a los infiernos. Los Estados que se garantizan mutuamente en el mismo momento en que sus solvencias son puestas en duda, el plan de salvamento de Grecia llega a hacer garantizar deudas sospechosas por finanzas públicas dudosas. Es el método del "boostrapping" descrito por el economista "heterodoxo" Frédéric Lordon, que evoca el modo en el que el mismo Barón de Münchhausen intentaba elevarse por los aires tirando de las correas de sus botas. Los países europeos van a continuar gastando el dinero que no tienen, el sistema va a proseguir su huida hacia adelante. Y ya vemos perfilarse el espectro de una "gobernación mundial" que pondría bajo tutela los presupuestos nacionales de todos los países miembros de la Unión Europea, atentando así contra su soberanía.

Poniéndose a la cabeza del movimiento para "salvar Grecia", Nicolás Sarkozy procura evidentemente reendosarse el traje de líder que se había tallado cuando la presidencia francesa de la Unión Europea y, al día siguiente de su fracaso en las

elecciones regionales de marzo, a hacer remontar un poco su popularidad, hoy en caída libre.

En cuanto a los franceses, para los que Grecia está muy lejos, la inmensa mayoría ha renunciado a comprender. Saben que, desde su elección en 2007, Sarkozy hizo pasar el déficit público de Francia del 2,7 al 8,2 %, y que el endeudamiento de Francia, que representaba el 20 % del producto nacional bruto (PNB) en los años 60, alcanza hoy el 81 %. Hace algunos meses, se les decía que no había más dinero para pagar su jubilación o garantizar su poder adquisitivo. Hoy, ven decenas de miles de millones de euros "virtuales" salir de ninguna parte. Se les anuncia que Francia va a pedir prestado a los bancos del dinero que prestará a Grecia para permitirle a ésta reembolsar a los bancos, algo que les parece surrealista. Ya no creen. No creen ya en nada.

La Finanza y el Poder

Joaquín Bochaca Oriol

"Permitidme fabricar y controlar el dinero de una nación, y ya no me importa quienes sean sus gobernantes".

Meyer Amschel Rothschild

"Me temo que al hombre de la calle no le gustará saber que los bancos pueden crear y de hecho crean dinero. El volumen de dinero en existencia varía solamente con la acción de los bancos aumentando y reduciendo sus préstamos. Cada préstamo o cuenta en descubierto crea dinero. Y los que controlan el crédito de una nación, dirigen la política de su gobierno y tienen en sus manos el destino del pueblo".

Reginald McKenna, miembro de la Cámara de los Comunes; discurso en el Midland Bank, enero 1924.

"Poder inmenso y despótica dominación económica están concentrados en manos de unos pocos. Este poder deviene particularmente irresistible cuando es ejercido por los que, controlando el dinero, gobiernan el crédito y determinan su concesión. Ellos suministran, por así decirlo, la sangre de todo el cuerpo económico, y la retiran cuando les conviene: como si estuviera en sus manos el alma de la producción de manera que nadie ose respirar contra su voluntad"

S.S. Pío XI, "Quadragesimo Anno".

En el mundo civilizado hay suficientes primeras materias, trabajo, maquinaria, mano de obra especializada, conocimientos científicos y tecnológicos y, en general, riqueza suficiente para alimentar –más aún sobrealimentar- a sus habitantes. No obstante, en ese mundo civilizado se producen, regularmente, cíclicamente, crisis "económicas", paro obrero y su corolario: el hambre. La ciencia económica ortodoxa explica este fenómeno de los ciclos de prosperidad y crisis hablándonos de

prosperidad ficticia y de exceso de producción, y llega a la insólita conclusión de que es lógico y natural que las gentes se mueran de hambre y miseria al lado de stocks desbordantes. Particularmente he llegado a la conclusión, de que la llamada ciencia económica moderna representa un fenómeno similar al de la pintura que los barbudos intelectuales "hippies" llaman ultramoderna y los arqueólogos antiquísima. Es decir, que es un gigantesco "bluff" que casi nadie osa denunciar por temor a pasar por indocumentado, retrógrado, etc., ante la masa conformista reverenciadora de las ideas establecidas.

Por que, dígase lo que se quiera, no es natural –luego no es posible- que la gente se muera de hambre y miseria por haber producido demasiados bienes de consumo.

El Código Penal Español –y, con él, todos los códigos penales del mundo- castigan con penas que pueden llegar hasta la reclusión a perpetuidad a los falsificadores de moneda. Osamos suponer que tan drástica sanción no la imponen los legisladores para castigar al falsario que al introducir sus falsos billetes en el mercado obtiene por ellos bienes y servicios, sin trabajar; sino, sobre todo, por que al aumentar artificiosamente la masa de dinero circulante, roba, indirectamente, a todos y cada uno de sus compatriotas.

La razón es simple: cuanto más dinero existe, en una situación dada, menos valor tiene. Si una organización de falsificadores en gran escala consiguiera, por ejemplo, llegar a imprimir tantos billetes falsos como billetes legales existieran en el mercado, cada persona se encontraría con que su dinero valía, exactamente la mitad de lo que valía antes de que la organización falsaria en cuestión iniciara sus actividades. Los falsificadores son auténticos ladrones, puesto que al lanzar moneda nueva, que se supone legal, al mercado, toman para sí una parte del valor del dinero de sus compatriotas, los cuales deben pagar forzosamente por las mercancías y servicios que dichos falsificadores compran.

En realidad, cualquier lanzamiento de dinero nuevo al mercado –hágalo quién lo haga- disminuye el valor del dinero en circulación. Los propietarios del dinero en circulación antes del lanzamiento o emisión de dinero nuevo sufren una pérdida evidente; y se aperciben de tal pérdida al comprobar que los precios han subido y que, por vía de consecuencia, su dinero vale menos.

¿Cuándo se produce un lanzamiento de dinero nuevo? En otros tiempos el dinero era emitido exclusivamente por los Estados, y su creación se producía a medida que las necesidades se hacían sentir; como la función del dinero no es otra que la de facilitar el pago o intercambio de bienes y servicios, la masa de dinero circulante era relativamente estable en una situación económica dada. A veces, el Estado hacía una emisión de dinero, que se utilizaba para el pago de trabajos y servicios públicos, la instrucción popular, las instituciones sanitarias estatales, la higiene pública, el Ejército y la Policía, el funcionariado, etc. Con la creación de este dinero nuevo por el estado, el público –los poseedores del dinero- sufría una pérdida

en el valor del mismo (recordemos que cuanto más dinero hay en el mercado, menos valor tiene y más suben los precios), pero esa pérdida quedaba compensada, por lo menos en gran parte, por los beneficios directa o indirectamente reportados a la comunidad por los servicios y trabajos públicos efectuados por el Estado.

Esto era en otros tiempos...por que, en la actualidad, prácticamente todos los estados han abdicado su facultad soberana de crear o emitir dinero, en favor de individuos o instituciones privadas que son las que emiten "legalmente" la inmensa mayoría de la masa circulante de dinero, hasta el extremo de poderse afirmar, sin hipérbole, que no menos de las nueve décimas partes del dinero hoy en circulación en cualquier estado, es dinero falso. Si el calificativo choca demasiado, podemos decir, que es dinero "abstracto". Con dos agravantes: los falsificadores chapados a la antigua debían ser unos imitadores con categorías de artistas, y corrían grandes riesgos personales; los modernos falsificadores, crean dinero de un simple plumazo, con un asiento en un libro contable, cargan un interés sobre tal "dinero", y todo ello sin riesgo alguno; más aún, con el respeto y la consideración distinguida del rebaño de ciudadanos destinados a ser aniquilados.

Los banqueros operaban ya en Europa a principios del siglo XVII, antes de que existiera lo que se llama, con eufemismo, el "sistema bancario". Los poseedores de oro y plata, lo entregaban para su custodia, a un banquero que los guardaba en una caja fuerte. El banquero no era más que el guardián de los ahorros de sus convecinos, y, a cambio de la seguridad que ofrecía como custodio del oro y plata ajenos, cargaba un pequeño interés. El banquero, naturalmente, entregaba a sus clientes, un recibo por su dinero. Si un señor depositaba mil reales de oro en una caja fuerte del banco, el banquero le entregaba un recibo de mil reales. Si el impositor, más tarde, iba a buscar su dinero al banco, éste se lo devolvía (previa deducción del interés legal de la época como guardián del oro) y el recibo era destruido.

Dicho recibo –documento intachable sobre el que se iba a edificar el mayor timo que los siglos han visto y verán, no era, en realidad, más que una promesa de pagar, firmada por el propietario de una caja fuerte. Dichas "promesas de pagar" eran transferibles y se convirtieron, de hecho en dinero. Esto era perfectamente lógico y conveniente, toda vez que era mucho más cómodo y factible usar un pedazo de papel, que llevar continuamente encima de sí bolsas de oro y plata. Dichos pedazos de papel, dichas "promesas de pagar" se usaban, de hecho, como dinero, partiendo del supuesto de que dinero es cualquier cosa por la cual entreguen mercancías, se rindan servicios o se paguen deudas.

La experiencia diaria enseñó a los banqueros un hecho curioso. Se apercibieron de que muy raramente sus impositores les devolvían sus recibos (sus "promesas de pagar" pidiendo a cambio su oro. Por regla general –que ha permanecido invariable hasta nuestros días- los impositores retiraban, como promedio, un diez por ciento del montante total de sus imposiciones. Un señor que depositaba por ejemplo, en un banco, mil reales de oro u otro cualquier metal de curso monetario legal, como la

plata, retiraba, como promedio, cien reales para su manutención y sus gastos ordinarios, y dejaba los otros novecientos en el banco. En otras palabras, si un banquero que guardaba depósitos por valor de un millón de reales, perdía, le robaban o se gastaba novecientos mil, todavía le quedaban los cien mil que le eran necesarios para hacer frente a las demandas normales de sus impositores.

En consecuencia, los banqueros empezaron a poner en circulación, decuplicándolos, más recibos, más "promesas de pagar" oro que el que realmente poseían; es decir, prestaron esas "promesas" cobrando por ello un interés. No se debe olvidar, ni por un momento, que los banqueros prestaban, y continúan prestando, algo que ellos no tienen, ni en calidad de propietarios, ni en la de poseedores; o, como máximo, en esa segunda calidad, en un diez por ciento del total por ellos "prestado". Más aún, como garantía de la buena fe de los propietarios los banqueros exigieron, contra sus préstamos, los títulos de propiedad de casas, fábricas, fincas, cosechas, de aquellos; de manera que si un préstamo (aumentado por sus intereses acumulados) no era devuelto en un determinado plazo, el banquero entraría en posesión de las mismas.

Aquí un inciso. Llamamos la atención sobre el hecho de que el banquero no prestaba, ni presta, dinero, sino simplemente, una promesa de pagarlo. El hecho de que, por tales promesas se dieran bienes y servicios, es decir, se utilizaran como dinero, no alteraba en absoluto el hecho de que no era dinero, sino, simplemente, una promesa de pagar dinero y nada más que eso; con el agravante de que tales promesas carecían de respaldo legal en oro y plata. Promesas creadas "ex nihilo" (Nota del editor: de la nada) y dejando un suculento interés.

Se ha definido el préstamo como un intercambio de deudas. El prestador –el banquero- toma la garantía (títulos de propiedad de una casa o fábrica, por ejemplo) y se la debe al prestatario. Este, a su vez, toma las "promesas de pagar", o el crédito, como se llama, y le debe esa suma de dinero, más sus intereses, al prestador. En realidad lo que ha ocurrido es un intercambio de promesas. La promesa del banquero de pagarle a su cliente, contra la promesa de éste de devolver el dinero con sus intereses. El cliente da, como garantía, los títulos de propiedad de su casa o fábrica. El banquero no da nada. Se objetará que el banquero presta dinero y que éste es su propia garantía. Esto no es cierto.

El banquero no presta dinero, ha puesto en circulación "promesas de pagar dinero" –que es lo que en realidad ha prestado-, representando diez veces más dinero que el que tiene, y el que tiene diez no puede, ni podrá jamás, prestar cien. En otras palabras, mientras los bancos disponen contra la comunidad de garantías representando una riqueza real, tal como son casas, fábricas, fincas, cosechas, etc., la comunidad no dispone, contra los bancos, de ninguna garantía. la menor tentativa hecha por los acreedores de un banco para ejercitar sus "garantías" contra éste, ponen de manifiesto que éstos, de hecho, no tienen sustancia alguna. Si tales acreedores le "aprietan demasiado las clavijas" al banco, son castigados perdiendo

todos sus ahorros. El banco cierra sus puertas poniendo de manifiesto que sus "promesas de pagar" son falsas promesas...a menos que el Gobierno no acuda en su ayuda con una moratoria...moratoria cuyas consecuencias, representarán, al fin y a la postre, que la comunidad en bloque deberá pagar para cubrir las falsas promesas del banquero.

Pero esto es adelantarnos a los acontecimientos. Volvamos al período durante el cual banquero está prestando su crédito (sus "promesas de pagar") a sus conciudadanos. Supongamos que sus impositores han depositado en su banco cien millones de pesetas. El banquero ha abierto créditos por mil millones, entregando talonarios de cheques a sus clientes. Estos cheques, que serán utilizados para las futuras transacciones representan un dinero creado, de un simple plumazo, en los libros del banco; hacen exactamente el mismo papel que la moneda falsa, pues aumentan el poder de compra y, por vía de consecuencia, hacen subir los precios y devalúan el dinero que existía antes de que el banquero iniciara sus operaciones. En otros términos: al crear dinero nuevo, el banquero, igual que un vulgar falsificador, ha robado un poco a cada uno de sus conciudadanos y ha obtenido interés sobre el "dinero" robado.

De momento el sistema parece dar resultado. La euforia general disimula el robo colectivo que se ha producido. Los prestatarios han podido desarrollar nueva riqueza, el comercio está en su apogeo y se ha llegado al pleno empleo. Cada vez que un préstamo es devuelto –con sus intereses acumulados- el banco se apresura a prestarlo de nuevo. Los mil millones de "dinero" arrojado al mercado han ocasionado el clásico "boom". Los precios suben en vertical, mientras toda clase de productos se ofrecen a la venta. Pero esta subida de precios continúa sólo en caso de que continúen los préstamos. cada vez que el banquero deja de hacer préstamos – es decir, de crear "dinero"- los precios dejan de subir. Y al dejar de subir los precios los negocios se hunden.

La posibilidad de continuar haciendo más y mayores beneficios en un mercado alcista, ha desparecido, por que ahora el banquero empieza a verse en dificultades. En efecto, él ha prestado sus "promesas de pagar" –o, si se quiere, ha abierto créditos- por mil millones de pesetas. Con el dinero efectivo, líquido, que tiene en caja, le queda justo para atender a las demandas normales de sus clientes. Cualquier demanda extraordinaria de fondos puede dejarle en descubierto. Cada crédito que él ha abierto, representado por cheques, asó como cada recibo que él ha extendido a sus impositores, representan promesas de pagar oro y plata (hoy en día papel moneda ténder del estado). En consecuencia tanto sus impositores como sus prestatarios – deudores y acreedores- pueden exigir oro y plata (o billetes de banco), por sus recibos. Todos están persuadidos de que lo que el banquero les "presta" es oro y plata (o billetes emitidos por el Estado) y que sólo se utilizan los talonarios de cheques por razones de comodidad y agilidad. Pero el banquero sabe, mejor que nadie, que esto no es así. Él sabe perfectamente, que ha prestado algo que no tiene, y

que su curioso negocio depende de la confianza que sus clientes tienen en él; es decir, la confianza en la aparente intercambiabilidad del metal y el papel (hoy día, de un cheque y el dinero por él representado). Su negocio se basa, pues, en un abuso de confianza, en una ficción que debe ser mantenida a toda costa.

En la presente situación, habiendo creado el banquero todas las "promesas de pagar" que sus reservas –es decir, diez veces del total de éstas-, debe rehusar nuevos préstamos. El mercado se resiste a ello. Los que han comprado mercancías con la esperanza de revenderlas más caras, o los que han producido bienes para venderlos a precios elevados empiezan a su vez, a encontrarse en una situación incómoda. Un nuevo fenómeno se agrega a la difícil situación que se va creando: mientras el banquero "inventaba" más y más dinero –insistamos en que el dinero es todo aquello que sirve como medio de pago- y, por consiguiente, los precios iban subiendo, el dinero cambiaba de manos con facilidad. tanto el dinero auténtico (los billetes o monedas) como, sobre todo, las célebres "promesas de pagar" del banquero (los cheques) pasan rápidamente del comprobados al vendedor, y de éste al banco, de dónde una parte se ha retirado de nuevo para pagar salarios, facturas, etc.

Supongamos que el Banco X abre un crédito de diez millones de pesetas al Sr. Pérez, el cual se apresura a emplearlo en un montaje de una fábrica, y empieza a lanzar productos a un mercado alcista. El Sr. Pérez paga, con cheques, al constructor, al herrero, al calderero y al carpintero que le han montado su fábrica. Estos especialistas tienen, a su vez, una cuenta corriente abierta en el Banco X, en la que ingresan los cheques en cuestión. Una parte del valor representado por esos cheques ha sido retirada para pagar salarios de los obreros del constructor, del carpintero, del calderero, etc. Dicho dinero ha sido gastado en los comercios locales: en el supermercado, la carnicería, la tienda de confecciones, etc. y estos detallistas se ha apresurado a ingresarlos en sus cuentas del Banco X, en las cuales permanece hasta que es retirado más tarde para pagar a sus acreedores (sus proveedores): granjeros, molineros, fabricantes textiles, etc. Todas estas personas van abriendo cuentas corrientes en el banco X y todas estas cuentas no significan, en realidad, más que una simple declaración del valor de los cheques en posesión del titular. la dirección del Banco X sabe perfectamente que los cheques por valor de diez millones que se han prestado al Sr. Pérez, los ha gastado este señor en pagar al constructor, al calderero, al carpintero y al herrero. Las cuentas de estos caballeros arrojan unos saldos favorables, pero lo que ellos en realidad poseen son los cheques del propio Banco X, que éste había prestado al Sr. Pérez.

Imaginémonos, ahora, que la baja general de precios alarma a estos señores, que se presentan un buen día ante la ventanilla de Pagos y exigen que se les pague en dinero...pro en dinero auténtico, de verdad, en billetes oficiales, emitidos por el Estado. Y supongamos que la alarma cunde, y tal como ha ocurrido miles de veces en el transcurso de la aventura bancaria, un ejército de clientes se presenta en el banco con idénticas pretensiones...

Al hacerse estas tan sencillas como inevitables consideraciones, el banquero se apercibe de que no le basta con dejar de prestar; debe empezar a presionar a sus prestatarios para que éstos se vayan poniendo al día. La dirección del banco X llama al Sr. Pérez y le invita a que devuelva todo, o una parte sustancial, del préstamo que recibió. El Sr. Pérez, presionando a sus deudores –o mal vendiendo su stock-, logra obtener el dinero necesario para devolver el préstamo bancario. Sus deudores (clientes, detallistas, almacenistas, etc) se presentan en el banco y retiran su dinero –en forma de cheques- y con ellos pagan al Sr. Pérez quién devuelve su préstamo al banco X, el cual hace desaparecer sus "promesas de pagar" de un simple plumazo en sus libros.

Mr Frederick Soddy, economista inglés, ganador del premio Nobel en 1921, escribió, en su obra "Citadel of Caos":

"El rasgo más siniestro y anti-social del dinero escriptural es que no tiene existencia. Los bancos deben al público una cantidad total de dinero que no existe. Comprando y vendiendo por medio de cheques, solo se produce un cambio en el particular a quién el dinero es debido por el Banco. Mientras la cuenta de un cliente es debilitada, la de otro cliente es acreditada, y los bancos pueden continuar debiendo dicha cantidad indefinidamente.

El beneficio de la emisión de dinero ha procurado el capital del gran negocio bancario según existe hoy. Habiendo empezado sin nada propio, los banqueros han puesto a todo el mundo en deuda con ellos, irremisiblemente, mediante una trampa.

Este dinero nace cada vez que los bancos "prestan" y desaparece cada vez que el préstamo les es devuelto. De manera que si la industria trata de pagar, el dinero de la nación desaparece. Esto es lo que hace tan peligrosa a la prosperidad, ya que destruye el dinero justamente cuando más necesario es, y precipita la crisis".

Es evidente que, cuando el banquero empezó a esparcir sus préstamos y, en consecuencia, hizo subir los precios, cada comprador se vio forzado, de hecho, a pagarle una especie de tributo, pero que cuando contrajo de nuevo sus préstamos, provocando así la baja de precios, fueron los vendedores los que tuvieron que pagarle tributo. Es un caso típico de "si sale cara, yo gano; si sale cruz, tu pierdes". Un caso, además, de flagrante inmoralidad, derivada del hecho de que un señor que inició sus actividades con el dinero de los demás, se convirtió, con el manejo de "dinero abstracto", en el mayor propietario de fincas, fábricas, terrenos y dinero... pero dinero concreto, auténtico, de toda la ciudad y, a la larga, de todo el país.

Con el actual sistema bancario, los banqueros pueden con sus cheques, proporcionar "poder de compra" a sus conciudadanos, y luego quitárselo, en el momento en que más necesidad tienen de él. La súbita inundación de un mercado con dinero "abstracto" –una auténtica inflación- hace subir los precios y despierta el interés general en aumentar la producción. Los mercados quedan abarrotados de toda clase de productos y, en consecuencia, hace falta muchísimo dinero para distribuirlos.

(Es importantísimo tener presente que la única función del dinero es ésta: distribuir bienes y servicios). La repentina retirada del dinero, en tales circunstancias, provoca, necesariamente, una caída general de precios y, al mismo tiempo, una riada de bancarrotas... y, además, el desempleo y el hambre.

Este sistema, que constituirá la irrisión de las generaciones venideras, le da al banquero el control del nivel de precios y, como lógica consecuencia, de los salarios. El banquero tiene, prácticamente, un poder absoluto, sobre sus conciudadanos; un poder como nunca pudo imaginar el más tiránico autócrata. El poder de someter a sus exigencias a cualquiera que ose oponérseles, mediante la latente amenaza de la ruina. El moderno banquero o, más exactamente, el sistema financiero, está en disposición de arruinar a sus deudores y arrebatarles "legalmente" su propiedad. A. N. Field pone el siguiente ejemplo:

"Supongamos que soy un banquero y que presto mil dólares a John Smith, con la garantía de su fábrica. A continuación retiro una parte de mis otros préstamos, disminuyendo así el poder de compra en la región donde John Smith lleva su negocio. A consecuencia de esa contracción del poder de compra, de "demanda", los precios bajarán y John Smith dejará de ganar dinero. Como él debe pagarme a mí el interés de mi préstamo, empieza a reducir personal y a instalar maquinaria que le ahorre mano de obra. Pero yo continuo reduciendo mis préstamos. Los precios continúan bajando, y, al final, John Smith se queda sin recursos. Me dice que no puede continuar pagándome los intereses. Entonces le embargo la fábrica y la pongo en venta. la mejor oferta son ochocientos dólares, de manera que me la guardo en pago de mi préstamo. Un poco más tarde empiezo a prestar de nuevo, y los precios vuelven a subir. La fábrica de John Smith tiene ahora mucho valor, pues he vuelto a aumentar –proporcionando poder de compra- la llamada "demanda" de lo que él fabricaba. De manera que vendo su negocio por cinco mil dólares y me embolso, "con toda legalidad", cuatro mil".

Este ejemplo podrá tildarse de exagerado. En realidad, todo ejemplo, para ser aleccionador, debe ser una caricatura; pensar es exagerar, decía Goethe. Pero ilustra un hecho que se ha dado muchas veces en la práctica. Así, en 1930, los estados Unidos de América tenían sus stocks repletos, pero les faltaba la cantidad adecuada de dinero para poder desarrollar el comercio, es decir, para hacer llegar esos productos a los consumidores. Los banqueros habían retirado deliberadamente de la circulación dieciocho mil millones de dólares, al rehusar préstamos a agricultores, comerciantes e industriales prósperos, y cancelar los ya existentes en su mayor parte. Se produjo el famoso "crack" del "Black Friday", miles de empresas quebraron, y el treinta por ciento de los obreros se quedaron sin trabajo. Las mercancías sobraban, los graneros estaban llenos a rebosar –incluso debían quemarse cosechas-, la mano de obra –tanto la especializada como el peonaje- estaba disponible para el trabajo, pero faltaba "dinero".

Los bancos entraron en posesión de decenas de millares de industrias, negocios y explotaciones agrícolas. Faltaba dinero... faltaba algo que, si bien es difícil de ganar, es, en cambio, lo más fácil de "hacer"... basta la imprenta del Estado, que respalda y controla la cantidad emitida, de manera que esté en proporción con la riqueza REAL producida...No obstante, el gobierno americano no imprimió el dinero necesario. ¿Por qué?...Por que no podía, legalmente, hacerlo. Ya que diecisiete años atrás, en 1913, el gobierno de entonces había permitido que, por un fraude parlamentario, se le arrebatara el poder de emitir la moneda del país. No ya la moneda crédito, sino la moneda ténder.

La constitución de los EEUU ponía en las manos del Congreso el derecho a crear y controlar la moneda del país. Pero, en diciembre de 1913, con la mayoría de los miembros del Congreso pasando las vacaciones de Navidad en sus hogares, se hizo votar, de manera casi subrepticia, una ley conocida con el nombre de "Federal Reserve Act". Grosso modo, esta ley autorizaba el establecimiento de una Corporación de la reserva Federal, con un Consejo de Directores (El "Federal Rederve Board"). Esta ley le arrebataba al Congreso el derecho de la creación y el control del dinero, y se lo concedía al "Federal Reserve Corporation".. El pretexto que se dio para la aprobación de esta ley insólita fue "separar la Política y el Dinero".

La realidad fue que –en una gran Democracia que se suele presentar como el prototipo ideal de esa forma de gobierno- el poder de crear y controlar el dinero les fue arrebatado a los llamados "representantes" del Pueblo para concedérselo a "UNA EMPRESA PRIVADA". Y no creemos incurrir en el pecado de juicio temerario si decimos que una empresa privada tenderá, por definición, a buscar su propio provecho, coincida éste o no con el interés general de la nación.

Lo más grave, jurídicamente hablando, de este "Federal Reserve Act", de 1913, es que el acuerdo se tomó por una minoría de diputados, según todas las trazas presionados o sobornados; no existía el quorum necesario...de manera que ni siquiera desde el punto de vista más estrictamente democrático podía justificarse aquella ley...pero el caso es que fue aprobada, y que desde entonces, una empresa privada emite el dinero del país más "democrático" –y poderoso- del planeta. Desde aquellas navidades de 1913, un número comparativamente pequeño de personas –unas ocho mil- controla, emite, crea y destruye a su conveniencia el dinero del país que se supone abanderado de Occidente. Esas personas, en su inmensa mayoría no son ni siquiera americanas de origen. El "deus ex machina" de esta nefasta "Act" fue un banquero de Hamburgo, llamado Paul M. Warburg

El "Federal Reserve Board" emite el dinero del país, y luego lo presta al gobierno "legal" de los Estados Unidos, a interés. Si, por ejemplo, el gobierno de Washington necesita mil millones de dólares para financiar obras públicas, renovar el armamento o lo que fuere, debe dirigirse al "Board" y pedirle ese dinero. Entonces el omnipotente "Board" da su acuerdo a condición de que el Gobierno le pague un interés. De manera que el Congreso autoriza al Departamento del Tesoro para que

imprima mil millones de dólares en bonos que son entregados al "Federal Reserve Board". El "Federal Reserve Board" paga los gastos de imprenta (que supone unos quinientos dólares) y hace el cambio. Entonces el Gobierno ya puede disponer del dinero para cubrir sus necesidades.

¿Cuáles son los resultados de esta inverosímil transacción? Pues, simplemente, que el Gobierno de los estados Unidos ha puesto a sus ciudadanos en deuda con el "Federal Reserve Board" por mil millones de dólares, más intereses, hasta que se paguen. El resultado de esta demencial política financiera (¿) es que, en menos de sesenta años –desde 1913 hasta hoy- el pueblo de estados Unidos está endeudado con los banqueros del "Federal Reserve Board" por un total de 350 millones de dólares, con un interés de un billón y medio cada mes, sin ninguna esperanza de poder pagar jamás ni el principal de la deuda, ni siquiera sus intereses, pues ambos aumentan continuamente. Ciento noventa y cinco millones de americanos están irremisiblemente endeudados con otros ocho mil, más o menos americanos; y el montante de esa deuda es superior al valor total de todas las riquezas del país.

Todavía hay más: Con este sistema de "dinero-deuda" los Bonos a que nos hemos referido más arriba se convierten en valores bancarios, amparándose en los cuales pueden los bancos hacer préstamos a clientes privados. Como quiera que las leyes bancarias de los Estados Unidos requieren solamente una reserva del 20 por ciento, los bancos del "Federal Reserve Board" pueden hacer préstamos hasta un total de cinco veces el valor de los Bonos que poseen. Es decir, que volviendo a la transacción de mil millones de dólares que tomamos como ejemplo, el derecho al interés de seis mil millones... POR UN COSTO ORIGINAL DE 500 en gastos de imprenta. Y como el Congreso abdicó –en tal excelsa Democracia- el derecho de emitir dinero, la única manera que les queda a los industriales, explotadores agrícolas y comerciantes de los estados Unidos de obtener dinero para desarrollar las riquezas del país, es tomarlo "prestado" del Consorcio Bancario del Federal Reserve, y ponerse en sus manos.

Saltan a la vista las terribles consecuencias de este loco "sistema". Siendo omnipotentes –luego irresponsables- los bancos pueden disponer del poder de vida o muerte sobre cualquier empresa, por fuerte que ésta sea. La degeneración financiera que esto supone lleva a los graves extremos de que subsiguientemente a la denegación de un préstamo, en un momento dado, una empresa, por fuerte que sea, se puede ver obligada a vender sus stocks a cualquier precio –incluso a pura pérdida- para hacer frente a sus vencimientos y obligaciones urgentes.

Tras despreciar la mercancía, los agentes de la oligarquía bancaria compran grandes cantidades del stock despreciado; después de esto, se aprueba el préstamo, el stock sube de valor, y es vendido posteriormente con beneficios fantásticos. Esta práctica de robo legal ha llegado a un tal grado de refinamiento hoy día, que al "Federal Reserve Board" le basta con anunciar en los periódicos una alza o una baja en su tasa de descuento, para hacer subir o bajar el valor de los stocks según su deseo.

Con estos métodos, los miembros del "Federal Reserve" y sus satélites bancarios han conseguido el control de prácticamente todas las grandes industrias americanas... y, a partir de ellas, han iniciado su "coca-colonización" del resto del mundo.

Para resumir, diremos que el llamado Crédito consiste en la falsa promesa de los banqueros de pagar diez veces más dinero del que tienen, procedente de sus impositores. El crédito no es dinero auténtico, legal, pero como hace las veces del mismo –sirve para pagar bienes y servicios y cancelar deudas-, es, de hecho, imposible de distinguirlo del dinero legal ténder. Estas "promesas de pagar", emitidas por el banquero mediante un talonario de cheques, nacen como "préstamos", que deben ser devueltos con interés. Los banqueros se reservan el "derecho" de retirar sus "promesas" –su crédito- pudiendo así, a su albedrío, retirar el noventa por ciento del poder de compra –la "demanda"- de un país. De hecho, según McNair, se contentan con fluctuaciones mucho más pequeñas, porque "aun muy pequeñas fluctuaciones son suficientes para alterar el nivel de precios en un sentido u otro"... alteraciones de las que ellos viven.

Nada menos que Sir Josiah Stamp, entonces la segunda fortuna de Inglaterra, y presidente de los ferrocarriles Británicos, se dirigió en los siguientes términos a 150 profesores de la Universidad de Texas:

"El sistema bancario fue concebido en la iniquidad y nació en el pecado. Los banqueros internacionales poseen la tierra. Quitadles todo lo que tienen, pero dejadles el poder de crear depósitos, y con unos cuantos plumazos crearán los suficientes depósitos para recuperarlo todo otra vez. Pero si les quitáis el poder de crear dinero, todas las grandes fortunas desaparecerán, incluyendo la mía, y éste será un mundo mucho más feliz. Pero si queréis continuar siendo esclavos de los bancos y pagar los costos de vuestra propia esclavitud, dejadles continuar creando depósitos".

Lo increíblemente chusco de sta clarísima declaración, es que el que la formuló, Sir Josiah Stamp, unía a su condición de presidente de las "Bristish Railways", la de... Presidente del banco de Inglaterra, entidad que, pese a su empaque oficial, es, igual que el "Federal Reserve Board", una empresa privada que, desde su fundación, ha sido casi siempre dirigida por individuos del mismo origen que los que han dirigido y dirigen el "Federal Reserve".

Queda, pues, bien claro, que las pretendidas crisis económicas son, en realidad, crisis financieras, muchas veces deliberadamente originadas. Thomas Jefferson dijo, en cierta ocasión: "Creo que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades, que los ejércitos enemigos. Ya han conseguido erigir una aristocracia del dinero que desafía al Gobierno. El poder de emitir moneda debiera serles arrebatado (Jefferson se refería, claro es, a la moneda crédito) y devuelto al pueblo a quien realmente le pertenece".

En realidad, el poder de crear dinero –tanto dinero-ténder como dinero-crédito- debiera quedar reservado al estado, quien lo iría poniendo en circulación a medida que las necesidades lo exigieran.

Es preciso terminar de una vez con el ciclo aparentemente inevitable, "prosperidad-crisis" o "inflación-deflación", o "boom-slump", o como quiera llamarse. Este fatídico ciclo tiene, para la economía de una país, los mismos efectos que una transfusión de sangre seguida de una sangría cuando el paciente se está empezando a recobrar. El principal resultado del "ciclo" es la carrera "Precios-salarios"... en la que los primeros siempre ganan.

La circulación de la moneda en un determinado país debiera reflejar exclusivamente su capacidad de producir riqueza, su capacidad de desarrollo potencial y la necesidad de emplear mano de obra, Únicamente el Estado –un Estado soberano y libre- cuyos servidores no hayan debido "comprar" los votos de sus electores con una costosa propaganda que le ha sido financiada por los que en ellos mandan... porque quien paga manda. Un Estado libre de la gelatinosa, invisible, omnipresente influencia del Money Power, puede llevar a cabo una política económica sana, apartada de las cadenas del "dinero-deuda" y de la usura. Los bancos tienen una función económica y social que cumplir; en retribución a esa función tienen derecho a unos beneficios justos y normales, pero no se pude permitir que la economía de una nación dependa de los bancos; los bancos deben servir al país, y no éste a los bancos.

El Estado debe ser no sólo el emisor de la moneda ténder, sino también el dispensador del crédito. El préstamo sin interés a empresas solventes fue el "deus ex machina" del colosal salto dado por la economía alemana desde 1933 a 1939; no lo fue, como se ha pretendido absurdamente, la gran capacidad de trabajo del pueblo alemán. Dicha capacidad de trabajo –incuestionable- no la inventó el régimen nacionalsocialista, pero su decisión de arrebatar el poder de "crearlo" a los bancos, sí fue, indudablemente, el motivo esencial.

Podrá objetarse que los estados pueden equivocarse, pueden cometer abusos, sean del color que sean... rojos, blancos o azules, vayan o no a Misa sus dirigentes... pero lo que no podrá discutir nadie es que si un Estado PUEDE equivocarse o PUEDE ir contra el bien común en materia financiera, un banco, o, más aún, un sistema bancario, DEBE forzosamente ir contra dicho bien común. Y ello por definición: Un Estado es una fundación pública y su función es el bien público; un Banco es una empresa privada y su función es el bien privado propio, y es natural que así sea. Lo que no es natural es que, mediante un timo secular, la función pública de facilitar y posibilitar el intercambio de bienes, como es la emisión de dinero (ténder o crédito) se haya convertido en un fabuloso e inmoral monopolio privado.

Es incuestionable que si la primera obligación de un Estado es proteger a sus súbditos, y, en el problema que nos ocupa, protegerlos contra el dinero-deuda y la

Usura Financiera, la primera medida que debe adoptar dicho Estado debe tender a librarse él mismo de la tutela del comúnmente llamado Money Power. Dice Juan Beneyto que "todo el enorme problema que ha planteado a la economía estatal el tema de la Deuda Pública, se relaciona con la falsa construcción de la necesidad de dinero para el Estado. la idea deriva de que el Estado proceda como un particular. El Estado no debe proceder como un particular. El Estado tiene tres posibilidades para cubrir sus necesidades financieras: 1. La soberanía sobre los servicios públicos. 2. La soberanía sobre la moneda. 3. La soberanía sobre las finanzas. Hay que partir de la distinción entre lo público y lo privado, porque si no...el único camino que queda es ese endeudamiento del Estado. La curación no cabe más que merced a un Estado, como el nacional-socialista, que sea señor del dinero. Sólo así tiene viabilidad una finanza estatal fuerte".

Un Estado libre de deudas no tiene por qué gravar brutalmente a sus súbditos para pagarlas, como ocurre actualmente en Norteamérica. La Alemania de 1933-1939 fue uno de los países en que menos presión fiscal existía, y "el objetivo último de nuestro Estado –decía Gottfried Feder- es el establecimiento de un estado sin impuestos", citando como ejemplo al Estado de Baviera –que no es, precisamente, de los más ricos de Alemania-, cuya hacienda estatal se construía sin un solo pfenning de impuesto. Lo que Baviera lograba de la explotación de los bosques y jardines estatales, de los ferrocarriles, servicios de Correos y Telégrafos, compensaba sus gastos en atenciones culturales y educacionales, servicios públicos y administración de Justicia. Todo lo recaudado en impuestos se destinaba íntegramente a pagar la Deuda Bávara, y la parte correspondiente de la Deuda Nacional.

El Estado –sea del color que sea- es, endémicamente, un mal comerciante. De ahí el fracaso clamoroso del marxismo. la función del Estado no es comerciar, sino –en la vertiente de su política interior- conservar el orden público, desarrollar la riqueza e impedir abusos. Particularmente, estamos contra las nacionalizaciones de empresas, y, en consecuencia, también contra la nacionalización de la banca, "solución" que no solucionaría nada y convertiría al Estado en un comerciante de dinero cuando –como esperamos haber demostrado ya- el dinero no es una mercancía, sino un medio de intercambio, y la catástrofe de los "ciclos económicos" se origina, precisamente con la artificial alteración del valor de algo que debería ser fundamentalmente estable. Cuando decimos que el Crédito debe ser reservado al Estado, queremos hacer hincapié –lo repetimos- en que dicho crédito debe ser sin interés. Ya Platón calificó de "aberración contra Natura" la pretensión de hacerle producir dinero al dinero.

Y para llevar a la práctica la necesaria, imprescindible, reforma financiera –que es la única alternativa a la catástrofe de los "ciclos"-, lo único que necesitan los Estados es aplicar su Código Penal, que reprime el delito de la falsificación de moneda, pues eso y no otra cosa es el "dinero-crédito" y el "dinero-deuda".

O esto, o la perpetuación indefinida del Robo de los Siglos.

“Hay dos historias: la historia oficial, embustera, que se enseña “ad usum Delphini”; y la historia secreta, en la que se encuentran las verdaderas causas de los acontecimientos: una historia vergonzosa”.

Honoré de Balzac

“El Capitalismo se parece a la Propiedad como el sofisma se parece a un razonamiento, como Caín, tal vez, se parecía a Abel”.

Edouard Drumont

La Banca, que alcanzó un poder determinante en el siglo XIX, ha llegado, en el actual, al dominio absoluto de la vida económica, tanto en el Occidente de la “libre empresa” como en el Oriente “comunista”. Hoy en día, cuando se plantea la puesta en marcha de una empresa cualquiera, tenga o no finalidad lucrativa, lo primero que se pondera es la probable actitud de la banca –local o nacional, según la índoles de sus actividades- hacia la empresa en cuestión. Hogaño, casi nada puede hacerse, y prácticamente nada puede perdurar sin el apoyo de los bancos. De simples ejecutivos de un servicio que debía facilitar el intercambio de las mercancías, han pasado los banqueros a ser, sucesivamente, los reguladores; luego, los controladores, y, en fin, prácticamente los amos de toda la riqueza mundial. Y, apoyándose en ella, del poder político.

Shylock y sus correligionarios de la edad media eran unos inocentes monaguillos comparados con los magos de la moderna Finanza. Al fin y al cabo, los usureros de aquella época cobraban hasta un treinta y un cuarenta por ciento de interés mensual... pero no se debe olvidar que ese alocado interés, por abusivo que fuera, se cobraba sobre un dinero existente, real, tangible, y perteneciente al usurero, el cual corría, además, inmensos riesgos personales, plasmados, a menudo, en penas de presidio, cuando no en “pogroms”, expropiaciones y expulsiones.

Por el contrario, los modernos banqueros practican, grosso modo, la siguiente operación: toman prestado un dinero, el de sus impositores, por el que pagan un interés del 0´5 por ciento. Ese dinero lo prestan a su vez al 9 por ciento, lo cual representa un beneficio del 1800 por ciento; beneficio que no ha dado ni dará jamás negocio alguno. Maravilla el comprobar cómo ningún Estado, ningún juez, ninguna comisión al estilo de la Fiscalía de Tasas que existió años ha en España, ha tomado jamás medidas, por beneficios abusivos, contra esos comerciantes del dinero –y comerciantes monopolistas, no se olvide- cuando por un simple 30 por ciento se han clausurado, a veces, establecimientos, y sus propietarios han ido a parar a la cárcel. Pero no termina aquí el abuso bancario: los bancos no ganan “solo” un 1800 por ciento, sino que, como ya henos visto, al multiplicar por nueve sus préstamos, creando moneda escriptural, -moneda falsa, no nos cansaremos de repetirlo-, sus beneficios, al consumarse este auténtico delito contra el Código Penal y contra la Humanidad, se multiplican igualmente por nueve. Por cada cien denarios recibidos de sus impositores, el banco paga a estos un interés anual de medio denario, y cobra, al

"prestar" novecientos denarios, un interés del 9 por ciento, es decir, 81 denarios, lo que equivale a un beneficio del 16.200 por cien. ¡Y los cielos no se hunden! ...Mientras, los fríos monstruos estatales se ensañan con el pequeño y mediano empresario que disimula sus beneficios para poder sobrevivir. Y los obispos, metro en mano, aquilatan la longitud de las minifaldas, tras lo cual paren trabajosamente un sabio texto en latín... y todos los detentadores del Poder –del Poder "oficial", al menos- guardan atronador silencio ante secular atropello de lesa Humanidad.

En "El Robo de los Siglos" hemos trazado, muy someramente, un esquema de las actividades del banquero "nacional"; del hombre, o la entidad bancaria, que "inventa" un dinero inexistente, del que extrae un interés que él hace pagar a sus conciudadanos. Observemos, ahora, la otra vertiente de las actividades bancarias. El que podríamos llamar banquero "internacional" presta su dinero (en realidad, como sabemos, ni presta ni es su dinero) a firmas que se dedican al comercio con países extranjeros. Le interesa primordialmente, a este banquero, que el volumen del comercio exterior se mantenga a un buen nivel, con objeto de preservar la demanda imperiosa de sus "préstamos".

No ha escapado a su percepción que cuando sus colegas, los banqueros "nacionales", conceden demasiados créditos, el volumen de las exportaciones tiende a disminuir, pues las gentes pueden comprar las mercancías que se producen en el país y sólo exportan lo que les sobra. En ese caso, el banquero "internacional" tiene interés en que los "nacionales" reduzcan sus préstamos. En realidad, él hace lo mismo que el "nacional", concede créditos –por valores que multiplican, aproximadamente, por nueve el total de los depósitos de sus cuentacorrentistas- a navieros, compañías aseguradoras, sociedades de transportes internacionales, firmas exportadoras, etc.

Era lógico, se ajustaba a la naturaleza de las cosas, que el banquero "nacional" y el "internacional" llegaran a una cooperación total y absoluta, por cuanto sus operaciones se rigen por un mismo modus operandi, y, además, se complementan admirablemente. Por consiguiente, cuando, hablando en el argot bancario, se produce un "boom" en el mercado interior, el banquero "nacional" recibe el apoyo, el "crédito" de su colega "internacional". Y cuando a esta "prosperidad" sucede lo inevitable, la cíclica "crisis", el banquero "nacional", que ha cancelado sus créditos, los abre de nuevo a favor de su colega que financia las exportaciones, muy a menudo a precios viles, y sostenidos incluso con primas estatales, para dar salida a una producción que nadie puede comprar en el propio país –porque las gentes se han quedado sin medios de pago- pero que es imprescindible "colocar" en cualquier parte, aunque sólo sea para dar trabajo a obreros y empleados y evitar el caos social. De hecho, en fin, banqueros "nacionales" e "internacionales" han llegado a una identificación total, tanto personal como de actividades.

El intríngulis del negocio bancario radica en la obtención de un nivel móvil de precios, lo que repercute, lógicamente, en un nivel móvil de salarios. Si un Estado

fuera suficientemente fuerte y suficientemente justo –estos dos atributos deben ser complementarios en política- para fijar, para imponer, un nivel estable de precios y salarios, los industriales, agricultores, comerciantes, etc., podrían saber, podrían prever a largo plazo lo que obtendrían con sus productos. Podrían conducir racionalmente sus negocios, y muy pronto lograrían prescindir de los "créditos" bancarios, escapando así de las garras de la Deuda. Los banqueros no sabrían qué hacer con sus "créditos". Su clásica arma derrotista, consistente en hacer bajar los precios con la retirada súbita de los créditos, quedaría sin efecto al intervenir el Gobierno, y, mediante la adecuada creación de nuevo dinero legal ténder, hacer subir nuevamente, y de inmediato, los precios a su nivel anterior.

Y si los bancos se excedían en la creación de créditos, y los precios, por vía de consecuencia, subían, el Gobierno intervendría de nuevo y, mediante la aplicación, por ejemplo, de impuestos a bienes y actividades no vitales, o la emisión de bonos estatales para la financiación de obras públicas, retiraría dinero de los mercados, y los precios se estabilizarían de nuevo. La estabilidad, la soñada estabilidad que buscan todos los gobiernos actuales sin lograrla por no saber –o no querer- enfocar el problema de cara, sería conseguida. Los productores podrían tener confianza en sus mercados, y de lo único que deberían preocuparse para sobrevivir sería de una noble competencia en calidad y, si acaso, de las variaciones de gustos y preferencias populares. Todos los productos competentes escaparían así del yugo bancario, y adquirirían su propio capital. Los banqueros volverían a su primitiva función de guardianes de los ahorros del público, y, por esa labor de custodia, mas la prestación de otros servicios – incluyendo la cooperación con el Estado en la financiación de obras de utilidad pública, pero sin rentabilidad inmediata- cobrarían unos honorarios razonables.

Los seguidores de la ortodoxia liberal siempre han sido enemigos furibundos de la intervención del Estado en la estabilización de los precios. El argumento que esgrimen con más fuerza se basa en que la congelación de precios y salarios surte un efecto desastroso en las exportaciones. El ideal de estos caballeros consiste en que la llamada balanza de pagos sea favorable, es decir, que las exportaciones superen a las importaciones. Lo curioso es que no parecen darse cuenta de que esto es imposible que suceda en todos los países a la vez, pues a cada país con una balanza favorable debe corresponder, en teoría –y en la práctica- otro con balanza desfavorable. La consecuencia lógica es la guerra económica... y, tras esta, la otra. La guerra total. Sorprende comprobar como, en el Campo de la Economía y las Finanzas, las elucubraciones de los trasnochados liberales, generalmente pacifistas, y a veces personas bien intencionadas, desembocan –como les ocurre en el terreno político- en la guerra.

En realidad, la finalidad de la Economía consiste en cubrir las necesidades del país. La de la Finanza, en racionalizar el intercambio de mercancías. Si siguiéramos a los liberales en su argumento de que la moneda pierde valor con relación a las

monedas extranjeras, a causa del déficit de la balanza de pagos, podríamos apoyarnos en su propio razonamiento y decirles que si un país debe vivir solamente para enviar sus productos al extranjero, su moneda –precisamente por tener poco valor- debería ayudarle a exportar. Si medio denario en dinero extranjero vale, en un país determinado, un denario, no cabe la menor duda de que ese país puede vender más baratos sus productos al extranjero. Pero, en realidad, no nos interesa abrir, a puntapiés, la puerta franca de los argumentos de la caduca Economía Liberal, porque nos negamos rotundamente a creer, como afirman los fanáticos de la exportación a ultranza, que un país existe exclusivamente para enviar sus productos a mercados extranjeros.

Lo que interesa a una Economía natural y sana, es la consecución de un mercado nacional capaz de comprar los productos nacionales. Y cuando existe un exceso de producción de determinados artículos, se vende al extranjero. Este exceso se utiliza para servir de pago de los productos extranjeros que se precisan. Por supuesto, la aplicación de este sistema, que por cierto siguió Alemania con singular éxito en la época comprendida entre 1933 y 1939, significa el fin de las originalidades, pero, en cambio, significa también la movilización de todas las actividades productoras del país a favor de la creación de un mercado nacional poderoso; que los industriales compren a los agricultores y los agricultores a los industriales. Y significa la restauración de la Agricultura como la más importante de todas las industrias.

La falacia básica de la Finanza Internacional podríamos podríamos expresarla, parodiando el estilo generoso y lírico de sus portavoces, de la siguiente manera: "Debemos considerar el Planeta como una unidad. Todos los hombres somos hermanos. Las tribus fueron absorbidas por los reinos; los reinos por los imperios. Ahora tenemos ya esa maravillosa creación de la Razón Humana: la O.N.U. Sí, como todas las religiones nos lo aseguran, somos hermanos, no por ello dejamos de ser los asociados de la empresa "Mundo Feliz". Sólo la Finanza puede conseguir ese Mundo Feliz. El Dinero, y solamente el Dinero, puede garantizar una justa y libre distribución de la riqueza. Supongamos que las fronteras desaparecieran: los economistas decidirían dónde debían cultivar, por ejemplo, el o el algodón. No anárquicamente, como ha permitido el egoísmo de los nacionalismos, sino racionalmente, allí donde más pronto y fuera más barato. Al lado de las minas de carbón instalaríamos las grandes industrias; junto a las minas de hierro, las fundiciones, y, al lado, para no perder tiempo y encarecer la mercancía, los exquisitos poblados de los hermanos obreros, con grandes casas de pisos... casas bien altas, para abaratar el costo de los terrenos...y todas iguales. ¿No sería maravilloso? ¿No sería un beneficio para todos esta estupenda colaboración? ¿No acabaría ello con las barreras egoístas y retrógradas de los nacionalismos?

¡Qué maravillosa visión! ¡La Tierra entera, desarrollada y explotada racionalmente para el beneficio de cada uno de nosotros, los socios de esa empresa grande y generosa! ¿Qué se opone a la materialización de ese sueño edénico? ¡El

nacionalismo! ¿Qué es le nacionalismo? Un sentimiento superado, consistente en pensar sólo en sí mismo y en las gentes que se parecen a uno; en despreciar a los extranjeros, porque no hablan como nosotros o son de diferente color. Sólo la Finanza puede llevar a cabo la empresa magnánima de acabar con los particularismos y crear la Gran Sociedad de Consumo Universal".

La realidad, sin embargo, difiere mucho de ese hermoso cuadro... suponiendo que fuera hermoso, que para nosotros dista mucho de serlo. Sucede que, de hecho, la Finanza Internacional es una de las causas de las guerras. Los banqueros internacionales abren créditos de modo que el oro raramente sea demandado por sus prestatarios. Pero si la balanza de pagos pasa a ser muy deficitaria, o simplemente se desequilibra demasiado, entonces se crea una situación en la que es presumible que dichos prestatarios exijan el oro –o la moneda legal tender. que los banqueros han prometido pagarle, promesa por la cual están pagando un interés anticipado. "En el caso de un país cuyas exportaciones no llegan a compensar sus importaciones, deberá enviarse oro al extranjero para compensar el saldo desfavorable, porque si no se hace así, la moneda del país perderá valor con relación a la moneda del país con quien está en relaciones comerciales". En otras palabras, cuando las exportaciones de un país son superadas por sus importaciones, el valor de su moneda tenderá a bajar en relación con las demás, por la sencilla razón de que habrá más gente usándola para comprar monedas extranjeras que gentes usando moneda extranjera para comprar la del país en cuestión. La única manera de impedir la pérdida de valor de la moneda es exportando oro. Pero como los banqueros internacionales –como los nacionales- han prestado "promesas de pagar" (créditos), nueve veces más dinero del que realmente poseen, es evidente que debe poner límites muy estrictos a la exportación del oro, pues si esa demanda de oro se prolonga un poco más de lo normal, los banqueros se verán obligados a declararse en bancarrota, y cerrar sus puertas. ¿Cómo pueden protegerse? Rehusando nuevos préstamos y obligando a sus clientes a cancelar, o, al menos, reducir, sus cuentas deudoras. Es decir, actúan como sus colegas, los banqueros nacionales.

El resultado es que una gran cantidad de bienes destinados a la exportación inundan el mercado nacional, los precios bajan en barrena, y se desata el pánico. Para impedir ese pánico, no hay más remedio que bajar los precios de las mercancías a exportar –muchas veces con subvenciones estatales- lo cual representa un golpe suplementario no sólo a la Economía, sino a la Moral del país, que ha debido someter la capacidad adquisitiva de su moneda (su poder de compra) a las conveniencias de los banqueros internacionales. Con objeto de lograr que los productos destinados a la exportación sean de costo lo más bajo posible, se sacrifican los salarios de obreros y empleados, se procura defraudar en la calidad y se utilizan unos procedimientos comerciales de los que la ética y la más elemental decencia están cada vez más alejados. Y en el siglo del maquinismo y de la superproducción, coexisten la miseria y los stocks desbordantes; las clases se culpan las unas a las otras; hay huelgas y lock-outs, y nadie, o muy pocos, se aperciben de quién es el verdadero causante del

desastre; no ven que los modernos alquimistas de la banca, con sus “promesas de pagar” lo que no tienen, enervan, desmoralizan y arruinan a sus víctimas, es decir, a toda la Humanidad.

La raíz de todos los males “económicos” no es otra que la apertura de créditos por instituciones bancarias que no poseen el dinero necesario para hacer efectivas sus “promesas de pagar”. Todos los banqueros del mundo, nacionales e internacionales, están en la misma situación: todos ellos han prestado en “promesas de pagar” nueve veces más dinero-ténder del que realmente tienen en custodia; y todos ellos también están en permanente zozobra de que se produzcan bruscas demandas para la redención de sus “promesas” en una cantidad que exceda a sus comparativamente pequeñas existencias de dinero auténtico. El patrón oro –o cualquier otro patrón- no es más que “un expediente inventado para salvaguardar los cambios de moneda extranjera y, de este modo, evitar a los bancos los asedios de sus acreedores, que pondrían de manifiesto que los banqueros se encuentran en estado de insolvencia permanente”.

Un inciso, necesariamente muy somero, sobre el Patrón-Oro, que constituirá, sin duda, la irrisión de tiempos venideros. Los liberales ortodoxos, y los fisiócratas, pretenden que el dinero, para ejercitar con eficacia su función, debe tener un valor intrínseco. En un principio, el valor de la moneda de oro; luego, el oro que se suponía estaba en las arcas del banquero, y que éste prometía pagar contra al entrega del billete de banco (un auténtico recibo), aunque ocho de cada nueve de las promesas de aquél caballero eran falsas. De sobras es conocida la aprensión de los financieros contra las emisiones de moneda realizadas por el estado, calificadas de “inflación”, como si las actividades bancarias no se caracterizaran, precisamente, por un juego alterno de inflaciones y deflaciones que exprimen a los pueblos. la realidad es que el Patrón-Oro

Gertrude Coogan da, para ilustrar la falacia del patrón Oro, el siguiente ejemplo: Un gobierno construye un teatro con capacidad para mil espectadores. pero como, por alguna extraña razón que se pierde en la noche de los tiempos, se cree que las entradas deben ser de oro y el gobierno carece de ese metal, se dirige a la única persona del país que resulta ser poseedora de oro, y le encarga la emisión de las entradas. Este hombre pronto se da cuenta de que a la gente le resulta incómodo y engorroso llevar las pesadas entradas en los bolsillos, y, por pura caridad, para evitar molestias a sus conciudadanos, futuros espectadores del teatro gubernamental, les suministra unos papelitos en los que, con impecable caligrafía, está escrita esta frase: “Prometo pagar al portador una entrada de oro”.

El día de la inauguración, apenas una décima parte de las butacas del teatro están ocupadas, aunque en la calle, a la puerta del teatro, muchos espectadores potenciales hubieran deseado entrar. Como quiera que el Ministro de Cultura se dirigiera al emisor de los billetes preguntándole la razón de aquella anomalía, y le instara a que proporcionara las entradas necesarias para llenar el teatro, aquél le

respondió que ello no era posible, pues sus entradas eran "recibos de entradas de oro". Lo que no dijo fue que, de hecho, ya había puesto en circulación nueve o diez veces más recibos que auténticas entradas de oro guardaba en su caja fuerte. Tenía miedo de emitir más recibos, por si se producía el caso de que, súbitamente, por alguna razón, la gente empezara a exigir las entradas de oro, en vez de sus recibos de papel. Como estaba determinado a impedir que el Estado se diera cuenta de que con recibos de papel se podía llenar el teatro, empezó a agitar el espantajo de la inflación. "El valor de las entradas reside en que son de oro" afirmó el emisor-negociante de entradas. "Los políticos irresponsables que pretenden emitir entradas de papel, son unos inflacionistas y unos enemigos del arte teatral"... "No señor –repuso el Ministro de Cultura-. Lo que nosotros pretendemos es llenar el teatro, y que nuestros conciudadanos utilicen las butacas que hemos dispuesto para ellos. La inflación, si acaso, consistiría en emitir más de mil entradas. Pero mientras queden asientos libres, ¿por qué no podemos continuar emitiendo entradas?"... "Porque son entradas que no pueden cambiarse por oro. ¿Disfrutarían Uds. a gusto de una representación teatral sabiendo que su entrada no es más que un pedazo de papel sin valor?", se empecinó el empresario, quien formuló, para terminar, su argumento-mazazo: "¿Cómo pueden Uds. estar seguros de que no imprimirán demasiadas entradas de papel, de manera que muchos detentadores de tales entradas deban quedarse forzosamente en la calle?"..."Porque sabemos el número de asientos del teatro", contestó el Ministro.

Pues bien, no cabe la menor duda de que cualquier Gobierno moderno conoce perfectamente la renta –la riqueza- de un país. Con un manejo adecuado de la estadística y de la Informática, el riesgo de la inflación prácticamente no existe. Más aún, suponiendo que, para cubrir la mala gestión de las explotaciones estatales, el Gobierno permita que se le vaya la mano y haga trabajar con exceso la imprenta de la Casa de la Moneda, la inflación que se habrá producido no tendrá importancia alguna comparada con la mastodóntica inflación bancaria.

Hemos expuesto, muy a grandes rasgos, el sistema financiero. La raíz de ese sistema es una mentira. La mentira de un hombre que habiendo prometido pagar nueve veces más de lo él posee, se supone que es capaz de cumplir tal promesa. De ahí arrancan, en cascada, más mentiras: la mentira de que una pérdida de oro es una desgracia nacional; la mentira de que los cambios de moneda extranjera deben mantenerse fijos; la mentira de que los precios y salarios no "pueden" estabilizarse; la mentira de que un país vive sólo gracias a sus exportaciones; la mentira de que el mercado interior debe estar subordinado al exterior; la mentira de que los salarios elevados son un peligro; la mentira de que el país que importa más que exporta "vive por encima de sus medios", y la mentira de que el remedio contra la superproducción es la quema de las cosechas para salvaguardar los precios.

Y, junto a esa pirámide de mentiras, el espectáculo del progreso de la Técnica, con unos stocks desbordantes que no se pueden distribuir...por la única razón de que, contra viento y marea, es necesario mantener el Imperio de la Mentira.

Nos guste o no, es preciso admitir el hecho de que, en nuestra época, existe una estrecha interdependencia entre el Dinero y el Poder. Como la finanza es, por su esencia, internacional, el poder que persigue es igualmente internacional. Los mundialistas, los apólogos de la O.N.U., son financieros o actúan en representación de la Finanza. El mundo es hoy gobernado, tanto política como económicamente, por determinados hombres sirviendo a determinadas Fuerzas, que en Norteamérica reciben el nombre de "Establishment". Estos hombres ocupan posiciones clave, aunque no es imprescindible que su rango político oficial sea preeminente. Así, por ejemplo, resulta curioso comprobar cómo los Presidentes de los estados Unidos, elegidos por Sufragio Universal, parecen ser incapaces de tomar decisión alguna sin consultar previamente con una especie de "visires", elegidos a dedo.

Nixon tiene a Kissinger, que procede de la poderosa Banca Goldman, Sachs & Co., como Johnson y Eisenhower tenían a Sidney Weinberg, de la misma institución bancaria y a la vez estrechamente ligado a los Rockefeller; y Kennedy, Truman y Roosevelt tenían a Bernard Mannes Baruch, consejero de 29 bancos y a Felix Frankfurter, un hombre de los warburg, los "dioses" del Federal Reserve Board. ¿Nixon, Johnson, Kennedy, Roosevelt, tenían …? O más bien, ¿Kissinger, Weinber, Frankfurter o Baruch tenían a aquellos? ¿Quién tenía a quién?...

Para responder a este dilema bastará recordar la frase de Céline: "Democracia es Plutocracia". Unas elecciones las gana siempre el candidato que más dinero tiene a su disposición para sufragar su campaña electoral, costosísimo circo que solo la Finanza puede sostener. Y ya se sabe: quien paga manda. En Inglaterra, cuando gobiernan los conservadores (que son unos caballeros que hacen política laborista) es público y notorio que las "eminencias grises" son Charles Clore y Jack Cotton, dos super-financieros de la City londinense; cuando gobiernan los laboristas (que son unos tenderos que hacen el ridículo) aparecen, rodeando a Harold Wilson, otro grupo de financieros: Wolfson, Berstein, Cohen, Zuckerman y Maxwell todos ellos estrechamente ligados al poderosísimo Banco Lazard. Como también están ligados a los Lazard y a los Rothschild la mayoría de figuras políticas de alguna significación en Francia, lleven etiqueta de izquierdas, de derechas o del centro.

El "Establishment" mundial lo componen unas trescientas familias de rancio abolengo, estrechamente ligadas entre sí por lazos familiares y económicos. Controla de forma prácticamente total el mercado mundial de publicidad, con el cual somete al mercado de las noticias: prensa, radio y televisión. El mercado mundial del trigo debe asociarse al nombre de Dreyfuss. En la industria química, siete grandes consorcios entre los que destaca el trust "Imperial Chemical Industries", creación de la familia Melchett (a) Mond (a) Moritz, representan el noventa por ciento de la producción mundial. El mercado de niquel es un condominio de las familias Mond y Rothschild. También los Rothschild son la primera potencia mundial en el mercado del mercurio.

Los mercados del diamante, la plata, el oro, el cobre y el acero deben asociarse a los nombres de Oppenheimer, Barnato, Beit, Goldschmitdt, Guggenheim, Wernek,

De Wendel, Lewinsohn, Rothschild, Bleichroeder, Japhet, Seligman, Lazard, Morgenthau, Schiff y Warburg. La familia Zemurray, propietaria de la "United Fruit", controla media docena de repúblicas centroamericanas y posee gran influencia en Sudamérica. La familia Gunzbourg tiene grandes intereses en el Japón, donde controla numerosas industrias. Sería prolijo enumerar la relación completa de las familias que componen el "Establishment"; para la descripción, aun muy somera, de sus actividades, se precisaría un volumen a ello exclusivamente dedicado; lo dejaremos, pues, para una mejor ocasión. Baste ahora con puntualizar que, para el "Establishment", no existen fronteras ni "telones de acero" ...así, por ejemplo, la familia Achberg, controla desde 1917, el Banco del Estado Soviético. Los Achberg, del "Nya Banken", de Estocolmo, pasan por ser los agentes de la familia Rothschild en el norte de Europa.

El "Establishment" rara vez actúa directamente. Los barones de la Alta Finanza actúan por interposición de sus fideicomisarios, que controlan férreamente la Administración. En Francia, por ejemplo, cuenta Henry Coston que, en ese país de libertad cuya divisa democrática se inscribe en el fronstispicio de los edificios públicos, "todas las actividades económicas son estrechamente controladas por la Administarción; hay un dictador del Crédito: el señor Bloch-Lainé; un dictador de la política agrícola: el señor Rosenstock-Franck; un dictador de la productividad: el señor Ardant, y un dictador del Plan de desarrollo: el señor Etienne Hirsch" .

En tres siglos, la escoria miserable de Europa ha escalado el pináculo del poderío mundial. Ya solo queda la consolidación definitiva del mismo, es decir, la síntesis capitalismo-Comunismo, tras la cual vendrá "la Paz". La paz sin Justicia, paz satánica. la paz del rebaño humano, con unos trescientos pastores y unos cuantos millares de perros policía.

Para llegar a la cima, unos hombres diseminados por el Viejo Continente y despreciados por la Humanidad, concibieron, hace unos trescientos años, el mayor robo de la Historia: el Robo de los Siglos. En la actualidad, en nuestro "civilizado" y "democrático" Siglo XX, sus descendientes, con toda legalidad, y además con patente de honorabilidad, reinan, secreta pero despóticamente, sobre la especie humana. Es el siglo de los Robos.

Re-Visiones

Manifiesto contra la usura y la servidumbre del interes del dinero *(parte)*

Gottfried Feder

El mammonismo es la grave enfermedad que todo lo alcanza e invade, de la cual padece nuestro actual mundo civilizado y, mas aun, toda la humanidad. Es una epidemia devastadora, como un veneno corrosivo, que ha hecho presa de todos los pueblos de la tierra.

Por mammonismo ha de entenderse: por una parte, el poder mundial del dinero, la potencia financiera supraestatal reinante por sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos, la así llamada internacional dorada y, por otra parte, una disposición del espíritu que se ha adueñado de amplios círculos populares: el ansia de lucro insaciable, una concepción de la vida orientada exclusivamente a los valores materiales, que ya ha conducido y continuara conduciendo a una alarmante caída de todas las normas morales. Esta cosmovisión llevada al paroxismo esta corporizada en la plutocracia internacional.

La principal fuente de energía del mammonismo es la que proviene, sin esfuerzo y sin creación de bienes, del interés. De la idea del préstamo a interés, totalmente inmoral, ha nacido la internacional dorada. La disposición espiritual y ética surgida de la avidez por el interés y la usura de cualquier índole ha tenido como consecuencia una impresionante descomposición y corrupción de la burguesía.

La tesis del préstamo a interés es el invento diabólico del gran capital. Solo ella posibilita la indolente vida de zángano de una minoría de poderosos del dinero, a costa de los pueblos creadores y de su capacidad de trabajo; es ella quien llevado a los contrastes abismales, inconciliables, al odio de clases, del que nace la guerra civil y la

lucha fratricida. El único remedio, el remedio radical para la curación de la humanidad sufriente es:

El quebrantamiento de la servidumbre del interés del dinero.

El quebrantamiento de la servidumbre del interés del dinero significa la única posible y definitiva liberación del trabajo productor de las potencias del dinero que dominan secretamente el orbe. el quebrantamiento de la servidumbre del interés significa la restauración de la libre personalidad, la salvación del hombre de la esclavización y también de la fascinación mágica en que su alma fue enredada por el mammonismo. Quien quiera combatir el capitalismo debe quebrar la servidumbre del interés.

¿Por donde debe comenzar el quebrantamiento de la servidumbre del interés?

Por el capital prestamista

¿Por que? Porque el capital prestamista es tan infinitamente superior frente a todo gran capital industrial, que las grandes potencias del dinero solo pueden ser combatidas eficientemente mediante el quebrantamiento de la servidumbre del interés del capital prestamista. 20:1 es la relación del capital prestamista con respecto al gran capital industrial. Mas de 12.000 millones de intereses para el capital prestamista debe reunir el pueblo alemán anualmente bajo forma de impuestos directos e indirectos, de alquileres y alza del costo de la vida, mientras que hasta en los años de mejor posición del país en la guerra, la suma total de todos los dividendos repartidos por las sociedades anónimas alemanas importo solamente 1.000 millones. Superior a toda posibilidad de cálculo humano es el crecimiento aluvional del capital prestamista por la permanente, ilimitada y fácil influencia de bienes en concepto de interés y de interés de los intereses. ¿Que resultado trae aparejado el quebrantamiento de la servidumbre del interés para el pueblo trabajador de Alemania y para los proletarios de todos los países de la tierra?

El quebrantamiento de la servidumbre del interés nos da la posibilidad de abolir todos los impuestos directos o indirectos. Oídlo, hombres creadores de valores de todos los países, de todos los estados y continentes: todos los recursos estatales que provienen de fuentes directas e indirectas van a parar íntegramente a los bolsillos del gran capital prestamista. las rentas de todas las empresas estatales que producen utilidades, como el correo, el telégrafo, el ferrocarril, las minas, los bosques, etc., alcanzan completamente para poder costear todos los necesarios objetivos estatales en las áreas de educación, cultura, justicia, administración publica, previsión social, etc.

De modo que no habrá autentico socialismo ni se obtendrá autentico beneficio alguno para la humanidad mientras los productos de las empresas económico-comunitarias sigan sujetos a tributo frente al gran capital prestamista.

Por eso, reclamamos por de pronto, como ley básica estatal para los pueblos alemanes, y luego como ley fundamental para todos aquellos pueblos hermanos que quieren formar con nosotros una comunidad cultural de naciones, lo siguiente:

1- el empréstito de guerra, así como todas las demás obligaciones del Reich alemán, así como todas las demás obligaciones de los estados federales alemanes, en especial los empréstitos ferroviarios, además de las obligaciones de todos los entes de administración autónoma deben ser declarados, bajo derogación del tributo de interés, moneda legal al importe nominal, o bien convertidas en haberes bancarios.

2- en todos los demás documentos de interés fijo, títulos hipotecarios, obligaciones industriales, etc., el tributo de interés será reemplazado por la obligación de reembolso; al cabo de 20 a 25 años por lo tanto, según el tipo de interés, el capital prestado habrá sido reembolsado y la deuda cancelada.

3- todas las deudas inmobiliarias (hipotecas, etc.), serán reembolsadas como hasta ahora, por cuotas conforme a los gravámenes asentados en el registro de la propiedad. El patrimonio de esta manera deshipotecado, en casa y bienes raíces, llega a ser porcentualmente propiedad del estado o del ente de administración autónoma. En esta forma el estado es puesto en situación de fijar y rebajar los alquileres.

4- la totalidad de las finanzas están subordinadas al fisco. De igual manera todos los bancos privados, las cajas de cheques postales, de ahorro y mutualidades de crédito, dependerán del estado.

5- todo crédito real será otorgado solo a través del banco estatal. La facultad de otorgar créditos personales y en mercaderías corresponderá a entidades privadas cuyas concesiones otorgara el estado, quien ejercerá su controlador, determinara las zonas en que las mismas desarrollaran sus actividades y, además, estructurara su régimen de funcionamiento.

6- los valores de dividendo son cancelados de la misma manera que los documentos de interés fijo en cuotas anuales del 5%, los excedentes de rentas gananciales son saldados en parte como indemnización por capital "arriesgado" (en oposición a los documentos de interés fijo y los de colocación segura) a los accionistas, mientras que el ulterior excedente, en razón del derecho independiente de los trabajadores o bien distribuido socialmente o empleado para la reducción de los precios de los productos.

7- a todas las personas que posean acciones y que por razones de salud (edad avanzada, enfermedad, incapacidad para el trabajo manual o intelectual, etc.) no estén en condiciones de ganarse el sustento, se le continuaran pagando los montos de los intereses vigentes a la fecha o como incluso les serán incrementados de acuerdo al nivel de vida en carácter de haberes vitalicios contra entrega de los títulos.

8- con la finalidad de reducir la inflación existente por medios legales de pago, se realizara una confiscación general de bienes en forma gradual en títulos del

empréstito de guerra u otros títulos de deuda del Reich o de los estados. Estos documentos pasaran a ser maculatura.

9- mediante una intensa campaña de esclarecimiento se pondrá en evidencia al pueblo que el dinero no es ni debe ser otra cosa sino un bono por trabajo efectuado; que toda economía altamente desarrollada necesita del dinero como medio de intercambio, pero que con esto queda cumplida la función del dinero, y que de ninguna manera le deber ser conferido al dinero, mediante el interés, un poder sobrenatural de crecer por si mismo a costa del trabajo productivo.

¿Por que todo esto, que es tan natural y lógico que debe calificarse de huevo de colon para la cuestión social, hasta ahora no lo hemos alcanzado? porque en nuestra ceguera mammonistica no hemos visto que el concepto de la santidad del interés es un colosal auto-engaño, que el evangelio del préstamo a interés, fuera del cual no hay salvación, ha atrapado todo nuestro pensar en las redes áureas de la plutocracia internacional. Porque hemos olvidado y deliberadamente somos mantenidos por los omnipotentes poderes del dinero en la ignorancia de que, con excepción de unos pocos potentados, el interés presuntamente tan hermoso y tan apreciado por los irreflexivos es consumido llanamente por los impuestos. Toda nuestra legislación impositiva es y seguirá siendo, mientras no logremos la liberación de la servidumbre del interés, solo una obligación tributaria frente al gran capital y no, como a veces nos lo imaginamos, un sacrificio voluntario para la realización de los servicios comunitarios. De ahí que la liberación del la servidumbre del interés del dinero es la consigna clave para la revolución mundial, para la liberación del trabajo productivo de las cadenas de las potencias del dinero supraestatales.

DESARROLLO Y FUNDAMENTACION

Las conquistas de la revolución no existen

Estamos en medio de una de las crisis mas severas que nuestro pobre pueblo debe superar en su pesarosa historia. Gravemente enfermo esta nuestro pueblo, gravemente enfermo esta todo el mundo. ¡Desamparados balbucean los pueblos! un ardiente ansia, un clamor por la salvación pasa a través de las masas. Con risas y bailes, con cinematógrafos y desfiles, se trata de engañar al pueblo para que olvide su lamentable destino. Engañarlo sobre sus esperanzas traicionadas, engañarlo sobre la profunda herida interna, por la terrible desilusión de lo que tan graciosa y torpemente se designa como "conquistas de la revolución". (1) ¡cuan distinto se había imaginado todo esto! ¡Cuan distinto sonaban aquellas hermosas promesas! oro luciente parecía ser lo que allí se esperaba poder recoger de noche en la tenebrosidad de nuestro derrumbe militar y que ahora, iluminando el día gris, ¡el hallazgo no son pedacitos de madera podrida! Ahora nos hallamos desconcertados: por esos pedacitos de madera podrida, que en la noche habían relucido tan hermosamente, hemos tirado todo lo que hasta ese momento nos había sido preciado y valioso, y nos hemos atiborrado todos los bolsillos con ese lamentable hallazgo. No es de extrañar que precisamente los más pobres de los pobres sean presa de la furia de la desaparición y llenos de ira

incontrolable acometan furibundos a sus propios hermanos, tratando de destruir, en su profundo anhelo de salvación, lo que se les interpone en el camino.

A la locura debe llevarnos este estado en que la inconsciencia y la estulticia excitan aun más al pueblo. Y adonde conduce esta locura lo vemos en la Rusia bolchevique. La socialización como se llama en Rusia la estatización, ha probado ser un error, proclama Lenin muy tranquilo. La economía esta destruida, el poder adquisitivo es nulo, los intelectuales han sido asesinados, los obreros no tienen pan. Cunde la desesperación en todo el pueblo; solo el terror sangriento apuntalado por bandas mercenarias chinas y letonas, son capaces de proteger a los tiranos rojos de la venganza del pueblo desengañado. También nosotros terminaremos en ese camino si continuamos dejando que el gobierno siga en manos de los especuladores internacionales, de los partidos demoliberales, representantes de la burguesía expoliadora y de los miembros de una raza extraña a la esencia del pueblo alemán. ¿Como se llamaban todas esas hermosas palabras que se nos susurraba al oído? paz, concordia, liga de las naciones, parlamentarismo, socialismo, aniquilamiento del capitalismo, liberación del militarismo y como puedan llamarse todas las bellas frases-impactos. Un nuevo pueblo libre habría de renacer, determinando, el mismo, su destino. Nada de eso se hizo realidad, no pudo hacerse realidad, no podrá jamás hacerse realidad. Hay que analizar con la mayor seriedad todas estas manifestaciones, y todos estos slogans. Debemos examinar a conciencia como un medico inteligente y afectuoso, los síntomas patológicos para descubrir el actual estado del enfermo, no escatimando esfuerzos para comprobar de donde proviene esta grave y crítica enfermedad: mammonismo se llama la enfermedad de nuestro tiempo

¿Que es el mammonismo?

El mammonismo es una afección económica y moral.

Mammonismo es el imperio siniestro e invencible de las grandes fuerzas internacionales del dinero. Pero mammonismo es tambien, como ya dijimos, una disposición del espíritu; es la adoración de estos poderes del dinero por parte de todos aquellos que están infestados por el veneno mammonistico. Mammonismo es la exageración desmedida del instinto adquisitivo, en si sano, del ser humano. Mammonismo es la avidez del dinero tornada locura, que no conoce meta mas alta que amontonar dinero sobre dinero, que con una brutalidad sin parangón trata de forzar a todas las energías del mundo a su servicio y conduce a la esclavización económica, a la explotación de la fuerza productora de todos los pueblos de la tierra. Mammonismo es un estado del espíritu que ha llevado a una declinación de todos los conceptos éticos.

El mammonismo considerado como fenómeno mundial es equiparable al egoísmo brutal y desconsiderado del individuo. Mammonismo es el espíritu de la codicia, del despotismo absoluto, el principio del pensamiento orientado exclusivamente a apropiarse con rapacidad de todos los bienes y tesoros del mundo; es, en su esencia mas profunda, la religión del tipo humano que esta orientado

puramente a lo terrenal. El mammonismo es exactamente lo contrario de socialismo. Socialismo, concebido como la mas alta idea moral, como idea de que el ser humano no esta para si, solo sobre la tierra, que todo ser humano tiene deberes para con la comunidad, y también para con toda la humanidad, y no solo eso, sino que es responsable del bienestar actual de su familia y de su estirpe, y que también tiene obligaciones éticas insoslayables frente al futuro de sus hijos y de su pueblo.

Más concretamente, debemos ver en el mammonismo el deliberado juego acordado por los grandes capitalistas ávidos de poder sobre todos los pueblos.

Los grandes poderosos del dinero están, por cierto, como ultima fuerza impulsora detrás del imperialismo anglo-americano que abarca el mundo; así es, no de otra manera. Las grandes potencias del dinero efectivamente han financiado la horrible matanza de seres humanos de la guerra mundial. Las grandes potencias del dinero ciertamente, como propietarias de todos los grandes periódicos, han envuelto al mundo en una red de mentiras. Han excitado con placer todas las pasiones bajas; han cultivado cuidadosamente los anhelos absurdos y las utopías: llevo al paroxismo, mediante una hábil propaganda, la idea de revancha francesa, ha nutrido la idea paneslavica, la presunción de gran potencia serbia, en fin, el afán de prestigio de estos estados.

Como corolario se produjo el incendio mundial. También entre nosotros, en Alemania, el espíritu del mammonismo, que solo quiso conocer cifras de exportación, riqueza nacional, expansión, proyectos de la gran banca, financiación internacional, etc., ha conducido a una ruina de la moral publica, al hundimiento de nuestros círculos dirigentes en el materialismo y el ansia de placer, a un achatamiento de la vida nacional, factores todos que son culpables del terrible derrumbe. Con asombro debemos preguntarnos ¿de donde el mammonismo, de donde el gran capital internacional saca su poder irresistible? no puede pasar desapercibido que la cooperación internacional de las grandes potencias del dinero representa un fenómeno totalmente nuevo sin paralelo en la historia. Las obligaciones internacionales de naturaleza monetaria eran prácticamente desconocidas. Recién con la economía mundial naciente, con el tráfico mundial, se impuso la idea de la economía del interés internacional, y aquí tocamos la raíz mas profunda. Aquí hemos dado con la fuerte de energía más intima, de la cual la internacional dorada recibe su fuerza irresistible.

El interés es la fuente de energía del gran capital

Es el interés, la afluencia de bienes sin esfuerzo y sin fin, la posesión de dinero sin ninguna clase de trabajo, lo que ha hecho crecer las grandes potencias del dinero. El interés prestamista es el principio criminal del cual se genera la internacional dorada. En todas partes y por doquier el capital prestamista se ha prendido como ventosa. Con tentáculos de pulpo, el mecanismo de la usura capitalista envuelve a asfixia a todos los estados y a todos los pueblos del mundo.

Obligaciones estatales, empréstitos estatales, empréstitos ferroviarios, empréstitos de guerra, hipotecas, cedulas hipotecarias, en suma, títulos de prestamos de diversa índole han envuelto a toda nuestra vida económica de un modo tal que ahora los pueblos del mundo se agitan indefensos en las redes doradas. En obsequio del principio del interés, una concepción social fundamentalmente errónea según la cual toda propiedad tiene derecho a renta, nos hemos puesto en la servidumbre del interés del dinero. No se puede proporcionar ningún argumento racional verdaderamente irrebatible de que la pura posesión de dinero proporcione derecho a una permanente renta de interés.

El interés es inmoral

Esta resistencia interna contra el interés y la renta de todo tipo sin el agregado de trabajo creador, se extiende a través de la vida espiritual de todos los pueblos y de todas las épocas. Pero nunca esta profunda e íntima resistencia contra el poder del dinero ha cobrado tan clara conciencia en los pueblos como en nuestro tiempo. Nunca el mammonismo ha reinado ha reinado en una forma tan universal en el mundo. Nunca como ahora ha puesto a su servicio toda la bajeza, la avidez del poder, la sed de venganza, el ansia de riquezas, la envidia y la mentira de una manera tan astutamente encubierta y sin embargo brutalmente apremiante como ahora. La guerra mundial en el fondo encierra una de las magnas disyuntivas del proceso evolutivo de la humanidad, ha sido y será la lucha decisiva para determinar si en el futuro ha de fijar los destinos del mundo la cosmovisión mammonistica-materialista o la cosmovisión socialista-aristocrática.

El bolcheviquismo es un medio falso de la reacción antimammonistica

Externamente ha vencido por ahora, sin duda, la coalición mammonistica anglo-americana. Como supuesta reacción contra ella se ha levantado en el este el bolcheviquismo. Los métodos que el bolcheviquismo intento aplicar son, por cierto, intentos de abstrusas curas forzosas. Son la tentativa de auxiliar a un enfermo que padece de intoxicación interna mediante la amputación con bisturí de la cabeza, brazos y piernas. A esta furia del bolcheviquismo, a esta subversión insensata debemos oponer un pensamiento nuevo y orgánico que unifique vigorosamente a todas las clases productoras, para expulsar la sustancia venenosa que ha enfermado al mundo.

Este medio lo veo en el quebrantamiento de la servidumbre del interés del dinero.

El enigma capitalista *(parte)*

Joaquín Bochaca Oriol

LA MISERIA EN LA ABUNDANCIA

La gran paradoja de la actual crisis económica -que debiera en realidad adjetivarse financiera- es que los hombres no pueden adquirir los bienes que efectivamente han producido. En otras palabras, podríamos decir que nos encontramos en una situación de pobreza en medio de la superproducción. Si consiguiera anclarse firmemente esta idea en los cerebros de las gentes, se habría dado el paso decisivo en el camino de la solución del problema. Sería, en verdad, el primer paso, el paso esencial, el demostrativo de que toda la llamada "ciencia económica" no es más que el fárrago pretencioso y vacuo de un enjambre de payasos, llamados economistas, subvencionados las más de las veces -directa o indirectamente, a sabiendas o, más a menudo, sin saberlo -por los beneficiarios de la demencial situación que padece el mundo.

Es evidentísimo, que si Occidente ha logrado producir bienes y está en condiciones de suministrar servicios, unos y otros cubriendo con creces sus actuales ecesidades, debiera atravesar un período de bienestar sin parangón en toda su historia. ¿Por qué los bienes producidos no encuentran comprador? La respuesta salta a la vista. Por que los consumidores no están en disposición de comprarlos. Se traduce científicamente esta situación diciendo que el poder adquisitivo de los hombres ha disminuído en todas partes.

Si alguien niega este empobrecimiento en medio de la abundancia observemos algunos hechos notorios y ejemplares. Por un lado vemos que en Francia e Italia se obtiene de la Agricultura -que es la rama económica que menos ha progresado en cifras absolutas- un 35 por ciento más de rendimiento que hace cuarenta años. En la Industria, el incesante progreso técnico permite producir más, a una cadencia cada vez más rápida. A pesar de las huelgas, de las guerras, de la pérdida de las colonias y del caos social, estos dos países han -como mínimo- doblado su producción industrial en los últimos cuarenta años. Más cerca estaría de la verdad decir que la han triplicado, pero no existen prácticamente fuentes dignas

de total crédito por la polución de sus aguas con la baja política en el sentido más peyorativo de la palabra. Por el otro lado vemos que la población francesa, en ese lapso de tiempo, apenas ha aumentado en un 5 por ciento y la italiana en un 9. La simple aritmética demuestra que esos dos países deberían atravesar una era de prosperidad económica sin precedentes en toda su historia.

Que millones de trabajadores, en toda Europa, al quedar sin trabajo, se queden sin salario -o reciban la limosna del subsidio contra el paro, lo que equivale a traspasar a toda la nación el fardo de los parados- es una consecuencia lógica de causa a efecto. "La crisis es causa del paro", exclamarán unos economistas dirigiéndose, muy serios, al público, en un lado de la pista. " No! Estais equivocados. El paro es causa de la crisis", responderán, con la seriedad de los buenos profesionales circenses, otros economistas. La tradición exige que las discusiones de payasos terminen arrojándose pastéles de crema a la cabeza, mientras jóvenes y mayores dilatan los pulmones y liberan sus buenas dosis de adrenalina. Por desgracia, en el prosaico mundo económico-financiero, estas académicas discusiones son el preludio de contiendas trágicamente reales y serias, en las cuales el viejo dilema producción-consumo es superado con sencillez, mientras los consumidores consumen toda la producción es forma de obuses.

INFLACIÓN Y DEFLACIÓN

El "deus ex machina" del actual sistema económico financiero, basado en el hecho de que el Dinero, concebido como medida de producción y, por ende, medio de cambio, se ha transformado en una mercancía y, como tal, debe obedecer a la ley inexorable que ordena que el precio de una mercancía es inversamente proporcional a su abundancia. De manera que, al crear más dinero, en una situación dada, reducimos el valor del Dinero que existía antes de tal creación. Insistimos en el condicionante, "en una situación dada", al que se aferran, cual náufragos a un salvavidas, los defensores a ultranza de la Economía clásica, concebida antes de la invención de Watt, es decir, en la época de la Escasez. Es sabido que al arrojar, inopinadamente, a un mercado, una cantidad x de dinero nuevo, los precios suben y el dinero pierde valor en una proporción igual, precisamente, a x. A ese fenómeno se le llama inflación, es decir, al aumento de la cantidad de dinero sin un aumento simultáneo de la cantidad en mercancías que ese dinero debe medir y cambiar. A ello aludíamos en el punto d), cuando decíamos que la inflación "es, evidentemente, una calamidad. pero el aumento paulatino de dinero y mercancías de manera que el poder adquisitivo de aquél se mantenga al mismo nivel que la producción y los precios permanezcan estables no tiene nada que ver con la inflación, y es, a fín de cuentas, lo que necesitamos".

Pues bien, conseguir ese ideal aumento paulatino de dinero y mercancías, no ha sido nunca demasiado difícil, y es extremadamente simple hoy día, con el progreso fantástico de la Informática, capaz de decirnos con maravillosa exactitud, la cantidad, calidad y valor de las mercancías producidas en un país en una unidad de tiempo.

Basta entonces adecuar la creación de nuevo dinero a la nueva situación económica, para que aquél pueda útilmente ejercer su función de instrumento de cambio En otras palabras, los Servicios Nacionales de Estadística informan al Ministerio de Hacienda que, en él primer trimestre del año se han producido mercancías por valor de x y en el segundo trimestre se han previsto producir por valor de y; entonces se pone en circulación dinero equivalente a la media aritmética entre x e y 1.

Más adelante hablaremos de la mecánica de la puesta en circulación de ese dinero. Limitémonos por el momento a insistir en que, al ser posible conocer exactamente el volumen de la producción y su promedio de incremento, puede igualmente crearse el nuevo dinero necesario y justo para impedir la inflación. Antes de seguir adelante, consideramos útil ilustrar con un sencillo ejemplo lo que son, en realidad, inflación y deflación. Lo primero que debemos tener bien presente, tanto para el ejemplo que sigue, como para todo lo relacionado con el dinero, en las presentes circunstancias, es que, cuanto más hay de él, menos valor tiene, y cuanto menos hay, más valor tiene.

Supongamos, pues, que por una especie de milagro bíblico -el milagro del maná financiero- un buen día, al despertamos, nos diéramos cuenta de que todos los miembros de una determinada comunidad teníamos el doble del dinero que poseíamos la víspera. ¿Qué sucedería? Imaginemos que dos granjeros pensaban ir a una subasta para adquirir un tractor. Ambos tienen deseos verdaderos de adquirirlo, y como cada uno tiene en su poder el doble de dinero del que tenía la víspera, pujan más alto de lo que pensaban hacerlo antes del "milagro". Si consideramos toda la comunidad en la cual dicho "milagro" se ha producido, y no sólo con tractores, sino con casas, cosechas, y todo lo demás, veremos que el resultado de todo ello, después de un corto lapso de tiempo, ha sido que los precios han doblado.

Ahora supongamos el caso inverso: es decir, que un buen día, al despertarnos, nos encontramos con que tenemos exactamente la mitad del dinero que teníamos al acostarnos. Nuestros granjeros, probablemente, desistirán de comprar el tractor, o, si acaso, pujarán hasta, aproximadamente, la mitad de lo que pensaban hacerlo; gradualmente, sucederá la mismo con la demás mercancías, cuyo precio se estabilizará en, más o menos, la mitad de lo que era antes de la milagrosa manipulación nocturna.

Afortunadamente, esos cambios en el valor de la moneda no se producen de la noche a la mañana, pero sí ocurren con la suficiente rapidez para crear enormes problemas. Por ejemplo, cuando hay mucho dinero, es decir, en un período inflacionario, todo aquél que tiene algo que vender puede subir los precios sin grandes dificultades. Pero los que dependen de salarios fijados, por plazos determinados, en contratos, o que han vendido sus cosechas antes de producirse la inflación, o sencillamente, los que cobran un artículo vendido a plazos o dependen de una pensión del Estado, esos son las grandes víctimas de esa situación. A la larga, evidentemente, todo se ajusta de nuevo, los viejos contratos vencen y son renovados sobre nuevas bases, los salarios suben e incluso a veces las pensiones de

los jubilados son también puestas al día. Pero mientras se produce este reajuste muchos se arruinan y en su caída arrastran a otros, sobre todo a proveedores.

De ambos fenómenos, inflación, o aumento excesivo de la moneda, y deflación, o disminución -o aumento insuficiente- de la misma, éste es sin duda, el peor, aún cuando, a la larga, ambos sean mortales. En un período inflacionario, los productores, o algunos de ellos, pueden, al menos, hacer funcionar sus fábricas y vender con razonable esperanza de cobrar. Pero en una situación como la que padecemos, es decir, una deflación, los que más sufren son los productores; nadie compra más que lo estrictamente necesario para "ir viviendo", por falta de dinero, y las industrias, e incluso las explotaciones agrícolas y ganaderas sucumben a millares.

Hemos dicho que nos hallamos en plena deflación e intuímos que tal aseveración sorprenderá a los más, por cuanto en la desdichada prensa occidental de nuestros pecados estamos hartos de leer tópicos tales como: "la presente situación inflacionaria", "la tasa de inflación es del x por ciento", "el desempleo causado (?) por la actual inflación", etc. etc. No queremos empuñar la lanza de San Jorge para derribar puertas abiertas. Nos limitaremos a sugerir a los contraopinantes que abran un diccionario y se enteren de si inflación es, o no es, "aumento excesivo de la moneda en relación a la producción", y deflación "aumento insuficiente de la moneda en relación a la producción".

Luego pueden consultar a cualquier Cámara de Comercio sobre si hay poco paro (período inflacionario), o si hay mucho paro (período deflacionario), o si hay escasos stocks o, por el contrario, dichos stoks están en lo alto de la curva. Finalmente pueden hacer la prueba del fuego: pueden leer las reseñas financieras de la prensa y enterarse de si los bancos tienen, o no. líquido disponible, o "argent frais" (dinero fresco), como dicen en el argot bancario de nuestros hermanos del Norte, o, sencillamente, "dinero" como dice el hombre de la calle, entendiendo por tal trozos de metal o papel emitidos por el Gobierno. Se argüirá que poco importa que lo que le pase a nuestra depauperada economía sea inflación o deflación, y que lo esencial es que su salud presenta síntomas muy alarmantes. Error. No hay proceso curativo sin diagnóstico acertado. Los problemas hay que resolverlos a partir de un planteamiento correcto.

Y si nuestros inefables economistas, sin necesidad de jugar a sabios, limitándose a observar lo que sucede a su alrededor y utilizando el sentido común que se les supone generosamente, se decidieran a plantear correctamente el problema de la por ellos llamada Crisis, en vez de tanto hablar de inflación, dirían que la actual crisis es el resultado de una deflación monetaria, cuyo principio debe necesariamente coincidir con el período final de una inflación crediticia. O, si se prefiere en lenguaje menos castigado, que (la crisis) no es más que la consecuencia de la escasez de dinero auténtico en proporción con la cantidad de dinero falso (o escriptural), que se ha ido creando en los años precedentes. De este tema del Dinero deberemos tratar con detalle en su momento, pues es la clave de la Crisis actual.

Pero no queremos seguir adelante sin llamar la atención sobre el sorprendente hecho, en verdad mágico, de este "error" permanente, constante y universal de los autotitulados expertos financieros. Algo increíble. Es más, llevado a ese nivel y a esa "permanencia", el error se nos antoja imposible. Los términos error y permanente se rechazan recíprocamente, no pueden coexistir, son incompatibles. Más bien parece la obediencia, consciente o - inconsciente, a ciertas consignas de determinadas Fuerzas interesadas en desviar la atención del verdadero problema, y si se admitiera generalmente la realidad, es decir, que padecemos una deflación que sólo admite parangón con la de 1929-1934 -¡también llamada inflación entonces!- es posible que la gente se preguntará por qué la padecemos y por qué el Estado no pone el remedio sencillo y lógico, es decir, lanza una buena emisión de billetes al mercado, para respaldar los bienes efectivamente producidos por la comunidad y posibilitar su intercambio entre los miembros de la misma.

Y eso es lo que se trata de evitar, que aparezca dinero fresco, o sea auténtico, sin la tara congénita de la Deuda. De eso, del Crédito y del Dinero-Deuda, hemos dicho que nos ocuparemos con detalle por ser punto capital del problema. Ahora, creemos llegado e! momento de hacer un inciso para ocuparnos de otras vías muertas que, para distraer nuestra atención del problema real, se ofrecen, tentadoras, a nuestra disposición.

LOCALIZACIÓN DEL ÓRGANO AFECTADO

Hemos analizado los cinco puntos esenciales del planteamiento del problema, incluyendo una incursión en el mundo de las fantasías económicas cual son las falsas razones que se nos pretende imponer como motivos de la actual crisis "económica" occidental. De dicho análisis se deduce, según creemos, con suficiente claridad, que tenemos una producción ampliamente suficiente para nuestras necesidades; que la escasez se manifiesta al no haber bastante dinero para comprar lo producido a un precio atrayente para los productores; que es obvio que si falta dinero hay que hacerlo y que ello no es precisamente un imposible; que la inflación, y la deflación son imposibles con la ayuda de la Informática, y que la máquina, al cumplir su función de aliviar de trabajo al hombre, le deja a éste tiempo libre para emplear sus energías intelectuales y espirituales, por que si de algo podemos estar absolutamente seguros es de que hay gran cantidad de trabajo, intelectual, espiritual y recreativo por hacer, en un mundo en pleno desarrollo, en el cual tanto queda por hacer en todos los campos.

Y una de las primeras cosas que se deben hacer es, si no embellecer la máquina, si, al menos, procurar que sea lo más atractiva, o lo menos repelente posible; otra cosa, luchar contra las depredaciones producidas en la Naturaleza, no por la máquina, sino por su uso desconsiderado por parte de! hombre, preocupado sólo de sacarle el máximo rendimiento, sin calcular el mal causado en el entorno ecológico. Quedan, en fin, tantísimas cosas por realizar, que la palabra "ocio" puede descartarse de una futura sociedad humana, orgánicamente concebida. Una vez

analizados los cinco puntos de lo que, para nosotros, es el planteamiento del problema, y dando por sentado que nuestra Economía está enferma, lo pertinente y lógico es detectar qué órgano u órganos de la Economía se hallan afectados de enfermedad.

En realidad, no hará falta buscar mucho. La Economía consta, sólo, de tres órganos: la Producción, el Consumo y la Distribución. La Producción, la constituyen las mercancías y los servicios que el trabajo del hombre y su máquina ponen a disposición del Pueblo, es decir, de los consumidores. El consumo, está constituido por las necesidades, los deseos de lo menos necesario e incluso de lo supérfluo, de la población. Y la Distribución no es más que el medio que permite que la Producción llegue, de la manera más idónea posible, al Consumo. La Producción también se denomina Oferta, y el Consumo, Demanda. Digamos, antes de proseguir, que el objeto de la Producción es el Consumo. No es crear puestos de trabajo; no es equilibrar la Balanza de Pagos; no es regular los precios. El objeto de la Producción es el Consumo.

En primer lugar, la Producción. Podemos considerar desde tres puntos de vista: el de la maquinaria e instalaciones; el de las materias primas con que alimentarla, y el del "manpower" utilizado para supervisarla, mantenerla en uso y organizarla. En los epígrafes "La Máquina" y "El Manpower" se ha puesto de relieve que el órgano de la Producción, en Europa rebosa excelente salud. En efecto, de maquinaria e instalaciones hay, aparentemente, de sobras, puesto que muchas de ellas estan paradas. No creemos que éste sea el caso, pero de cualquier modo no constituye ningún problema para los europeos aumentar sus instalaciones fabriles, agrícolas o ganaderas cuando y cómo quieran. En cuanto al "manpower" la tendencia muestra un aumento constante, a pesar del desorden social y político (huelgas universitarias, etc.). Finalmente, refiriéndonos a las materias primas, aparte de los nuevos hallazgos de petróleo en nuestro Continente, tenemos carbón para siglos, somos los pioneros del desarrollo de la energía atómica -aún cuando, hasta ahora, los principales beneficiarios hayan sido las externas Rusia y Estados Unidos- y también de la energía solar, de la de las mareas, y en Holanda hay gas natural para toda Europa Occidental.

En segundo lugar, el Consumo. Ya hemos dicho que el Consumo es la Demanda, es decir, lo que mantiene la rueda en constante movimiento. No hay nada malo en el Consumo, o deseo de consumir, o, como le llaman los economistas profesionales, demanda efectiva. Por mucho que vociferen contra la llamada "Sociedad de Consumo" los revolucionarios de salón, repitiendo como loros las consignas de los beneficiarios de la presente situación, nada hay de vituperable en el hecho de que una comunidad pretenda consumir lo que ha producido, con su propio esfuerzo. Este órgano, pues, está sano.

Finalmente, la Distribución, que es el órgano que articula, que establece la conexión entre la Producción y el Consumo. Es evidente que si el mal no está en la

Producción ni tampoco en el Consumo como tales, el órgano del cuerpo económico que se encuentra afectado del mal es, por eliminación, la Distribución. El Dinero es el medio a través del cual opera la Distribución. Esta definición es clásica. Pero tal vez no lo absolutamente precisa y exacta que requiere el sujeto que estamos tratando. Para nosotros, el Dinero, es el medio a través del cual debiera operar la Distribución. En la realidad, tal como suceden las cosas en nuestra enferma economía, el mecanismo operatorio de la Distribución son las Finanzas. Las Finanzas son el medio que permite -o no permite, según convenga a los financieros- que la Producción y el Consumo se encuentren.

EL PUENTE DEL DIABLO

Es imprescindible tener una idea totalmente clara de esa función de engarce llevada a cabo por las Finanzas. Un ejemplo que ilustra de una manera insuperablemente gráfica tal función nos lo facilita el llamado "ejemplo del puente", que ha sido utilizado por cinco escritores, como mínimo. Un puente que, por las cosas y raras y nocivas que en el mismo ocurren llamaremos el Puente del Diablo.

Dicho puente une las dos riberas de un río, las cuales representan a la Producción y al Consumo. El puente, por supuesto, son las Finanzas, y el tráfico que por él transita son las mercancías y servicios, es decir, la riqueza de una comunidad. Y damos por sabido que en todo sistema económico, aparte los niños, los ancianos y los impedidos, todos viven una doble vida, es decir, son, a la vez, productores y consumidores. Así un industrial produce, por ejemplo, lingotes de acero y consume alimentos, ropa, etc. y un agricultor produce cereales y consume semillas, tractores, así como los servicios de los detallistas en el mercado central y, por supuesto, también una parte de sus propios cereales. Es decir, todos trabajan en la ribera de la Producción y viven en la del Consumo.

El puente presenta las siguientes características:

a) Es un artificio para que el tráfico cruce la orilla, y nada más.

b) Ha sido construído en beneficio exclusivo de la comunidad.

c) Aparte del servicio que ejecuta, carece de todo valor artístico; no es más que piedra, acero, cables y andamiaje.

d) Es obra humana, no divina, y en consecuencia pueden introducirse en la misma todas las modificaciones que su mejor aprovechamiento hagan aconsejable, y, como dice Colbourne, "no debe ser reverenciado ni por el beneficio que reporta ni por el hecho de que fuera una cosa extraordinaria para nuestros abuelos".

e) Pertenece a la comunidad que lo necesita y emplea, y no al personal que se cuida de su mantenimiento p de cobrar el peaje de tránsito.

f) En consecuencia, incumbe a los propietarios de dicho puente, tomar todas las decisiones que consideren necesarias para el normal funcionamiento del

mismo, y contratar al personal que se ocupe de la ejecución de tales decisiones; este personal, naturalmente, será pagado por los propietarios del puente y a ellos deberá rendir cuentas de su gestión.

Y no obstante...

Veamos las cosas rarísimas que suceden en este diabólico puente. Para ello, comparémoslas, párrafo por párrafo, con las cosas que deben suceder en un puente bien administrado.

a) Es una ciencia cuya finalidad es la obtención del poder político. En la actualidad, no hay un sólo gobierno en el mundo que no se halle compuesto, esencial o mayoritariamente, por testaferros de la Alta Finanza. No se excluyen de esta aseveración, como luego veremos, los gobiernos de los llamados países socialistas.

b) Es considerado (el puente) como si, en vez de haber sido construído en beneficio de la comunidad, hubiera sido construído en beneficio de los encargados del cobro del peaje de tránsito, pues el Dinero ha llegado a ser una mercancía más, sujeta a los avatares del negocio, en vez de ser un instrumento de medida y cambio.

c) Para contribuir al engaño colectivo, se ha rodeado al puente de una leyenda dorada, segun la cual, para transitar pór el mismo los usuarios deben dejarse guiar por los consejos de los magos, expertos en los arcanos de la hermética bancaria.

d) Aún cuando el puente sea obra humana, se actúa como si fuera pura emanación de la voluntad divina, tan alejado, pues, de nuestra capacidad de comprensión, que en vez de ensanchar el tamaño del mismo para acomodarlo al tráfico, es precisamente éste el que, con perjuicio para toda la comunidad, debe amoldarse a las inmutables dimensiones del puente.

e) El puente NO pertenece a la comunidad que lo necesita y emplea, sino que los instrumentos de la Finanza, es decir, los bancos, son entidades privadas, incluyendo a los llamados bancos nacionales, o Centrales, como la Banque de France, el Bank of England, el Federal Reserve Bureau, etc.

f) En consecuencia, los empleados del puente no son designados por los propietarios(?)--usuarios, ni son pagados por éstos, ni, lógicamente, rinden cuentas de su gestión a los mismos. Muy al contrario, obtienen inmensos beneficios personales y, paralelamente, poder político, en su propio beneficio.

Más adelante, veremos que aún suceden muchísimas más cosas raras en ese puente del Diablo. Pero una cosa es evidente, y es que el puente no funciona como debiera; pues bien, cuando la administración deficiente es causa de que el tráfico no funcione con fluidez y se transforme en una auténtico tumulto, lo lógico es pedir cuentas de su gestión a los encargados de su mantenimiento y, si procede, echarlos a la calle. Pero ello no ocurre así en la realidad; muy al contrario, se le hace creer a la gente que la única manera de que las cosas marchen bien en el futuro consiste en

confirmar en sus puestos de privilegio a los empleados del puente. Cualquier debate acerca de la función económica de la Distribución, es decir, de las Finanzas, es tabú para nuestros expertos en Economía. Así lo han decretado los budas financieros que les pagan su miserable pitanza.

EL DINERO

Es curioso comprobar cómo sujetos altamente versados en diversas ramas del saber humano, exhiben una ignorancia su pina en cuanto se ocupan del tema del Dinero. En general, doctos e ignorantes, lo único que saben a propósito del Dinero es que siempre andan escasos de él. En una época como la actual, en que los que controlan la llamada opinión pública atraen la atención de las gentes sobre tenlas tan insólitos como exóticos -la Atlántida, los extraterrestres, la Primhistoria, la Parapsicología, los fenómenos "paranormales", la vieja "sabiduría oriental" y un larguísimo etcétera- parece extraño que, así como en Arqueología, Historia, Filosofía, son -y no lo criticamos apriorísticamente- unos verdaderos revolucionarios, en cambio, cuando se trata de abordar el tema, de palpitante interés, del Dinero, nuestros "fabricantes de la opinión" son unos auténticos reaccionarios. Para ellos siguen vigentes los viejos conceptos de la Economía Medieval, ellos, ¡tan progresistas!

Para ellos, el Dinero es una mercancía, pero es evidente que el Dinero, como medio de cambio, -que eso es lo que es y no otra cosa- debe ser, por encima de todo, estable, y una mercancía sólo será estable mientras su oferta esté bien equilibrada como su demanda, y esto no le puede interesar, lógicamente, a un comerciante de dinero, pues a éste lo que le interesa es que la demanda sea muy superior a la oferta, para subir el precio de su mercancía.

¿Que es el dinero? El Dinero no es más que un medio utilizado como calculador o contador de riqueza. Como medio de cambio que es, su valor procede de su aceptabilidad. Charles A. Lindbergh, Sr., lo definió como "algo que ha llegado a alcanzar tal punto de aceptabilidad que no tiene importancia de qué metal esté hecho ni porqué la gente lo desea, pues nadie rechazará tomarlo a cambio de bienes o servicios" 1. También se ha dicho que el Dinero es como un boleto universal. Una empresa teatral, una ferroviaria, o de autobuses urbanos, emiten sus propios boletos, cuya posesión da derecho a utilizar los servicios de tales empresas. Pues bien, el dinero es, repetimos, un boleto universal o, dicho de otra manera, una reclamación de su poseedor contra sus conciudadanos; reclamación cuyo origen es, precisamente, un trabajo que se ha hecho en pro de la comunidad.

Pero la mejor definición la da Sir Arthur Kit son cuando dice: "El Dinero es la Nada que se obtiene por Algo antes de que se pueda obtener por cualquier cosa" 2. Examinémoslo: el Dinero es la Nada, es decir, un pedazo de papel cuyo valor intrínseco es nulo. Se obtiene por Algo, o sea. por un trabajo en pro de la comunidad. y con él se puede obtener cualquier cosa que pertenezca a dicha comunidad.

Hemos dicho que el Dinero es un medio de cambio: más exactamente, es el medio de cambio. Todos los productores emplean su tiempo y energía en proporcionar bienes y servicios útiles a la comunidad. Las cosas que producen, sin consumirlas ellos mismos, pasan a disposición de la comunidad. A cambio, reciben dinero, que es como una reivindicación sobre bienes que otros han producido. Al ser el instrumento de cambio, el dinero pasa igualmente a ser el instrumento de medida. El dinero mide la riqueza de una comunidad, exactamente de la misma manera que el metro mide las longitudes y el kilógramo los pesos. Partiendo de ese indiscutible principio, el valor de una moneda debe permanecer estable. Si ello no es así y si los precios se disparan, ganando siempre la carrera que disputan con los salarios, es debido a las manipulaciones de los siniestros funcionarios del Puente del Diablo. Ha llegado el momento de que nos ocupemos del "modus operandi" de esos caballeros.

EL GRAN TIMO

La inmensa mayoría de la gente imagina que un banco es un lugar respetable y seguro, para depositar, o bien para ir a tomar prestado dinero que otras personas han depositado. No obstante, los bancos prestan hasta nueve veces más dinero que el que realmente guardan en sus cajas. ¿Cómo es ésto posible? Porque los bancos, realmente, no prestan nada. Sólo lo hacen ver. Cuando un banco presta dinero, o, para emplear la terminología bancaria, abre un crédito, lo único que realmente hace es aceptar el crédito del prestatario. Vamos a exponer, tratando de aunar brevedad y claridad, cómo se perpetra este auténtico timo, porque timo es al concurrir en su comisión todos los requisitos de tal delito.

Aún cuando el negocio bancario y su corolario, la usura, se remontan a la época de Babilonia, la Banca, en su forma moderna, apareció en Europa a principios del siglo XVII, primero en Lombardía y en Holanda, luego, inmediatamente, en Inglaterra va renglón seguido en los demás países de nuestro Continente, para aparecer en los Estados Unidos poco después de su configuración como Estado independiente.

En aquéllas épocas, los poseedores de oro y plata -metales que, por su relativa escasez, eran los más adecuados para servir de .moneda oficial ténder en un tiempo, precisamente de escasez- lo entregaban, para su custodia, al banquero que los guardaba en una caja fuerte. Evidentemente, no era cómodo, ni seguro, desplazarse llevando constantemente encima el oro y la plata -o las monedas que de ambos metales más adelante se hicieron- y, por otra parte, era recomendable guardar el dinero en un banco, dotado de una sólida caja fuerte, custodiada constantemente por un guardian armado. El banquero prestaba, pues, un servicio, y por tal servicio era lógico que cobrara, decimos "cobrara", unos honorarios.

Al entregar su dinero en el banco, los depositarios obtenían un recibo que les entregaba el banquero, y sobre tal recibo -documento, en sí, intachable- se iba a montar el mayor timo de todos los tiempos.

En efecto, el banquero era un hombre observador y pronto se dió cuenta de que la gente utilizaba esos recibos como si de auténtico dinero se tratara. Esos recibos, respaldados por dinero auténtico, hacían la misma función que el dinero, es decir, servían para adquirir mercancías y contratar servicios. Como tales recibos no era nominativos, cualquier persona, que a lo mejor nunca había depositado dinero en el banco, podía presentarse en la ventanilla de pagos del mismo, y, exhibiendo un recibo por una cantidad determinada de dinero oficial, o legal, exigir tal cantidad en el acto. Un inciso imprescindible: decimos dinero oficial, o legal, porque esos recibos, al ser aceptados por la comunidad como medio de pago, se convertían automáticamente, de hecho, en dinero.

También se dió cuenta, el banquero, de que, en promedio, los impositores sólo retiraban, en un período determinado de tiempo, el diez por ciento del dinero depositado. O dicho en otras palabras, que el noventa por ciento de sus depósitos permanecían en sus cofres, y que con el diez restante tenía suficiente para hacer frente a los recibos que se le irían presentando al cobro. La tentación era demasiado grande para el banquero, hombre cuya conciencia no sentía excesivamente el embarazo de los escrúpulos, o no podía sentirlos por sus condiciones étnicas y religiosas. Y se formuló a sí mismo la siguiente pregunta: ¿Por qué no poner en circulación más recibos, representando nueve veces más valor que el dinero que, efectivamente, tenía en su caja fuerte? Para él, formular así esa pregunta equivalía a responderla en el sentido deseado por su yo íntimo. Es decir, que multiplicó por nueve sus recibos -comprometiéndose a pagar un dinero que no tenía, o, como máximo, sólo tenía en una novena parte -y empezó a prestarlo a particulares y, sobre todo, a comerciantes, cobrando un interés por ese dinero inexistente.

En realidad, más que inexistente, ficticio; pues existencia, aunque fraudulenta, la tenía, al entregarse mercancías y servicios por él. Este fue el fraude original, que ha perdurado hasta nuestros días, y que está en la raíz de todos nuestros males económicos. Como dice Gertrude Coogan, "los banqueros pueden justificar sus prácticas como gusten, pero el hecho es que cuando prestan su 'crédito' a interés lo único Que hacen es crear dinero privado, que luego pueden reclamar y destruir a su voluntad para desesperación y empobrecimiento del prestatario" quien periodicamente se ve obligado, por la artificial escasez del dinero-crédito, a entregar bienes auténticos por el dinero-crédito que tomó en préstamo.

El banquero, al proceder de esta guisa, efectivamente, ha creado dinero. Y para crearlo lo único que ha necesitado ha sido que un empleado del banco tomara una pluma, o un bolígrafo, y escribiera en el Libro Mayor del banco, una cifra cualquiera, pongamos diez millones, en el saldo deudor del prestatario. Pero, al mismo tiempo, en el saldo acreedor del mismo, se ha anotado la garantía que éste ha debido ofrecer contra el préstamo bancario. Dicha garantía, que siempre debe ser un bien tangible, una casa, unos terrenos, unas cosechas o el título de propiedad de una industria, siempre vale más que el dinero que el banco presta. Al prestatario se le entrega un

talonario de cheques, que permiten fraccionar cómodamente el importe del préstamo, luego se le carga en cuenta un interés por dicho préstamo, interés que oscila entre un cinco y un nueve por ciento en las épocas relativamente "tranquilas", pero que puede ser mucho más elevado en las épocas turbias y la operación ha sido puesta en marcha.

Detengámonos un momento para hacer las siguientes observaciones:

a) Al poner en circulación de hecho, más dinero, que aparece en el mercado antes de que el mismo haya podido generar más riqueza, se ha puesto en movimiento un proceso inflacionario, es decir, se ha hecho perder valor al dinero que existía ya en circulación.

b) Las mercancías que, con el nuevo dinero, irán apareciendo en el mercado, llevarán su costo gravado con el interés bancario -como ya hemos dicho, de un 5 a un 9 por ciento- que deberán pagar, en última instancia, los consumidores. Nueva contribución al proceso inflacionario.

c) Mientras el banquero ha entregado sus "promesas de pagar" dinero -pues nadie, por muy banquero que sea, puede crear algo de la Nada, y así, lo que él presta no son más que promesas- en cambio, el prestario ha entregado al banquero títulos que representan una riqueza que, a parte de ser muy superior al préstamo, es real.

Ha habido, pues, un notorio abuso de confianza por parte del banco. Como decíamos en otro lugar "mientras el banco dispone contra la comunidad de garantías representando una riqueza real, tal como fábricas, fincas, cosechas, etc. la comunidad no dispone, contra los bancos, de ninguna garantía. La menor tentativa hecha por los acreedores de un banco para ejercitar sus garantías contra éste, pone de manifiesto que dichas garantías, de hecho, no tienen substancia alguna. Si tales acreedores le "aprietan demasiado las clavijas" al banco, son castigados perdiendo todos sus ahorros. El banco cierra sus puertas poniendo de manifiesto que sus "promesas de pagar" son falsas promesas... a menos que el gobierno no acuda en su ayuda con una moratoria.... moratoria cuyas consecuencias serán que, al fin y a la postre, la comunidad en bloque deberá pagar para cubrir las falsas promesas del banquero".

La objeción de que esto muy raramente ocurre no tiene validez alguna. Si ocurre raramente es porque en todos los países existe un Consejo Superior Bancario cuya principal misión consiste, precisamente, en corregir las desviaciones excesivas de la permanente inflación crediticia procurando que ningún banco sobrepase el fatídico cociente 9 en la división entre los créditos abiertos y el dinero registrado en las cuentas corrientes. Y cuando, no obstante, un banco se dispara y franquea el límite de la zona de peligro, los demás acuden en su ayuda, pues la Finanza funciona como un todo, a escala nacional para lo ordinario, e internacional para los grandes problemas económicos. Pero esa ayuda, en definitiva, la pagará el pueblo, es decir, cada ciudadano o ciudadana que van al mercado, pues hemos dicho, y hay que tenerlo bien presente, que los llamados gastos bancarios se incluyen en los costos de producción.

Según se demuestra en los apartados a) y b) el banco, al crear una situación inflacionaria, ha robado a todos y cada uno de los miembros de la comunidad. El hecho de que las actividades bancarias hayan sido legalizadas por la Administración Pública en todos los países no disminuye en un ápice su ilegitimidad fundamental. El que un Estado, o cien Estados, decreten, como testaferros que son de la Alta Finanza, que la creación privada de Dinero es legal cuando la realiza un banco e ilegal cuando la lleva a cabo un falsificador de moneda no modifica en absoluto el hecho de su radical inmoralidad, desde el punto de vista ético, y de su inoperancia, desde el punto de vista económico, exceptuando, claro está, la privada economía de los bancos y sus adláteres.

Y tal como queda demostrado en el apartado c), no contento con robar a la comunidad, el banco ha cometido, con su cliente al que ha concedido un préstamo, un verdadero abuso de confianza, al cambiar una promesa que vale, digamos X menos los intereses cobrados anticipadamente, por una realidad (títulos de propiedad de bienes tangibles) que vale, por lo menos X multiplicado por dos. Y que no se objete que el cliente es muy libre de aceptar o no el "cambio" que le propone el banco. El cliente está convencido de que lo que el banco le presta son los ahorros de otro conciudadano y que por este préstamo hay que pagar un alquiler, llamado "interés". Pero no terminan aquí las actividades del banco; en realidad, los funestos efectos de sus actividades apenas tienen relieve alguno si se comparan con lo que sigue.

Volvamos al momento en que el banco -en realidad, más que el banco o los bancos se trata del sistema bancario, pues todos actúan de manera mancomunada- ha abierto créditos representando hasta nueve veces más dinero del que realmente tienen en caja. De momento, el sistema parece dar resultado. La euforia general disimula el robo que se ha cometido. Pues es evidente que un auténtico robo ha tenido lugar; al crear dinero nuevo, el banquero, al igual que un vulgar falsificador, ha robado un poco a cada uno de sus conciudadanos y ha obtenido interés sobre el "dinero" robado 4. Gracias a la emisión brusca de dinero nuevo se ha podido desarrollar nueva riqueza, el comercio se halla en pleno apogeo y se ha llegado al, por todos, soñado "pleno empleo". Cada vez que un prestatario devuelve un préstamo al banco, con sus intereses acumulados, el banco se apresura a ponerlo de nuevo en circulación. Se ha originado lo que los economistas clásicos llaman el "boom" que en los países latinos se denomina "euforia de mercado".

Los precios suben en vertical, mientras toda clase de productos se ofrecen a la venta 5. Pero el banquero se da cuenta de que esta subida de precios continúa sólo mientras continúan produciéndose préstamos. Cada vez que el banquero deja de hacer dichos préstamos - o, en otras palabras, de crear nuevo dinero- los precios dejan de subir, y al dejar de subir, los negocios se hunden. La posibilidad de continuar haciendo más negocios en un mercado alcista ha desaparecido. ¿Por qué? Pues porque ahora el banquero empieza a verse en

dificultades, a causa de que el volúmen de sus préstamos se halla ya rondando el 900 por ciento de sus reservas en caja. Ya corre el riesgo de que cualquier demanda de dinero auténtico por parte de sus impositores, que por cualquier motivo se produzca en un momento dado, ponga en evidencia, ante toda la comunidad, el verdadero timo a que ésta se ha visto sometida por parte del aludido banquero. Cada crédito que él ha abierto, representado por cheques, así como cada recibo que ha extendido a sus impositores por el dinero que le han cedido temporalmente para que los custodie, representan promesas de pagar oro y plata (en la actualidad papel moneda ténder del Estado). Es decir, que tanto sus impositores como sus prestatarios pueden exigir, de un momento a otro, dinero auténtico, es decir, oficial, emitido por el Estado, a cambio de sus recibos.

¿Qué le queda por hacer al banquero en la circunstancia dada? Sólo una cosa: cancelar una parte sustancial de los créditos que ha abierto. En consecuencia, llama a su oficina a algunos de los industriales a quienes ha prestado sus "promesas de pagar" y les invita a devolver, digamos, la mitad del crédito. Los industriales, probablemente, protestarán, no comprenderán nada ante la súbita demanda del banquero en unos momentos en que todo parece ir a las mil maravillas, pero, finalmente, en vista de la cada vez más firme insistencia del banquero, deberán devolver la cantidad solicitada. Para convertir en dinero líquido -el dinero que les exige el banquero con tan súbita celeridad- sus stocks, los industriales deberán vender como sea, es decir, deberán malvender una parte substancial de los mismos, y, al mismo tiempo, se verán obligados a forzar a un pago inmediato a algunos de sus clientes Que habían comprado sus mercancías a plazos. Toda la operación generará, en cascada, una serie de pérdidas para industriales e intermediarios del comercio y, por vía de consecuencia, provocará una reducción general del volúmen de los negocios, es decir, en última instancia, el paro.

Pero éste es sólo un aspecto del caso, ya que, en muchas de las situaciones que se van creando, los industriales no logran realizar sus stocks cuándo y cómo lo exige el banquero, y éste ejecuta las garantías que contra ellos posee, apoderándose así, a cambio de nada, -pues nada más que falsas promesas les prestó- de bienes reales, que pasan, de este modo, con toda la legalidad y toda la inmoralidad del mundo, a ser propiedad del banco.

La normalidad ha vuelto. Entretanto, muchos industriales y comerciantes -más de aquéllos que de éstos- se han arruinado. Los precios de todos los artículos han subido; los salarios, por fuerza, también, pero menos que aquellos. Una gran parte de la sociedad, sobre todo las llamadas clases medias, se ha proletarizado un poco más. El único ganador, en toda la línea, es el banquero. El, que no ha hecho nada, aparte de perpetrar una falsificación de moneda en gran escala, ha obtenido beneficios inmensos, en bienes tangibles, y, lo que es más importante, ha visto confirmada su facultad de continuar creando dinero a expensas de la comunidad, lo que le convierte en el hombre más poderoso del país. Todavía más, en el colmo del

cinismo, aún se permite amonestar severamente a sus conciudadanos, diciéndoles que la reciente crisis se ha producido porque han querido vivir por encima de sus medios.

La sencilla objeción de que la comunidad sólo pretendía consumir lo que había producido con su trabajo, es olímpicamente despreciada. La ignorancia general en asuntos financieros, cuidadosamente cultivada por los testaferros al servicio de la misma. es el muro del silencio ante el que se estrellan el sentido común y el instinto popular, que rechazan vigorosamente la idea de que una gran parte de los miembros de una comunidad se hayan arruinado precisamente por que han trabajado demasiado y han producido, con su trabajo, una oferta de bienes que no ha colmado aún la demanda de los mismos.

La normalidad ha vuelto, decíamos. Nuestro banquero ya puede volver a poner en funcionamiento la máquina del Gran Timo. Las ovejas del humano rebaño ya se hallan prestas a ser esquiladas una vez más.

EL CRÉDITO BANCARIO

En la génesis del Gran Timo hemos mencionado en diversas ocasiones la palabra Crédito, generalmente unida a otra palabra: financiero. Analicemos esto.

La palabra crédito, se deriva del latín "credere", que significa creer. En pocas palabras: el crédito de algo o alguien no es más que la confianza que inspira -si se trata de una persona- o la creencia en su capacidad de hacer lo que de ella se espera -si se trata de una cosa-. El crédito de una comunidad es, pues, la creencia racional en su capacidad de producir, distribuir y consumir las mercancías y servicios que precisen sus miembros. Es claro que la capacidad de hacer esas cosas depende exclusivamente de realidades como el talento de los miembros de la comunidad y su capacidad de trabajo, así como de los recursos del suelo y el subsuelo de dicha comunidad. No depende, en absoluto, del número de billetes de banco que decide imprimir esa comunidad, ni de la cantidad de oro que ese país atesore en las arcas del banco central.

Debiera resultar clarísimo para cualquier cerebro independiente que, en cualquier comunidad que no fuera un asilo psiquiátrico o el presente mundo capitalista-comunista, el dinero debe estar basado en la cifra que representa el crédito real de tal comunidad. Entonces, y sólo entonces, la apelación crédito financiero no sería ya una denominación impropia. Por el contrarío, sería el único nombre que debiera darse al dinero, ya que el crédito financiero sería, entonces, el reflejo, en billetes, del crédito real 1, En una palabra, las cifras reflejarían, exactamente, los hechos. En cambio, en la realidad, en nuestra triste realidad de la Miseria en la Abundancia, sucede que el crédito financiero no tiene nada que ver con el crédito real, sino que no es más que un múltiplo del oro que poseen los bancos. De manera que nuestro dinero, en vez de basarse en mercancías producidas por un trabajo honrado, se basa en el oro.

Más trágico aún: a veces no se basa ni en eso, sino en una pura ficción, en la suposición de que la gente no se apercibirá de que los bancos están falsificando dinero, construyendo, sobre los billetes auténticos emitidos por el Estado, una pirámide invertida de "créditos" nueve veces mayor de lo que se supone. Además, al ser emitido por el sistema bancario con la condición de serle devuelto con intereses, el crédito financiero pasa a ser una mercancía, negociable como cualquier otra. La moneda de la nación pasa a ser una mercancía, sujeta al mismo tráfico de que son objeto las mercancías, incluyendo la ley de la oferta y la demanda. La función básica del dinero, es decir, servir de instrumento de cambio y medida de las mercancías y servicios producidos por la comunidad, es así, completamente adulterada.

Y ahora, volvamos a los bancos, los creadores del Dinero. La función básica de los bancos consiste, en la práctica, en transferir fondos de una de sus cuentas corrientes a otra. Esto, naturalmente, se hace sustrayendo de una cuenta y añadiendo a otra, mediante una sencilla operación aritmética. El hecho de que las cuentas, posiblemente, se hallen en diferentes bancos no tiene ninguna importancia, porque, como se sabe, los bancos trabajan en tan estrecha cooperación a través de las cámaras de compensación, que funcionan, casi, como si se tratara de un sólo banco. Es preciso tener muy presente que los bancos transfieren inscripciones representando dinero, no dinero auténtico, es decir, papel moneda emitido por el Estado.

Un cheque es una orden dada al Banco para que transfiera dinero -en realidad, como ya hemos dicho, inscripciones de dinero- de una cuenta a otra. El dinero, en la forma de metal o papel, es muy poco usado en los bancos. En España, el 85 por ciento de las transacciones se hacen mediante el sistema de cheques. En los Estados Unidos, el 95. La moneda se usa para pagar pequeñas facturas, para ir al mercado, para distracciones; etc. Pero los pagos importantes, alquileres, impuestos, plazos, etc, se hacen, cada vez más, por cheque.

Los bancos poseen dinero-crédito en circulación cuando hacen un "préstamo", pero en realidad, no prestan nada. Cuando el banco hace un "préstamo", el prestatario da su acuerdo a que, si no paga en el momento del vencimiento, su propiedad, llamada colateral, que vale mucho más que el crédito que solicita, se convertirá en propiedad del banco. El banco, entonces, comete un fraude al inscribir el activo del prestatario en el Haber de sus libros contables, a pesar de que todavía no es suyo y, posiblemente, nunca lo será. Entonces, el prestatario debe tomar prestado ese mismo crédito (riqueza) del banco, pagando un interés.

El crédito es, entonces, transferido de la cuenta del banco a la del prestatario. De hecho, según un principio de equidad, el activo del prestatario debiera ser inscrito en su propia cuenta, para empezar. Luego, el banco garantiza los pagos del prestatario hasta la suma representada por el préstamo, siempre inferior al valor del activo que sirve de garantía, El prestatario empieza a pagar sus facturas con el "dinero" de su cuenta, mediante cheques. A riesgo de incurrir en machacona repetición, recordamos

que los bancos sólo transfieren inscripciones de riqueza, o, si se quiere, de dinero, pero no dinero en forma de metal o papel moneda. "El préstamo empezó en la forma de una inscripción hecha con pluma o bolígrafo en los libros del banco, representando la propiedad del prestatario en forma de garantía. Aunque técnicamente nada lo impida excepcionalmente, un banco nunca entrega monedas, billetes, ni nada que tenga algún valor cuando hace un préstamo".

Los bancos utilizan los billetes y monedas depositados por sus impositores como fondos de reserva, que nunca es prestada. Lo que prestan es una cifra que oscila sobre el 900 por cien de tales fondos de reserva. El interés pagado por éste dinero-crédito es indebidamente cargado y constituye un beneficio inmoral. ¿Por qué es inmoral? Pues porque, si el crédito -como lo hemos definido al principio de este epígrafe- el crédito real de una nación lo constituyen, a la vez, las riquezas potenciales de la nación y la inventiva y laboriosidad de sus habitantes, cuando el banquero abre un "crédito" a alguien y le cobra un interés por ese "crédito" no hace más que "prestarle" algo que ya es suyo, con el agravante de cobrarle dicho interés. Es como si a uno le hicieran pagar un alquiler por el uso de la casa que heredó de su padre...

La práctica bancaria podría justificarse si los banqueros prestaran no un múltiplo, sino un sub-múltiplo del total de sus reservas, por ejemplo la mitad, o dos terceras partes, conservando el resto para hacer frente a las demandas normales de sus impositores, y cobrando por ese préstamo, que entonces podría denominarse tal, pues sería hecho en papel moneda, un alquiler, es decir un interés no acumulativo, del 2 o el 3 por ciento como máximo, y la garantía, o propiedad colateral, sería de un valor similar al del importe del préstamo. El sistema en cuestión estaría muy lejos de ser el ideal, -pues este consiste, fundamentalmente, en que el dinero es instrumento de medida y cambio, pero no mercancía-, pero por lo menos evitaría el caos económico que estamos padeciendo, y cuya motivación no es otra que la creación privada de dinero falso.

Pero lo que no puede justificarse en modo alguno es la actual práctica bancaria, que constituye el más fabuloso negocio que se ha hecho y se hará, consistente en lo siguiente:

a) Con cien unidades monetarias pertenecientes a un tercero, se "abren créditos" por novecientas unidades. A los prestatarios, de momento, se les hacen entregar, en garantía, títulos que representan, aproximadamente, mil quinientas unidades.

b) Esas novecientas unidades devengan un interés del 9 por ciento (a veces con agios, quebrantos, y demás pretextos, más del 10), es decir, que su rendimiento neto al cabo de un año son 81 unidades.

c) Al impositor, cuyo dinero se ha jugado alegremente el banquero, se le da un 0'5 (aunque en épocas deflacionarias, que llaman inflacionarias, se llegue al 0'75 e

incluso al 1). En otras palabras, esas cien unidades, que le han costado al banco 0'5 unidades al año, le han hecho ganar 81 en el mismo lapso de tiempo.

d) De lo dicho se deduce, si la aritmética no miente, que la rentabilidad de este despampanante negocio de Alí Babá es del 16.200 por cien. Y esto con el dinero de los demás.

¿Sabe, el llamado hombre de la calle, que un buen negocio textil, por ejemplo en el ramo de las fibras sintéticas deja, en épocas denominadas de prosperidad, un 7 o un 8 por ciento, con el dinero que se expone, que pertenece, naturalmente, a los propietarios del negocio? ¿Sabe que, en el ramo de la metalurgia, -y hablamos, como en el ejemplo anterior, de España- la rentabilidad raramente llega al 5 por ciento? ¿Le han informado que en Inglaterra, en el sector algodonero, los beneficios no llegaban en la buen época, al 4 por ciento mientras en la actualidad las pérdidas superan tal porcentaje y las empresas quiebran a centenares? ¿No ha leído, en la prensa diaria, largas listas de empresas que deben suspender sus pagos, precisamente porque sus acreedores no les pagan tampoco a ellos, mientras en tales listas no aparece jamás, JAMÁS, el nombre de un sólo banco? ¿Y no le han llamado la atención que mientras los productores se arruinan y los consumidores no pueden consumir lo que el trabajo de todos ha producido, los bancos surgen como setas en las fachadas de los mejores edificios de las ciudades y sus balances registran siempre enormes beneficios?

¿No crees, lector amigo, que resulta bochornoso que a una comunidad que, con el trabajo de sus miembros, ha producido una riqueza que espera ser consumida, se le diga, como hicieran en España el Señor Villar Mir y en Francia el Señor Chirac, que ha estado viviendo por encima de sus medios y que debe apretarse el cinturón? ¿Es que hay alguién capaz de proporcionar una explicación verosímil a eso de "vivir por encima de nuestros medios"? Por que, naturalmente, los interfectos, que debían verlo muy claro, negligieron explicárnoslo a los simples mortales. Los linces de la prensa también debieron verlo clarísimo, y en España asistimos al cómico espectáculo del vapuleo general a que fue sometido el tal Villar Mir, por media docena de razones "políticas", absolutamente inocuas, mientras ningún plumífero le pidió una sola explicación acerca de eso de "encima de nuestros medios" y de "apretarse el cinturón".

Y, para terminar, por ahora, con el crédito bancario, una sencilla demostración -una más- de su completa inviabilidad. Supongamos que el dinero, que vamos a llamar A, de una determinada comunidad, es un dinero sano, sin la tara de la Deuda. (Pues en nuestro extraño mundo moderno la mayor parte del dinero, creado por los bancos nace en forma de Deuda, que debe ser cancelada precisamente cuando más necesario es, o sea en el momento en que debe servir para distribuir lo que se ha producido). Pues bien, un buen día, los bancos empiezan a crear dinero-crédito, cuyos intereses, llamaremos B. Esa deuda, es decir "B", será cargada en los escandallos de todas las mercancías. Es evidente que el dinero auténtico de la comunidad, "A", no puede comprar lo que se ha producido, que costará "A más B".

Bueno, en realidad hay un medio. Consiste en que el banco cree más dinero-crédito al que vamos a llamar "C". Todo sería perfecto, si no fuera que "C" nace con un hermano siamés, su interés, que llamaremos "D". De manera que tampoco A más C podrán comprar algo que cuesta A más B más C más D. Se irá saliendo del paso a trancas y barrancas, hasta llegar el momento en que el Dinero Abstracto -que así le llaman también- superará en nueve veces a "A" . Entonces se llega al final del ciclo: el banco cancela gran parte de sus préstamos, se incauta de ingentes cantidades de riqueza real y puede prepararse el siguiente ciclo inflacionario.

A ESCALA MUNDIAL

Una vez trazado el esquema de las actividades del banquero "nacional", es decir, del hombre que inventa un dinero que no existe, pero al que extrae un interés que hace pagar a sus conciudadanos, convendría ahora, observar la otra vertiente de las actividades bancarias.

El banquero "internacional" abre créditos a firmas que se dedican al comercio con países extranjeros: compañías importadoras o exportadoras, fletadores, navieros, agentes de aduanas, compañías de seguros, etc. Le interesa a este banquero que el volumen del comercio exterior se mantenga a un buen nivel, para preservar la aceptación de sus préstamos. Es evidente que cuando los colegas de este señor, los banqueros "nacionales" se hallan a principios o a mediados del ciclo inflacionario, es decir, que están concediendo abundantes créditos y queda aún lejos el fatídico cociente 9, el volúmen de las exportaciones tiende a disminuir, ya que las gentes pueden comprar las mercancías que se producen en el propio país, y éste sólo exporta sus excedentes. En ese caso, el banquero "internacional" tiene interés en que los "nacionales" reduzcan sus préstamos.

En realidad, él hace lo mismo que el "nacional", es decir, concede créditos a empresas relacionadas con el comercio exterior, e incluso a países extranjeros, para que compren en el propio, por valores que multiplican, aproximadamente, por nueve el total de los depósitos de sus cuentacorrentistas 1. Era fatal que el banquero "nacional" y el "internacional" llegaran a ponerse de acuerdo para una cooperación entre ambos, ya que sus operaciones, a parte de regirse por un mismo mecanismo, se complementan admirablemente. Por consiguiente, cuando el mercado interior se halla en plena prosperidad, o sea, en plena inflación crediticia, el banquero "nacional" recibe todo el apoyo, o el "crédito" de su colega, el banquero "internacional". Y cuando a la prosperidad sigue la cíclica crisis, o sea la deflación monetaria, el banquero "nacional", conforme va cancelando sus créditos, va abriendo una parte de éstos en favor de su colega "internacional", que financia las exportaciones y que, además, en esas circunstancias, recibe la ayuda de la asustada Administración Pública, que ve en la Exportación un medio de procurar trabajo a las masas que se están impacientando.

Aparecen entonces las desgravaciones fiscales, las primas a la exportación y demás tipos de apoyo directo e indirecto. Podrá argumentarse que la Administración

no tiene porqué reaccionar de esa manera y, en vez de coadyuvar al timo bancario, nacional o internacional, puede poner coto a sus actividades, impidiendo la creación de dinero incontrolado, a escala nacional e internacional, y creándolo ella misma, de acuerdo con el volumen de mercancías que se hallan en espera de ser consumidas. El argumento es muy bonito y totalmente válido en otro mundo o en otras circunstancias. En este mundo, y en estas circunstancias, DINERO SIGNIFICA PODER, y como el Dinero y, lo que es muchísimo más importante, la facultad de crearlo, es de la Finanza, resulta que la Administración se halla al servicio de aquélla, y no al revés, como debiera ser. Y bien sabe -o, más que saberlo, lo intuye, lo siente en su epidermis- cualquier funcionario público, por altísimo que sea su rango, que cualquier veleidad de independencia suya frente a los poderes omnímodos de la Finanza pondrá en marcha un mecanismo que empezará por una campaña de prensa en contra suya y terminará por una carta de su superior jerárquico "agradeciéndole los servicios prestados". Dicho superior jerárquico deberá actuar así, por estar ligado él mismo al Sistema, o por constarle que, de apoyar a su subordinado, él perderá, con toda seguridad, las próximas elecciones.

Para poner en marcha ese mecanismo de intimidación no hacen falta secretas reuniones de embozados, ni aquelarres de Sanhedrines con cirios de cera negra e imprecaciones cabalísticas, decretando la muerte civil del desobediente. El Sistema funciona tan bien que, salvo casos excepcionales, no hace falta pronunciar una sóla palabra. El que molesta, o puede molestar el funcionamiento de la máquina del Fraude Financiero, es automáticamente castigado sin que probablemente los que ejecuten el castigo se den cuenta.

LOS BANCOS CENTRALES

El concepto del Patrón Oro es inseparable de la existencia de los llamados bancos "Centrales", entidades que a pesar de su denominación y empaque oficial son, en realidad, privadas, dírigidas por individuos privados, que son sus verdaderos dueños.

Aunque el primer banco "central" que aparece en Europa, en el siglo XVII, es el Banco de Inglaterra, su precedente hay que buscarlo en el Banco de Amsterdam. Fundado por un judío expulsado de España, Fernandez Carbajal, este banco fue el primero en dar a sus clientes un "recibo" o "vale", que era posible fragmentar por un sistema que fue el precursor del actual "talonario" de cheques. Estos "recibos" naturalmente, se daban a cambio de dinero que se depositaba para su seguridad en una caja fuerte. Estos son los famosos recibos a que hemos aludido repetidas veces, los recibos prestados hasta nueve veces el valor que representan. Como todos los precursores, acabó mal. El Banco de Amsterdam fue un mártir de la sagrada causa bancaria. Porque, un buen día, se declaró en quiebra.

El peligro, para los bancos, estriba en su propia naturaleza, y, a la vez, en la naturaleza humana. La naturaleza de los bancos estriba en obtener el máxímo rendimiento posible del dinero que prestan, y la naturaleza humana -demasiado

humana, diría Nietzsche, en el caso de los banqueros- incita a los profesionales del dinero a tomar cada vez más y mayores riesgos, rondando temerariamente el cociente nueve en la relación depósitos-préstamos y, a veces, ocurren quiebras, aunque en ese caso, generalmente es el Estado quien acude con una moratoria para salvar la situación e impedir la ruina de los impositores y, por vía de consecuencia, salva también al banquero. Claro que la suerte de éste no sería la de sus desgraciados clientes, toda vez que una elemental prudencia le habrá hecho guardar su propio dinero en lugar seguro, o lo habrá invertido en valores bien sólidos. Incluso los conciudadanos del banquero que no son clientes suyos, han debido pagar entre todos, a prorrata, el auténtico desfalco cometido. Esto crea, claro es, situaciones desagradables. Como válvula de seguridad, para impedir, o dificultar al máxímo, situaciones de quiebra, se concibieron los bancos "centrales".

El Banco de Inglaterra fue fundado en el año 1694, por una concesión hecha por Guillermo II a un judío de Amsterdam, Manasseh-ben-lsrael. Esta concesión se basaba en otra anterior, hecha por Oliver Cromwell a Ali-ben-lsrael, también de Amsterdam. Cromwell, que había recibido el apoyo económico de los hebreos de Amsterdam en su lucha contra la Corona, pagó los favores recibidos autorizándoles a que se instalaran en Inglaterra y dieran un 4 y medio por ciento de interés a quien depositara oro en sus cajas fuertes (un interés demesuradamente elevado) ya su vez lo prestaran al Gobierno a un 8 por ciento.

La causa de la creación del Banco de Inglaterra fue un préstamo de un millón doscientas mil libras esterlinas a Guillermo III. Los métodos del Banco no eran nuevos; no hicieron más que seguir precedentes. Y el precedente fue la usura practicada en aquél tiempo por los orífices de Londres, que ya actuaban, clandestinamente, antes del legalmente autorizado Alí-ben-lsrael. Esos orífices, que solían prestar con un interés del diez por ciento, miraron en un principio con desconfianza al nuevo Banco, que "sólo" prestaba al 8, aunque pronto subiría al nueve, mientras los intereses pagados a sus impositores se reducirían a un medio por ciento.

El Banco de Inglaterra, cuyo nombre auténtico era "The Governor and Company of the Bank of England" (El Gobernador -o Administrador- y la Compañía del Banco de Inglaterra) introdujo una novedad con respecto a las prácticas iniciadas por el Banco de Amsterdam. Empezó a emitir vales por la cantidad que el Gobierno debía al Banco; un privilegio concedido al Banco por un Gobierno agradecido a los servicios prestados en varias ocasiones por aquél 3. De manera que, en agradecimiento a esos servicios 4 al Banco se le concedió la potestad de emitir dinero. Pero dinero real, y no ya sólo promesas de pagar dinero, tal como habían hecho los "pioneros" de Amsterdam o, ya en Inglaterra, Alí-ben-lsrael con anuencia de Cromwell.

El Banco de Inglaterra -repetimos, una entidad privada- fabricaba, literalmente, dinero. Si el Banco tenía diez libras de oro en sus sótanos y prestaba cinco al

Gobierno, podía fabricar un billete de cinco libras y ponerlo en circulación, y de esta manera aumentaba la cantidad de diez libras hasta un total de quince; el Gobierno, que usaba cinco y el Banco que disponía de diez, cinco nuevas y cinco viejas: y la cantidad total podía estar en circulación activa 5, una importante masa de dinero, sin haberse creado, aún, riqueza nueva que lo justificara, es decir, se cometía inflación.

Pero la función principal, la esencial, diríamos, del Banco de Inglaterra y de los demás bancos centrales que irían apareciendo en todos los países, no era fabricar dinero, sino, por encima de todo, perpetuar, con el apoyo de la Ley, el sistema bancario moderno; es decir, asegurar la perennidad de las ilegítimas actividades bancarias.

El "modus operandi" es el siguiente: El banco "central" presta a los bancos privados 6 dinero legal ténder o bonos del Estado o cualquier otro valor totalmente seguro. En la deliberadamente embrollada terminología bancaria, la palabra "depósito" significa "préstamo", y ello queda expresado en la bien conocida expresión bancaria anglosajona "A loan creates a deposit" (Un préstamo crea un depósito) cuando los simples mortales nos sentiríamos inclinados a creer que un depósito es dinero colocado en un banco para su seguridad.

Pues bien, los depósitos en el Banco Central, o préstamos del Banco Central a los bancos privados son dinero contante y sonante, son ténder, pues aún tratándose de bonos del Estado, pueden ser cambiados inmediatamente por dinero legal. El Banco Central, como emisor, por privilegio inaudito concedido por el Gobierno, de dinero legal-ténder, pagará siempre con dinero legal-ténder a los que tengan derecho a ello. Los bancos privados, por consiguiente, prestan a sus clientes promesas de pagar dinero hasta nueve veces la cantidad de depósitos que ellos, los bancos privados, poseen en el Banco Central, de la misma manera que prestan promesas de pagar dinero hasta nueve veces superior a la cantidad que ellos poseen en caja. Para los bancos, dinero en metálico y Depósitos en el Banco Central son, realmente, la misma cosa...

No obstante, existe una diferencia entre ellas. Dinero metálico es dinero metálico. Es dinero legal-ténder. Pero, como se ha dicho, los depósitos en el Banco Central son préstamos del Banco Central. Dicho Banco Central, como todos los bancos, emite promesas de pagar dinero legal-ténder. Pero puede, también como todos los bancos, cancelar sus préstamos o reducirlos de forma substancial. Puede hacerlo de diversas maneras, y el efecto de ello consiste en reducir todos los "depósitos en el Banco Central" de todos los bancos privados y, por vía de consecuencia, la cantidad de dinero legal-ténder de todos y cada uno de los bancos privados. Cuando un banco privado pierde dinero legal-ténder, también, debe cancelar o reducir sus préstamos de manera que no pueda verse en el riesgo, en ningún momento, de estar prestando promesas de pagar dinero en una proporción que exceda en nueve veces su posesión de dinero legal-ténder.

Un ejemplo: Un banco privado posee, en un momento dado:

En Cuentas Corrientes: 100 millones

En Depósitos en el Banco Central: 100 millones

Total: 200millones

Ese banco prestará promesas de pagar hasta 1.800 millones.

Pero el Banco Central cancela el 50 por ciento de su préstamo, y entonces el banco privado tiene:

En Cuentas Corrientes: 100 millones

En Depósitos en el Banco Central: 50 millones

Total: 150 millones

Ese banco prestará, ahora, 1.350 millones, de promesas de pagar. Un inciso. Se habrá observado que calificamos a los préstamos de los bancos como "promesas de pagar" dinero, porque eso son, en realidad. Ya hemos visto que los bancos sólo prestan promesas, que además on falsas, pues la menor tentativa de los prestatarios de convertirlas en realidad, es decir exigiendo dinero auténtico por ellas en un cociente total superior al diez por ciento de la totalidad de tales promesas, pone de manifiesto que el banco ha cometido abuso de confianza, que sus promesas son falsas y que, en consecuencia, debe colocar el cartelito de "Cerrado" en su ventanilla de Pagos. Pero continuemos con el mecanismo del funcionamiento de los Bancos Centrales.

Ese mecanismo, mediante el cual los bancos privados toman prestado del banco Central, permite a éste controlarles, aumentando o disminuyendo las cantidades de dinero legal-ténder. Ese control se hace en beneficio de todo el Sistema, pues los Bancos Centrales, en razón de su posición, su volúmen, su empaque semi-oficial, sus concomitancias con los bancos centrales de todos los países -concomitancias que saltan por encima de rivalidades políticas nacionales, reales o ficticias- su posibilidad de manejar oro, en una palabra, en razón de su propia importancia, están en disposición única para ver, por encima del barullo del mercado del Dinero, cuándo sus colegas de los bancos privados se están excediendo en sus riesgos y pueden llegar a una situación límite.

Los bancos centrales son, pués, los coordinadores de las actividades de los bancos privados. Son también, la válvula de seguridad y el sello de rentabilidad de los mismos y, en fín, los manejadores del Patrón Oro, que es la clave de bóveda de todo el Sistema, a escala Mundial.

En 1844 se firmó, en Londres, el Acta de Control Bancario, que fue aprobada por el Parlamento británico, por la que lasreservas de oro de Inglaterra se depositarían obligatoriamente en el banco central, es decir, el Banco de Inglaterra. Esto ya se hacía, en la práctica, desde casi dos siglos, pero la Finanza exigió el respaldo de la Ley, y poco después la tradicional alianza Imperio Británico-Finanza

Internacional, empezaría a resquebrajarse. El tradicional legalismo anglosajón garantizaba a la Finanza sus posiciones en Inglaterra, y aquella ya se sentía libre de actuar con más flexibilidad en su política a nivel mundial.

Gracias al Acta de Control Bancario, el dinero, oficialmente, quedaba en libertad de "buscar su propio nivel", es decir, que podía invertir en el extranjero, si le convenía, si allí podía obtener los mayores beneficios dentro de un margen razonable de seguridad. Otra de las consecuencias del Acta consistía en que la exportación de oro, cuando tuviera lugar, debía provocar una insuficiencia de dinero en el mercado doméstico. Esa insuficiencia de dinero en el mercado interior debe fatalmente ocasionar una baja de precios, obligando, por consiguiente, a los patronos, a reducir los salarios para poder seguir siendo competitivos.

La convertibilidad del papel en oro -que eso es el Patrón Oro-, y a precios regidos por la ley de la oferta y la demanda, es un sistema que debe, necesariamente, engendrar la miseria. Los industriales y los agricultores nacionales se ven encerrados en un círculo vicioso. Lo único que pueden hacer para ser competitivos es reducir los salarios de sus obreros, o automatizar más y más sus explotaciones lo que significa, a la corta o a la larga, licenciar a un número determinado de sus empleados. Pero, precisamente, por haber rebajado salarios, o reducido plantillas, ya les será muy difícil, tal vez imposible, colocar todos sus productos en un mercado cuyo poder adquisitivo a bajado, precisamente a causa de esa baja de salarios, o de ese paro.

Los productores nacionales deben orientar, hasta donde sea posible, su producción de cara a la exportación. y así, un sistema cuya finalidad original fue, teóricamente, servir a las necesidades nacionales, se orienta, por la fuerza del nefasto sistema, a la producción de artículos suficientemente baratos para poder competir, con garantías de éxito, en los mercados exteriores. Esta es la finalidad de la Finanza Internacional: el Comercio Exterior. No se permite a ningún país vivir para sí. Por el contrario, cada país debe enfrentarse a todos los demás, para que los beneficios que obtenga el Dinero sean en todas partes los mayores posibles.

¿En qué consiste el "juego del patrón oro"? Pues se basa en el intercambio de productos entre dos países. Los países, como los individuos, son, a la vez, productores y consumidores. Así, España puede vender naranjas y manganeso a Alemania, y Alemania, al mismo tiempo, vender máquinaria y productos químicos a España. Las naranjas y el manganeso se compensarán con las máquinas y los productos químicos. Está claro, no obstante, que este ideal equilibrio de la balanza comercial no podrá siempre lograrse de un modo rigurosamente exacto. Por ejemplo, es muy posible que las naranjas y el manganeso españoles representen un valor superior a las máquinas y los productos químicos recibidos en España, en cuyo caso, a fin de año, Alemania se encontraría con una balanza comercial desfavorable con respecto a España. ¿Cómo pueden los alemanes equilibrarlo? Evidentemente, enviando más máquinas o productos químicos a España, pero es posible que a los

españoles ya no les interesen esos productos alemanes, a los encuentren más baratos, por ejemplo en Suecia.

El patrón oro ofrece una solución al problema. Los alemanes pueden enviar oro a España para saldar la deuda, porque el oro se acepta en el acto, en todo el mundo, como instrumento de pago. Toda moneda es convertible en oro a cierto tipo de cambio, y el poseedor de oro puede comprar cualquier moneda a un tipo de cambio eterminado. Este pago en oro no tendría mayor trascendencia que un simple saldo de cuentas si no fuera que todas las monedas del mundo están basadas en el oro. Si no fuera así -si todas las monedas no se basaran en el oro- España, en el ejemplo aludido, tendría más oro, y Alemania menos, pero no se produciría ningún efecto sobre los precios interiores españoles ni sobre los alemanes.

Pero el efecto que, en la práctica se va a producir como consecuencia del saldo de la cuenta a través de un pago en oro, tanto sobre los precios alemanes como sobre los españoles, se fundamenta en la regla de que, cuando sale oro de un país, debe ser retirada de la circulación interior una cantidad de dinero de tal país igual al importe del oro que ha salido. Es decir, que una exportación -una salida- de oro, provoca que el Banco Central "retire" de la circulación interior billetes de banco por el valor de esa salida, con lo cual se verá obligado a reducir sus préstamos (los "depósitos en el Banco Central") a los bancos privados, que, a su vez, deberán cancelar o reducir préstamos hechos a la industria local, y se producirá una deflación en el mercado doméstico. En otras palabras, cuando un país debe usar el patrón oro para saldar su balanza comercial -llamada técnicamente Balanza de Pagos-, se produce una contracción de la cantidad de dinero en ese país, igual a la cantidad de oro perdido.

Sabemos que la demanda, o poder adquisitivo del mercado interior de un país, depende de los créditos abiertos por los bancos a los industriales, agricultores y ganaderos del país en cuestión. Pero los créditos son -o mejor dicho, hacen función de- dinero, y la cantidad de dinero existente en un país, como ya se ha dicho, depende de la cantidad de oro existente en el Banco Central de ese país. Así se consigue que el poder adquisitivo deba depender de la cantidad de oro existente en los cofres del Banco Central. Si, de acuerdo con las leyes del retorcido sistema, debe salir oro de un país para pagar un exceso de importaciones sobre las exportaciones, se reducirá, en tal país, el volumen del dinero, de acuerdo con el siguiente ciclo:

a) Bajará el volumen de los créditos bancarios.

b) En consecuencia, bajará el volumen de la producción.

c) Lógicamente se reducirán los beneficios industriales, los salarios de los obreros y los dividendos de los accionistas.

d) También lógicamente, se reducirá la capacidad adquisitiva y, por vía de consecuencia. e) Bajarán los precios de los productos. Y entonces se produce un círculo vicioso. La baja en los precios de los productos es causa de bajas en los salarios y, de retrueque, en la capacidad adquisitiva.

Es decir, que se ha urdido una sistema mediante el cual cuando el oro de- be salir de una país, deben también reducirse los precios de tos artículos de consumo y bajar los salarios. Un inciso muy importante: No es necesario que los precios bajen en valores absolutos, sino en el índice del costo de la vida. Es muy posible que los Gobiernos, asustados por el descontento popular, decreten subidas políticas de salarios, que no son más que cataplasmas para salir del paso -como ocurre, especialmente, en España- aunque el resultado final es, fatalmente, una baja de precios.

En todo caso esta reducción de precios hace más atrayentes -más comerciales, o más vendibles- los productos de ese país, a causa de su baratura; en lógica consecuencia, las gentes de los demás países los compran en mayores cantidades, y así aumenta el volumen de las exportaciones. El país, en cuestión se encuentra, ahora, con una Balanza de Pagos equilibrada, o incluso favorable y en condiciones, por lo tanto, de recibir oro.

Es decir que, en principio, el "juego" del Patrón Oro se compensa, o, si se quiere, se corrige a sí mismo. Supongamos que entra oro en un país: en tal caso, aumenta el dinero en circulación, aumentan los créditos bancarios a la Producción; aumenta la Producción; aumenta la demanda y suben los precios. En consecuencia, deben subir también los salarios, hasta que se llega a un punto en que los productos resultan demasiados caros para competir en los mercados extranjeros.

De tal manera -pretenden los panegiristas del Patrón Oro- se consigue una uniformidad y estabilidad de precios en todo el mundo. Pero esto no es así, como demuestran los hechos. PORQUE LOS DUEÑOS DEL ORO CONSERVAN LEGALMENTE LA LIBERTAD DE RETIRARLO DE LA CIRCULACION CREANDO UNA ESCASEZ MUNDIAL. También puede darse el caso de un descubrimiento de nuevos yacimientos de oro en cualquier parte. El sistema del Patrón Oro no tiene nada previsto ante tales contingencias. En última instancia, puede demostrarse experimentalmente que ninguna falta hace el patrón oro para mantener los precios -y los salarios- estables.

El oro es completamente innecesario para estabilizar los precios, pero es necesario para los dueños del oro, pues si el mundo deja de utilizarlo, sufrirían un grave perjuicio si la gente se diera cuenta -lo que ocurriría fatalmente- que el oro, no solamente no es necesario como base de la Moneda, sino que es completamente inadecuado a tal fin, sobre todo en una época como la nuestra, en que la producción de toda clase de artículos supera en varios millares de veces la producción de oro. Los dueños del oro se encontrarían entonces privados de su instrumento de dominio. Sólo mientras el público crea que un banco le está prestando oro contante y sonante, estará de acuerdo en pagarle un nueve por ciento sobre sus préstamos. Pero en el mismo momento en que se dé cuenta de que ello no es verdad, comprenderá que los banqueros le están timando por el sencillo sistema de crear dinero falso.

Se arguye, a veces, que, a fin de cuentas, el que obtiene un préstamo, obtiene lo que desea, es decir, el medio para comprar mercancías o servicios o pagar deudas, y esto es lo que importa. Pero esto no es así, pues, a parte de que sólo el que ha ganado realmente un dinero debiera tener, en principio, derecho a prestarlo, debe tenerse en cuenta el hecho de que toda creación de dinero nuevo disminuye el valor del dinero ya existente. Así, pues, cuando el Estado crea dinero nuevo para pagar obras de interés público, salarios de funcionarios, armamentos para el Ejército, y otros gastos derivados de su función específica, evidentemente disminuye en algo el valor del dinero existente antes de crear ese dinero, pero esa inflación queda compensada por una disminución de los impuestos del Estado, pues éstos sólo se cobran para pagar trabajos y servicios estatales. En cambio, el interés pagado a los bancos es un verdadero impuesto privado, que no revierte utilidad alguna para la comunidad.

En resumen, el Patrón Oro sólo se justifica, en la actualidad, como regulador, -a través de los bancos "centrales"-, de la creación de Dinero-Deuda por los bancos privados y de la esclavización de todos los países al poder irresponsable de la Finanza Internacional. ¿Cómo se consigue esto último? Mediante el sistema, oficializado por la Ley en prácticamente todos los países del mundo civilizado, de que todas las reservas de oro se guardan en los bancos "centrales", y que éstos y los Gobiernos sólo emitieran moneda legal ténder en proporción al oro de que disponen. Ningún Gobierno puede crear oro; por consiguiente, ningún Gobierno puede emitir dinero, ni siquiera inventarlo como hace cualquier banquero al conceder un crédito.

De este modo, los dueños del dinero, como dice McNair Wilson están en disposición de "poder obligar a todos los prestatarios del mundo -es decir, a todos los productores, patronos o asalariados- a producir lo más barato posible para poder pagar los tipos más altos de interés sobre los préstamos, sin olvidar claro es, de procurarse la debida garantía colateral. Como se ve, están en situación de amedrentar a aquellos gobiernos que muestren tendencias a convertirse en deudores poco provechosos, bien sea por no nivelar sus presupuestos o por otros motivos, incluyendo los de tipo político".

En esos casos, los dueños del oro -una "clique" internacional a la que más adelante identificaremos, con sus nombres y apellidos- lo exigen al correspondiente banco "central" en forma de lingotes, obligando a éste, por vía de consecuencia, a amortizar sus préstamos a los bancos ordinarios, llamados privados, los cuales, a su vez, por el mecanismo del Sistema, deben hacer lo mismo con sus víctimas (sus clientes). Los precios bajan, y la ruina y las quiebras asolan al país. O bien los Estados intervienen, dictando o autorizando subidas políticas y los precios suben, pero los salarios no se mueven, o suben menos, y la consecuencia es aún peor: la ruina y las quiebras siguen asolando al país, hasta que se consuma todo el maldito ciclo, y además los jubilados y funcionarios quedan en la indigencia, se desprestigia el

concepto del ahorro y se proletarizan extensas capas de la población, especialmente de la sufrida y vilipendiada clase media.

LA SUBVERSIÓN DEL ORDEN ECONÓMICO NATURAL

Creemos sinceramente que es imposible mejorar esta definición de la Economía, genial en su simplicidad. Es evidente que lo primero, lo esencial en el Sistema Digestivo de una colectividad organizada, o sea, en una Economía Nacional, es conseguir que el cuerpo de esa entidad orgánica exista, es decir, se nutra. A riesgo de incurrir en perogrullada osamos afirmar - o, mejor, recordar, por olvidado- que nadie se comerá un cigüeñal, un tractor, ni un lingote de hierro... ni siquiera de oro. Lo primero, lo esencial, es la Agricultura. Y no sólo desde un punto de vista primario, existencial, sino espiritual. La Agricultura significa la asociación de los hombres con su tierra natal; es la vida misma de los pueblos, y aldeas, es la raigambre a que pertenecemos. Es irracional el odio a las ciudades en cuanto tales, pero creemos que las ciudades sin un anillo de campos cultivados son como árboles sin raíces.

No cabe duda de que nada de lo anteriormente dicho pretende ser denigratorio para la Industria. Si la Agricultura es imprescindible para existir, es decir, para sobrevivir, la Industria lo es para vivir, materialmente hablando, y para llevar a cabo una Gran Política, como dijera Spengler, si queremos referirnos al aspecto total, es decir, político, de la Nación.

La finalidad del Comercio Exterior consiste en importar de otros países lo que no puede producirse -o se produce demasiado caro- en el propio, y exportar al Extranjero los propios excedentes que allí se puedan necesitar. Como decía Napoleón: "La Agricultura es el alma, el fundamento del Imperio; la Industria procura la comodidad y la felicidad material del Pueblo: el Comercio Exterior es la superabundancia, y permite el libre cambio del exceso de la Agricultura y la Industria. En casos muy excepcionales, en países muy pobres, por sus condiciones climáticas, como Suiza, la exportación puede ser preponderante, tanto cuando exporta servicios (turismo) como instrumentos de precisión. Pero tales casos no hacen más que confirmar la regla general, como excepciones que son y, de cualquier modo, debemos recordar que, tal como expusimos en el epígrafe "Ambito", nos ocupamos de la Economía del organismo llamado Civilización Occidental, la cual es -o debiera serlo- económicamente autárquica.

La idea napoleónica respecto a la Exportación consiste en qué los exportadores -salvo casos excepcionales- se las arreglan por sus propios medios. Esto es lógico. La Exportación es la superabundancia; es el lujo. No hay nada de malo en el lujo, siempre que sea honradamente ganado, claro es. Pero es irracional sacrificarse por el lujo. y precisamente es lo que se hace a diario, y a escala mundial, en el absurdo Sistema del Patrón Oro y el Capitalismo Internacional.

¿Por qué? Pues por que, contrariamente al Sistema Natural, orgánico, de la Economía, el Capitalismo, la Alta Finanza, con sus transferencias de créditos a los

países extranjeros que pueden proporcionarle mayores beneficios, logra desposeer a los mercados nacionales de su capacidad adquisitva, obligando así a los productores a exportar los artículos que no tienen posibilidad de vender -por artificial escasez de medios de compra- en su propio país. Así, el comercio exterior viene primero y si languidece, en la situación dada, en la circunstancia económico-financiera actual, el país se arruina. Industria y agricultura quedan incondicionalmente subordinadas a las exigencias del mercado de exportación.

En última instancia, el obrero y el campesino pasan igualmente a depender del mercado exportador, pues una subida de salarios influiría en los costos de producción y ello repercutiría desfavorablemente en las posibilidades de colocar los productos nacionales a en los mercados extranjeros. Por tal razón, la natural política económica seguida por Alemania a partir de 1933 provocó tan tremenda reacción por parte de la Alta Finanza Internacional. El Gobierno Alemán, al coartar paulatinamente la facultad de los banqueros privados de conceder créditos, es decir, de crear dinero, logró estabilizar los precios. Al mismo tiempo, y como medida complementaria indispensable de cara a su Comercio Exterior, dejó libres los cambios de divisas, dejó que sus exportadores se defendieran sólos, aunque contando -eso sí- con el respaldo de una moneda, el Marco, que se basaba, no en el Oro, sino en el Trabajo de un pueblo laborioso, inteligente y tenaz. Y eso es lo contrario de la práctica financiera a escala internacional, que exige:

a) Una escala de precios móvil, que se obtiene mediante la inflación y la deflación crediticias, origen de los llamados ciclos económicos, gracias a los cuales la Finanza obtiene fabulosas ganancias y, paralelamente, omnímodo poder.

b) Unos cambios exteriores fijos, que sólo se cambian cuando así conviene a los mercaderes del Dinero.

Por otra parte, a la Finanza le interesa infinitamente más la Industria que la Agricultura. ¿Por qué? Sencillamente, por que con aquella pueden obtenerse mayores beneficios. La industria depende de las máquinas. La Agricultura de imponderables, como sequías, granizos, plagas y epidemias. Aún cuando con la industrialización de la Agricultura ésta puede mejorar sus rendimientos, todo tiene un límite. Ese límite es más difícil de alcanzar en la industria.

El resultado de la aplicación de la mecánica del Sistema financiero a la Economía transmuta, pues, todos los valores económicos. El lucro pasa delante de lo útil e incluso de lo necesario. Los Mercados Exteriores consiguen la atención primordial de los Gobiernos. Luego, se ocupan de la Industria, que puede procurar artículos, en masa, para la exportación. En último lugar, viene el pariente pobre, la Agricultura.

¡Qué infame parodia de lo que debiera ser un auténtico y sano comercio normal! ¡Se explota, se esclaviza a otros países con grandes sumas de crédito financiero que ya no puede ser prestado en el propio país, para ser empleado en

alguna parte para que reporte beneficios a los señores del Oro, cuando los stocks del país descorban y todos están deseosos de consumir lo que han producido! La exportación financiera por el crédito al Extranjero no es comerciar honradamente con otros países, sino forzarles a contraer obligaciones; es un timo, un engaño destinado a sacar provecho de la creación de Dinero a escala internacional y, en fin, es un medio ladino para llegar a dominar a otro país al que se ha hecho llegar a la Deuda.

La Deuda bancaria que es, por definición, impagable, a menos de contraer, para cancelarla -temporalmente- una nueva Deuda, mayor que la anterior. ¡Y esto lo presentan los apóstoles del Sistema como una contribución al entendimiento entre los pueblos! Pero ¿qué vemos por todas partes? A escala mundial, gobiernos de nobles naciones disputando cual verduleras suburbiales por la posesión de mercados, creando tensiones pre-bélicas. ¿ Ya escala nacional? Pues a escala nacional, en todos los países ocurre lo mismo. Los industriales claman por rebajar, directa o indirectamente, los salarios, con objeto de ser competitivos en los mercados exteriores. Estallan huelgas. Los patronos, cuando pueden, responden con "lock-outs". Como es natural, los obreros se enfadan con sus patronos.

Los patronos, con sus obreros. Pero unos y otros están en manos de desconocidos financieros, que son quienes controlan la cantidad de dinero que existe en el mercado. En esas circunstancias, una gran parte de la población obrera se quedará sin trabajo, a menos que los salarios se reduzcan, lo que es materialmente imposible. Y si no se reducen -directa o indirectamente- muchísimas empresas quebrarán, y de todas maneras los obreros se quedarán sin trabajo. Y cuando en fin una gran parte de la Sociedad -obreros y patronos, agricultores y jornaleros- se han arruinado, entonces el horrendo ciclo Prosperidad-Crisis- -Prosperidad-Crisis, puede volver a empezar de nuevo. En tan trágicas circunstancias, ¿puede alguien sorprenderse del odio entre las "clases"? ¿O de los obreros contra los patronos? ¿O de los patronos contra los obreros? ¿O de las naciones entre sí?

Nadie ve el verdadero enemigo. Nadie ve al Gran Parásito. O no lo quiere ver. Nadie parece querer darse cuenta de que la raíz de todos los males económicos se halla en las falsas promesas de pagar puestas en circulación a interés por los Parásitos. Nadie parece querer admitir que si el dinero, a escala mundial, fuera verdadero, y no falso, no habría necesidad de fijar los cambios ni de hacer los tremendos esfuerzos que se hacen para impedir una demanda de Oro superior al diez por ciento del que se ha prestado. Así se subvierte el orden económico natural. Y se arrojan a pueblos contra pueblos, naciones contra naciones, razas contra razas, para que sobreviva el más monstruoso sistema de robo que la mente humana (?) ha logrado concebir para establecer la tiranía de esa aquelarre de brujas que es la Finanza Internacional.

LA DEUDA

Describir a nuestro actual sistema financiero sin mencionar a la Deuda sería tan difícil y absurdo como reseñar el drama de Romeo y Julieta omitiendo la rivalidad entre sus respectivas familias. La mejor definición de nuestro sistema financiero la ha dado, a nuestro juicio, el escocés Comandante Douglas, según el cual se trata de "un sistema encaminado a la creación de deudas impagables" y nos permitiríamos completarla añadiendo: "... y precisamente porque son impagables todos los estados del mundo quedan permanentemente sujetos en las garras de dicho sistema".

Cuando hablamos de Deuda no nos referimos, claro es, a la deuda que puede contraer un particular, o una entidad privada o pública, con respecto a otra persona u otras entidades, sino al sistema en bloque, según el cual, todo dinero que existe es una deuda contraída con el sistema bancario. Cualquier persona, en el mundo Occidental, que tiene en su cuenta corriente, un millón, por ejemplo, de unidades monetarias cualesquiera, puede creer que efectivamente las tiene, si eso le hace feliz. Pero de hecho, no tiene más que unos cuantos miles, como máximo, pues aunque es su cuenta bancaria ese millón aparezca como un haber suyo, en la cuenta de otro banco aparecerá como un debe, como una deuda, porque ese dinero fue creado como una deuda.

Y si en un momento dado todos los impositores de un país fueran a sus respectivos bancos y exigieran, en mano, bien la totalidad de sus imposiciones en dinero contante y sonante -es decir, en moneda legal-ténder-, bien un recibo, legalmente autenticado ante notario, especificando que el dinero que ingresaron en sus cuentas corrientes se halla invertido en tal o cual empresa o ha sido prestado al propio Estado, se encontrarían con la desagradable sorpresa de que lo máximo que recibirían, (en dinero o recibos auténticos) es un diez por ciento de su dinero.

Y esto en el mejor de los casos, pues a poco que los bancos se hubieran "disparado" en su emisión fiduciaria, sólo recibirían alrededor de un cinco por ciento. Es decir , que en nuestro loco sistema, el trabajo humano, las mercancías y los servicios, se pagan en lo que los franceses llaman "monnaie de singe" (moneda de mico), es decir, en algo puramente inexistente. En otras palabras, no se pagan, o se pagan sólo en un cinco o un diez por ciento de su valor real o pactado. Lo que la gente entiende por "dinero", es decir, los billetes de banco y las monedas de metal, no es más que la "calderilla".

El Dinero, que debiera ser MEDIDA, es DEUDA. Y Deuda impagable. ¿Por qué impagable? A causa del interés. ¿Cómo puede pagar el mundo más dinero del que ha sido creado como préstamo? ¿Cómo va a pagar 109 si sólo existen 100? Y esos 100, además, sólo existen "in abstracto". El mundo no es un milagrero. ¿Cómo se resuelve, pues, éste problema? ¿Como puede sobrevivir un sistema cuyos resultados crean fatalmente tal problema?

La respuesta es sencilla. El problema no se resuelve; se aplaza, se pospone, y se logra que subsista mediante la aplicación de todo un complejo de subterfugios, paliativos y expedientes, a saber:

a) Mediante las quiebras y bancarrotas de empresas.

b) Recurriendo a supensiones de pagos, y ventas por debajo del precio de coste, con objeto de obtener dinero líquido.

c) Lanzándose a la loca carrera de la Exportación, en la que es imposible que todos ganen, pero es muy probable que todos los exportadores pierdan cuando, para mantenerse en carrera, debe recurrise al "dumping" 2 lo que arruina, además, el mercado interior de los importadores.

d) Con la práctica del sabotaje, es decir, el freno a la producción. Y, como corolario de todo el edificio...

e) Mediante la creación de nuevo dinero-Deuda, es decir, de más deudas impagables.

Con las quiebras y el "dumping" se engendra la miseria, y el paro obrero. Con la exportación a cualquier precio surgen rivalidades nacionales que pueden provocar guerras. Con el sabotaje a la producción se frena el progreso. y con la permanente creación de Dinero-Deuda viene la tiranía sobre indivíduos, pueblos y naciones: sobre el mundo entero. Los mismos estados modernos, que tan puntillosamente suelen ser en todo lo que atañe a los "signos externos" de su soberanía, se hallan totalmente sujetos al funesto sistema y, por vía de consecuencia, a los beneficiarios del mismo, es decir, a la Finanza Internacional.

El principio de las emisiones fiduciarias abusivamente concedidas a los bancos, a que aludimos en el epígrafe "Los Bancos Centrales", hace que los Estados, por poderosos que sean, o crean ser, estén irremisiblemente sometidos a los financieros: al "Money Power", como le llaman en América. Más adelante veremos, en casos muy concretos y actuales, hasta qué punto de sumisión abyecta pueden ser llevados los estados modernos mediante el sistema financiero que padecemos. La Deuda de los estados -y no nos referimos, evidentemente, a la que pueden haber contraído con otro estado, sino a la derivada de la creación del Dinero-Deuda- es tan fabulosa, tan increíble, que, ni aún estrujando a sus desgraciados súbditos con brutales y absurdos impuestos pueden llegar a pagar, siquiera, los intereses anuales acumulados de tal Deuda.

LA PROSTITUCIÓN DE LA ECONOMÍA ANTE LA FINANZA

Creemos haber demostrado que, en nuestro sistema financiero, la Economía -sistema nutritivo y digestivo de una Cultura- y sus dos principales auxiliares, el Trabajo y la Máquina, se halla totalmente prostituida ante la Finanza. A efectos inmediatos, ante la Finanza "Nacional"; mediatamente, -pero también, inevitablemente-, ante la Finanza Internacional.

En este maldito sistema, el poder que logran los bancos a través de sus funciones de inventar, desarrollar, comprar, vender, regular, aumentar, disminuir y destruir Dinero es tremendo. En una época en que, además, priva el Materialismo

más desenfrenado y zafio, tal poder es prácticamente absoluto. La Finanza Internacional posee el Oro, y como sobre éste se apoya el Dinero, posee el Dinero; al poseer el Dinero, posee en Poder. El poder de elevar a la cumbre a cualquier mediocridad política, alzada sobre un pedestal de dinero que financiará su campaña electoral; el poder de hundirla, al retirarle su apoyo, cuando convenga. El poder de influenciar, más aún, de determinar, la línea de los grandes medios informativos, que sólo son negocio merced a la publicidad, hermana bastarda de una Economía natural y legítima. En una palabra, un poder total y absoluto: EL PODER, con el que soñaron, sin llegar jamás a alcanzarlo, los más tiránicos autócratas. El Poder, en suma, más temible y despótico para la comunidad pues, precisamente por ser desconocidos para la Gran Mayoría sus detentores, es irresponsable.

Resumiendo lo dicho en anteriores epígrafes, vemos que el "modus operandi" de lo que llamamos el Robo de los Siglos se manifiesta a través de los ocho siguientes escalones:

1) Los beneficios de los patronos y el pleno empleo de los obreros dependen del nivel de precios.

2) El nivel de precios depende de la cantidad de dinero en circulación. . . .

3) La cantidad de dinero circulante depende de los préstamos de los bancos privados.

4) Los préstamos de los bancos privados dependen de los depósitos en el banco "central".

5) Los depósitos en el banco "central" dependen de los préstamos hechos por dicho banco al comercio exterior.

6) Los préstamos del banco "central" al comercio exterior dependen del movimiento del oro.

7) El movimiento del oro depende de los cambios de moneda extranjeros.

8) Los cambios de moneda extranjera dependen de las manipulaciones de la Finanza Internacional.

Moraleja:

El banquero internacional empezó a prestar sus promesas de pagar a importadores y exportadores. Sus promesas de pagar fueron causa de una salida de oro. La salida de oro hizo que el banco "central" cancelara sus préstamos. La cancelación de los préstamos del banco "central" hizo que la banca privada cancelara los suyos. La cancelación de los préstamos de la banca privada fue causa de que los precios se hundieran. El hundimiento de los precios trajo como consecuencia el hundimiento de los beneficios. El hundimiento de los beneficios produjo una baja de salarios, y, en muchos casos, el paro obrero. Y entonces...

Entonces el país pudo producir más barato y el banquero internacional no tuvo que cumplir sus promesas de pagar, dando dinero auténtico por ellas, después de todo. Y así pudo obtener, cuando volvió la normalidad, tras haberse arruinado millones de sus conciudadanos, un quince por ciento de interés por el préstamo de nuevas promesas de pagar en la República de Monomotapa. Lo cual está muy bien, teniendo en cuenta que todo ese tinglado se hizo con el dinero de los demás y que, en un mundo cuerdo, él sería un pobre diablo con los bolsillos vacíos. En vez de ello, es el detentor de un irresponsable poder; presidentes y soberanos son monigotes que él maneja de acuerdo con los designios de una demente política milenaria. El, y sus congéneres, han logrado prostituir a la Economía Mundial. Esa prostitución se lleva a cabo en el Burdel de las Mentiras:

La mentira de que un hombre que ha prometido pagar diez veces más dinero del que posee podrá cumplir su promesa. La mentira de que una pérdida de oro es desastrosa. La mentira de que los cambios de moneda extranjera deben mantenerse fijos, y alterarse sólo cuando los bancos "centrales" lo deciden. La mentira de que un país vive, sobre todo, gracias a su comercio de exportación. La mentira de que un poder adquisitivo elevado en el mercado doméstico es nefasto por que puede perjudicar a los precios del mercado de exportación. La mentira de que los salarios elevados son un peligro para dicho mercado exterior. La mentira de que un país que no exporta más de lo que importa está viviendo por encima de sus propios medios. La mentira de que el remedio contra la super-producción consiste en la destrucción de cosechas, el sabotaje de la Máquina y el paro obrero. La mentira de que el dinero es una mercancía y no un instrumento de medida y cambio.

Y, en la cúspide de esa pirámide de mentiras, como colofón lógico de las falsas premisas en que se apoya, la Mentira de que un hombre, una comunidad, un país, todo un mundo; pueden arruinarse por haber trabajado demasiado, mientras el Hambre empieza a hacer su aparición cuando los stoks de toda clase de mercancías han llegado a su punto más alto.

He aquí el resultado mágico del Capitalismo Internacional. Desmoralización general; destrucción del ahorro; proletarización de las clases medias; endeudamiento colectivo; salvaje presión de los impuestos; descrédito del concepto del Trabajo y laica canonización de los "listos"; tiranía anónima de una caterva de indeseables y supresión paulatina de todas las libertades en aras de una téorica Libertad sin contenido alguno. Ese camino de calamidades conduce, inevitablemente, al Paraíso en la Tierra ofrecido por Satán: al Capitalismo de Estado, el mal llamado "Comunismo", falso contrario del Capitalismo, y en realidad su hijo natural.

